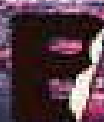


Selección RNR

ANTONELLA DE QUEVEDO

El granero,  
tú y yo



Romance Actual

# El granero, tú y yo

*Antonella de Quevedo*



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Antonella de Quevedo

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-782-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi madre, fuente incansable de energía y amor.  
Porque su generosidad para conmigo no tiene límites.*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Agradecimientos

Promoción

## PRÓLOGO

Se marchó de casa corriendo campo a través, empleó para ello todas sus fuerzas, sin mirar atrás. Corrió y corrió con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo. Solo se detuvo cuando percibió que disminuía parte de su rabia.

Julián no quería aceptar lo que acababa de ocurrir. Su padre, echado a patadas de casa por su madre, la que para él era la mujer más bondadosa del mundo.

A partir de ese día odiaría a las mujeres con todas sus fuerzas, de manera injustificada o no, así lo haría. Se juró a si mismo que no le daría jamás la oportunidad a ninguna mujer de tratarlo como un trapo, aunque para ello tuviese que activar unas barreras imaginarias en contra del amor.

Eloísa, aparentando calma y normalidad, inspiró con intensidad y extendió sobre la gran mesa el mantel de los domingos. Apoyó las manos a ambos lados y agachó la cabeza para intentar tranquilizarse. Cuando terminó de preparar la mesa, se sentó sin dudar un instante de que Julián, su hijo, regresaría pronto y se sentaría con ella. Confiaba en que el berrinche cesara pronto si le dejaba su espacio.

Después de largo rato, escuchó el chirrido de la puerta al abrirse y unos pasos cansados que se dirigían hacia el comedor. Eloísa dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que su hijo estaba de vuelta. Venía bastante sudado y con síntomas de haber estado llorando, pero aun así se sintió menos angustiada.

Julián, antes de tomar asiento, miró a su madre con frialdad, con escrutinio, se sentó agachando la cabeza y comenzó a comer. Quería evitar cualquier tipo de conversación.

—Espero que te guste, hijo. —Eloísa esbozó una sonrisa.

—¿De verdad te importa? —le soltó disgustado sin apartar la mirada de su plato.

—Claro que sí, he guisado la carne como te gusta. —Estaba equivocado si pensaba que ella se iba a rendir. Tenía toda la paciencia y el amor del mundo para él.

—Así es como la odia papá —protestó Julián clavando sus ojos castaños en los de su madre, que brillaban y amenazaban con inundarse de lágrimas.

—Papá ya no está, no tiene sentido que cocine a su gusto —aclaró decidida pero sin alterarse.

Golpeando la mesa con los puños cerrados, Julián retiró la silla de un empujón y se marchó a su habitación ante la mirada triste de su madre. Los malos modos cada vez eran más frecuentes en Julián, un chico que siempre



había sabido comportarse.

Una vez que estuvo en su habitación, cerró la puerta con pestillo y se tumbó en el puf gigante que tenía en el suelo. No tenía herramientas para apaciguar su frustración, pero sí era consciente de que no quería herir de manera gratuita a su madre.

No se sentía orgulloso por su comportamiento, pero de alguna manera necesitaba rebelarse contra alguien, y se daba la circunstancia de que solo estaba ella. No soltaba por su boca todo lo que pensaba y no por falta de ganas, un rescoldo de sensatez lo frenaba, porque, después de todo, no conocía al cien por ciento todo lo ocurrido entre sus padres. Era joven pero no imprudente, así que antes de odiar a su propia madre con todas sus fuerzas, sentía la necesidad de saber quién había sido el verdadero culpable de que su vida se tambaleara de esta manera tan asquerosa.

Los adoraba a ambos, y su madre siempre estaba ahí, pero el apoyo y la seguridad que le transmitía su padre eran cuanto creía que necesitaba para terminar de convertirse en un hombre. Sabía que su padre había tocado fondo por algún motivo que se le escapaba, pero para eso estaban ellos allí, para apoyarlo y ayudarlo.

No compartía en absoluto con su madre la decisión de echarlo a la calle como a un perro sarnoso. No, Julián sabía que de haberse tratado de un perro sarnoso, Eloísa le hubiese dado atención veterinaria y cobijo.

Gritos, reproches y una maleta.

Esa maldita imagen lo acompañaría por siempre. Solo había podido entender, desde la planta de arriba, parte de la discusión.

Eloísa había echado a Fernando de la casa para siempre. Él le había pedido que lo dejara al menos despedirse de Julián, pero no se lo permitió alegando que eso complicaría aún más las cosas, que ya lo haría en otro momento.

Lanzando la pelota una y otra vez contra la puerta, sentado en el puf, desistió de su intento de contener las lágrimas. Necesitaba alguna vía física de escape, y llorar por segunda vez tal vez lo ayudaría. Pero tras un rato durante el cual el derroche de lágrimas no había sido capaz de apaciguar su

malestar y su dolor, decidió ir en busca de la única persona con la que no debía guardar las formas ni las apariencias. Era su mejor amigo, solo que se trataba de una chica.

Estela descansaba en el granero leyendo uno de sus libros. Como cada tarde, incluso en domingo, se refugiaba en el granero de los padres de Julián huyendo del ruido de la máquina de coser de su madre, una mujer incansable que cosía de sol a sol para sacar adelante a su familia y ayudar a su marido. Julián acudía en busca de Estela cada vez que tenía ocasión. Vivían muy cerca y sus familias se apreciaban y ayudaban de forma mutua desde hacía muchos años, de ese modo habían crecido juntos.

Cuando niños, su relación había sido natural, fluida y divertida. Sus preocupaciones se habían basado en quien recogía más huevos o quien cruzaba más rápido el cercado. Pero desde que la adolescencia había hecho acto de presencia, ambos tenían la sensación de tener que medir sus palabras.

Julián era algo arisco, y ella, bastante susceptible.

A pesar de eso, sobrellevaban bien el descontrol hormonal, y la necesidad mutua los mantenía unidos. Cada vez eran más los vecinos que se rendían y vendían sus tierras, sus animales o sus casas en la zona para ir a vivir a la ciudad, así que eran casi los únicos adolescentes que habitaban aquel lugar tan hermoso de la sierra. La situación era muy difícil.

Durante los últimos meses, la inestabilidad en el hogar de Julián lo había trastocado a él y de paso a su carácter ya de por sí complicado. Pero Estela, como buena amiga, se aguantaba las ganas de patearle el culo y pasaba por alto sus malas contestaciones. Comprendía lo difícil de la situación y no quería ni imaginar que sus padres llegaran a separarse.

La puerta del granero se abrió con su característico chirrido por el óxido en las bisagras, y Estela supo que Julián venía en su busca. Había visto a Fernando salir de la casa con cara de pocos amigos, así que supo que Julián necesitaba hablar.

—¿Ya te has cansado de golpear la puerta con tu pelota? —masculló Estela sin levantar la vista del libro. Se moría de ganas por hartarlo a

preguntas, pero sabía que con él esa táctica solo empeoraría las cosas.

—Todas las mujeres sois iguales, cada frase que soltáis es un dardo premeditado para hacer daño.

—Vale, venga. —Estela, dispuesta a aguantar el chaparrón, cerró el libro y le dio un abrazo que con brusquedad él rechazó.

—Mi padre se ha ido.

—Siento mucho que haya ocurrido, pero se veía venir. Tal vez sea lo mejor y...

—¡No se ha ido porque fuese lo mejor! ¡Mi madre lo ha echado!

Julián lanzó de una patada un cubo de metal, y Estela siguió con la mirada la trayectoria que hizo hasta caer junto a los sacos de maíz. Respiró hondo, apenada por la reacción de su amigo y por no ser capaz de encontrar en su vocabulario las palabras adecuadas para apaciguar el conflicto interno de Julián. Con los brazos en jarras y agachando la cabeza, el joven, incapaz de serenarse, reaccionó y se sintió avergonzado por su comportamiento. Estela no solo no se había defendido del ataque verbal, sino que permanecía allí, paciente y comprensiva.

—Espero que no cambies nunca, Estela —confesó para sorpresa de ella. Tomó aire algo más relajado.

—Cambiaré, y tú también lo harás. Solo tenemos quince años. No podemos estancarnos, y la vida se encargará de ello. Yo imagino mi futuro lleno de amor y...

—Yo no pienso cambiar y también sé que jamás me casaré. En cuanto a ti, pobre del marido que te elija —la interrumpió dejándose caer sobre una paca de heno.

—Seré yo quien lo elija a él —lo increpó Estela algo ofendida.

—Del mismo modo lo compadeceré.

Estela se sintió desilusionada. Por un lado, por el mal concepto que se estaba creando sobre las mujeres por culpa de su padre y, por otro lado, le dolía pensar que nunca se fijaría en ella.

Estaba cansada de fingir ante sus padres y ante Julián. Se asombraba de lo poco suspicaces que eran tanto sus padres como Julián. Ella estaba haciendo un buen trabajo para no levantar sospechas, pero cada vez eran más los gestos cariñosos, los suspiros al aire y los corazones dibujados en cualquier superficie.

Cuando por fin había conseguido reunir la valentía suficiente para confesarle sus sentimientos, él estaba distinto, poco receptivo y manifestando sin censura que odiaba a las mujeres y que, además, jamás se casaría con ninguna.

Sin embargo, en lugar de rendirse, tomó aquella situación como una oportunidad a su favor. Era su oportunidad para consolarlo y, de camino, demostrarle que existían mujeres maravillosas dispuestas a ayudar y escuchar a cambio de nada.

Aunque ella sí quería algo cambio. Lo quería a él.

La casa de Eloísa y Julián, hasta ese día también de Fernando, era una casa rústica y grande. Tenía todas las comodidades que pudiese tener una casa de ciudad y al mismo tiempo, todas las ventajas de una casa de campo alejada del gentío y la circulación. La casa de Estela y sus padres, a no muchos metros de distancia, era muy parecida aunque algo más modesta. Las pequeñas tierras de Simón, el padre de Estela, no habían dado buen resultado en los últimos años y si no fuese por el trabajo de costurera de María, apenas podrían haber salido adelante.

Fernando y Eloísa tenían pocas tierras, pero además de criar gallinas, vacas y caballos, contaban con un granero en donde desde muy niños, Julián y Estela pasaban las horas jugando.

Eloísa sentía que se retorció con cada prenda de Fernando que guardaba en la maleta. Mientras preparaba las pertenencias de su esposo, recordaba como en diapositivas los momentos que la habían llevado a tomar la decisión de echarlo de casa.

Por extraño que pareciera, sentía envidia de aquellas mujeres que se separaban de sus maridos por una infidelidad. Pensaba que así hubiese sido mucho más fácil, porque tendría un motivo de peso para no sentir ni un atisbo de culpabilidad. Con su orgullo de mujer dañado y despechada, se armaría de valor para sacarlo a patadas de su vida para siempre.

Pero todo era mucho más difícil, mucho más doloroso.

Sabía que Fernando la amaba, lo suficiente como para no cambiarla por ninguna otra mujer, pero no lo bastante como para vencer su enfermedad. No había aceptado su ayuda incondicional para superar su adicción, su ludopatía, hasta ahí podría haber seguido intentándolo. Pero había llegado a unos límites imperdonables; los ahorros para la universidad de su hijo, las joyas que había heredado de su familia y, por último, casi su hogar y su granja. Había

resultado demasiado duro para ella presenciar la negociación de las escrituras de su casa. Era lo último que le faltaba por soportar. Había sido demasiado.

Aunque no tanto como el desprecio de Julián, eso era más de lo que ella podía soportar, pero prefería eso antes que hacerle más daño. Conocer toda la historia lo destrozaría.

Eloísa sabía cuánto adoraba a su padre y cuánto lo idolatraba.

Después de varios días intentando aparentar normalidad, Eloísa seguía con su propósito de no presionar a Julián. Apenas habían cruzado unas palabras esa mañana, y se permitió llorar una vez que se hubo quedado sola.

—Es curioso cómo tus vacas gozan de más atenciones que tú.

Eloísa saludó con un abrazo a Tomás, el veterinario que desde hacía años se encargaba de su pequeño ganado. Había entrado haciendo ruido, como de costumbre.

—Mis vacas producen leche fresca y deliciosa, yo ya poco puedo ofrecer —bromeó simpática sirviéndole una taza de café.

—Me lo ha contado Simón, aunque conociendo lo prudente que es, me temo que debe haber mucho más —añadió Tomás preocupado por su clienta y amiga.

—Su problema no es un secreto para nadie de la zona, tú mejor que nadie sabías que mi marido acabaría metiéndonos en problemas.

—¿Lo sabe ya Julián?

—Sospecha de su adicción, pero no la magnitud que ha alcanzado. No hay mayor ciego que el que no quiere ver. Yo lo prefiero así. Es innecesario que tenga que pasar por lo que yo he pasado, es un niño.

—No lo es. Es un hombre, y no es justo que piense mal de ti por culpa de tu empeño en protegerlo. No os hace bien a ninguno —aconsejó apenado.

—Agradezco tu preocupación y tu consejo, pero no voy a cambiar de opinión.

—Al menos dime que estás bien, que no estás tocando fondo.

—Vamos fuera, ya está bien de tanta pregunta. —Sonrió y lo agarró del

brazo para acompañarlo hasta las vacas.

—¿Hoy no hay panecillo? Fernando me daba un panecillo, me demuestras que me apreciaba más —bromeó de nuevo.

—Tengo que pedirte un gran favor —suplicó mirándolo a los ojos.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Si te enteras de algo referente a mi marido, házmelo saber. ¿Lo harás?

—Está bien, aunque pienso que solo servirá para mortificarte —aceptó no muy convencido.

—El que haya decidido alejarlo de mí no significa que no me preocupe por él. —Se detuvo y miró al horizonte, sintiendo un ramalazo de remordimiento.

—¿También lo extrañarás?

—Por supuesto que sí. Es mi marido y el padre de mi hijo.

—Claro, ¿en qué estaría yo pensando para hacerte semejante pregunta? —Sacudió la cabeza y se acercó a las vacas—. Comencemos con la revisión.

Estela, de camino al granero con su libro en las manos, pasó a saludar a Eloísa y Tomás.

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, Estela, estás cada día más guapa. ¿Y tus padres? Si están en casa pasaré a saludarlos en cuanto haya terminado.

—Sí están, Tomás. ¿Dónde está Julián? —preguntó la joven a Eloísa.

—Está dando de comer a las gallinas, en el granero.

—Genial, voy a buscarlo. Hasta pronto.

—¡Estela! —exclamó Eloísa para detener a la joven.

—Dime.

—Si luego tienes un momento, me gustaría hablar contigo, es sobre mi hijo.

—Claro, luego me paso.

Y Estela se encaminó hacia el granero haciéndose una ligera idea del tema que preocupaba a su vecina.

—Me gusta esa chica, sería la mujer perfecta para tu hijo —comentó Tomás sacando sus utensilios.

—¿Mujer? Es una niña; además, no digas tonterías, son íntimos desde niños, se quieren como hermanos o como primos.

—Te consideraba más inteligente. —Le guiñó un ojo y continuó con su labor. Eloísa se mantenía cerca. Siempre le gustaba estar presente durante sus inspecciones.

—Quiero a Estela como a una sobrina, no me desagradaría la idea de que fuese mi nuera algún día, pero no veo nada de eso entre ellos.

—Hay muchas cosas que no ves.

—¿Qué quieres decir? —Se puso en alerta y frunció el ceño.



—Nada, ni caso. ¿Me pasas el maletín?

En el granero, Estela aprovechó que su amigo estaba de espaldas para darle un susto.

—¡Buh!

—¡Estela! —Julián se giró sobresaltado—. No ha tenido gracia.

—Para mí sí, no te has visto la cara. —Se tronchaba de risa.

—Espero que al menos hayas venido a ayudar.

—Pues te equivocas, tengo que leer el final de esta historia. Mamá como siempre está cosiendo, y estoy impaciente por conocer que pasará entre Fabiola y Teo.

—¿Entre quién? —preguntó Julián con cara de no entender nada.

—Fabiola y Teo, los protagonistas de este libro. —Le mostró ella la portada ilusionada.

—Menudos nombrecitos, me parecen de lo más ridículos.

—No seas antipático, lo de menos son los nombres, lo importante es la historia de amor que los une. —Suspiró cerrando los ojos.

—Siempre lees tonterías que te llenan el cerebro de ideas equivocadas sobre la vida.

Estela se sintió muy molesta por el comentario despectivo y le dio la espalda. Se tumbó sobre el heno y comenzó a leer dispuesta a ignorar su provocación. Pero no podía dejar la cosa ahí. Tenía que exponer su postura.

—¿Acaso tú podrías darme lecciones sobre la vida y sobre el amor?

Julián se giró y la miró ladeando la cabeza. Odiaba los sentimentalismos, y el que su mejor amigo fuese una mujer a veces complicaba las cosas.

—No estoy hablando de amor, jamás hablo de eso. Quiero decir que esas historias surrealistas solo existen en tus estúpidos libros.

Estela se levantó con brusquedad y lo encaró.

—¡A veces estas historias estúpidas y surrealistas como tú las llamas son menos crueles que la realidad!

Por primera vez en varios días, Estela perdió la paciencia con Julián a pesar de haberse propuesto no hacerlo. Que estaba enfadado con el mundo desde que su padre se fue no era un misterio, pero ya su carácter resultaba preocupante. Apenas hablaba con su madre, no aceptaba bromas y, además, había menospreciado su pasión por las novelas románticas, llegando incluso a intentar ridiculizarlas.

Estela salió del granero a toda prisa en busca de Eloísa, tal y como había acordado con ella minutos antes.

—¿Podemos hablar ahora?

—Traes cara de haber discutido con mi hijo. —Acertó Eloísa abrazándola.

—Tienes que hablar con él, contarle la verdad. Está intratable, y temo que acabe mal.

Tomás, sorprendido por la madurez de la chica, abandonó el trabajo que lo ocupaba con unas de las vacas y cogió sus cosas.

—Voy un momento a echar un vistazo a la yegua de Simón, os dejo solas.

Una vez que estuvieron solas, Eloísa agarró con ternura a Estela por los hombros.

—Te agradezco la preocupación, Estela, pero no me pidas eso. Soy su madre y más que nadie quiero lo mejor para él. Tienes que seguir guardando el secreto hasta que todo se arregle un poco.

—¿Un poco? Julián sabe que Fernando gastaba mucho dinero en el juego, solo sería cuestión de contarle la historia al completo.

—Si después de todo perdemos la casa, no quiero que odie a su padre por ello. Me pondría de acuerdo con Fernando para inventar algo.

—No es justo, tiene derecho a conocer la verdad. —Estela se alteraba más por momentos—. Si algún día descubre que soy cómplice, me odiará para siempre.

—No eres cómplice, solo conocedora de una triste verdad.

—Me gustaría ayudarlo, pero no se deja, está muy grosero. —Por fin la lagrimilla que se resistía a salir rodó por su mejilla.

—Solo necesita un poco de tiempo, créeme.

—Me gustaría creerte. Pero así no podré hablar sin reservas con él nunca.

—¿Hablar de qué? —preguntó Eloísa recordando las palabras que había tenido con Tomás sobre los muchachos—. ¿Sin reservas?

—De todo y de nada en concreto, me refería a hablar como siempre —mintió ágilmente.

Abrazadas, ambas sufrían por la misma persona. Un muchacho en una edad difícil, ante una situación tan complicada y desagradable como lo era la separación de sus padres. Un carácter incorregible, basado en la negación y en la total desconfianza hacia su madre y hacia el resto de féminas existentes a menos de mil kilómetros a la redonda y más allá.

Estela no solía tomarse tanta libertad con Eloísa, pero le preocupaba tanto la situación que se atrevió a casi exigirle que fuera sincera con su hijo. Julián se acercó y se extrañó al sorprenderlas abrazadas.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien, Estela? —Se preocupó al verla llorar.

En lugar de contestar, dedicó una mirada de complicidad a Eloísa y se marchó sin mediar palabra.

—No le pasa nada, hijo, son cosas de chicas.

—Está muy rara últimamente.

Julián utilizó un tono amable con su madre por primera vez en varios días. Eloísa se sintió dichosa por ello.

—¿Ya has terminado en el granero?

—Sí, voy a ducharme.

—¿Por qué no sales luego? Es sábado, yo voy a estar ocupada.

—No sé, tal vez salga.

Y tras darle un beso que Eloísa no esperaba, se adentró en la casa cabizbajo.

—¿Continuamos? Me gusta verte así. —Tomás regresó y no pasó por alto la cara de felicidad de Eloísa.

—Mi hijo me ha hablado relajado y me ha dado un beso —susurró

posando su mano en la mejilla que había recibido el beso.

—Ya verás cómo se le pasa con el tiempo, está en una edad difícil y no tener cerca la figura de un padre...

—¿Tú crees?

—Por supuesto, estoy convencido. —Y se agachó para continuar con su trabajo en compañía de una Eloísa feliz.

El sol del mediodía llegaba con fuerza, y el calor se hacía notar. Tomás se había remangado la camisa mostrando sus fuertes antebrazos, y por primera vez Eloísa se fijó en ellos. Tenía el pelo liso y rubio, casi siempre recogido en una coleta, pero ese día le caía por la nuca. Ella, sin explicarse el porqué se detenía tanto en admirarlo, sintió un cosquilleo y notó cómo se sonrojaba. Se cubrió la cara un segundo e inspiró para intentar controlar la reacción de su cuerpo. De repente, le estorbaba todo: la rebeca, el sombrero que solía llevar para el sol y la camisa abrochada. Se atrevió a quitarse la rebeca y a desabrocharse el primer botón. Con el sombrero, se abanicó un poco confiando en que Tomás no se percataría del color de sus mejillas. Sentía calor hasta en las orejas.

—Hace calor, ¿verdad? —Sonrió muy pícaro Tomás.

—Iré a por agua. —Reaccionó con rapidez; necesitaba alejarse de él cuanto antes.

Una vez en la casa, corrió escaleras arriba hasta el baño y empapó una toalla con agua, que luego se restregó por el cuello y la cara. El corazón le latía muy deprisa, acelerado. Mirándose en el espejo del baño, no se explicó qué le había sucedido. Nunca había pasado por alto el atractivo físico de Tomás, pero solo lo consideraba un amigo de la familia y el veterinario de su ganado desde hacía años. ¿Por qué de repente lo había mirado con unos ojos para nada inocentes? Jamás se había sentido atraída por él como hacía un momento.

Mientras preparaba la botella de agua y los vasos para llevar, se le vinieron imágenes a la cabeza, recuerdos de momentos vividos con él. Su trato siempre había sido familiar, de confianza, pero en ningún momento se había sentido afectada de ese modo, como si sus sentidos hubiesen despertado de repente. Recordó cómo desde el momento que supo del

problema de su marido, estuvo ahí para animarla y consolarla, incluso intentó mediar hablando con Fernando para ofrecerle su ayuda. Se lo veía preocupado por ella, pero nada más. Intentó hacer memoria, necesitaba recordar cuándo le contó de su última amiga o novia; tendría que tener pareja, pero no logró rescatar de sus recuerdos ningún suceso relacionado con su vida amorosa. Si se lo había contado en alguna ocasión, lo había olvidado.

Algo más serena y con el agua fría, fue en su busca. Pero no estaba con el ganado. Caminó hacia el granero y lo encontró allí, pero permaneció fuera, oculta tras la puerta de madera abierta.

—Siento mucho todo lo que está pasando, Fernando, te lo advertí, la has jodido. Te ofrecí mi ayuda y la rechazaste.

Eloísa se estremeció, no esperaba aquello. Su marido estaba hablando por teléfono con Tomás. Entró despacio y le hizo señas a Tomás para que le prestara el teléfono, necesitaba hacerle una pregunta. El veterinario asintió con la cabeza.

—Fernando, no cuelgues, alguien quiere hablar contigo. —Y tendió el teléfono móvil a una Eloísa que le temblaba el pulso.

Discutieron un buen rato. Eloísa hablaba alto y claro, sin titubear a pesar de lo alterada que estaba, y daba pasos agigantados de un lado a otro del granero bajo la atenta mirada de Tomás. Él había intentado marcharse para no molestar, pero Eloísa lo había agarrado del brazo para que no lo hiciera.

Tras sentarse sobre una paca a esperar, bebió agua fresca y mordisqueó un poco de heno sin dejar de observar con detenimiento la actitud de Eloísa.

Desde hacía años le gustaba su carácter, le parecía una mujer luchadora y decidida. Pero en ese momento otro aspecto de su amiga le llamaba la atención. La camisa, desabrochada en la zona del escote, dejaba entrever una parte muy femenina que hubiese preferido no mirar, pero su deseo y su instinto lo traicionaron. Otra tortura para él: el constante caminar mientras hablaba furiosa por teléfono provocaba un contoneo de caderas que lo estaba matando.

Eloísa le gustaba; más que eso, lo tenía enamorado, pero Tomás era un

hombre muy respetuoso. Siempre había mantenido al margen sus sentimientos y solo se había involucrado con ella y su marido para intentar ayudar. Ahora le resultaría más difícil mantenerse alejado de ella, Fernando no estaba. Pero no, no podía ser. ¿Qué clase de amigo sería si aprovechara un momento tan delicado? ¿Cómo se lo tomaría ella? Tomás sacudió la cabeza para borrar de su mente los pensamientos impuros y atravesó la puerta del granero. Necesitaba aire puro, aire sin ella.

Pero al parecer, o el aire no era lo bastante puro, o el problema venía desde más adentro. A pesar de inspirar con fuerza para llenar los pulmones, no consiguió dejar la mente en blanco. Giró la cabeza y miró por encima del hombro a Eloísa, que seguía enfrascada en la discusión.

Le pareció que enfadada era de lo más atractiva. Decidió permanecer fuera hasta que terminara de hablar, pensó que sería lo mejor.

Mientras hacía tiempo y luchaba contra sus instintos y deseos, advirtió que Julián salía de la casa e iba directo al granero. Por suerte, Tomás reaccionó con rapidez y astucia. Tenía que evitar a toda costa que escuchara la conversación de su madre, así que caminó deprisa y se detuvo delante de él para impedir que entrara.

—¡Hola, muchacho! —lo saludó dándole un abrazo y gritando de forma exagerada para advertir a Eloísa de su presencia—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, ¿está ahí mi madre? —saludó de mala gana Julián.

—Me alegro mucho de verte, ¿cómo estás? —Tenía que hacer tiempo, pero el joven no iba a ponérselo nada fácil, en absoluto.

—Podría estar mejor.

Julián simpatizaba con él, pero los últimos días no derrochaba cordialidad con nadie, ni siquiera con el veterinario.

—¿Qué tal con Estela? ¿Todo bien? —Se esmeró por aparentar despreocupación, incluso se balanceó en sus propios talones.

—¿Qué quieres decir? Con Estela todo bien, como siempre, no entiendo tu pregunta. —Julián comenzaba a impacientarse.

—Vamos, pillín, no tienes que disimular conmigo; es encantadora y muy guapa. —Le dio un codazo y le guiñó un ojo. Fue el primer tema de conversación que se le vino a la cabeza.

—Tendrás muy buen ojo para las vacas, pero para las mujeres... —Se mostró molesto Julián.

—Conmigo no tienes que disimular, he visto cómo te mira. ¿O tal vez tienes una novieta en el instituto?

—No te ofendas, pero eso no es asunto tuyo.

Antes de que Tomás pudiese contestar, Eloísa salió del granero y se acercó a toda prisa.

—Hola, hijo. —Le entregó el móvil a Tomás e inventó sobre la marcha una coartada—. Gracias por prestármelo, Tomás, me dejé el mío en casa.

—Mamá, venía a decirte que no saldré. Paso de coger el autobús hasta el centro y luego volver a esperar el de vuelta.

La casa estaba a las afueras, y Julián aún no tenía edad para conducir.

—Si quieres, yo te acerco, no creo que tarde mucho con el ganado —se ofreció Tomás.

—Pero pensabas visitar a Simón y María, yo acercaré a mi hijo. Aprovecharé para hacer unas compras y así lo traeré de vuelta.

—Ya los visité cuando fui a revisar a la yegua, así que me gustaría acompañaros. ¿Puedo?

Eloísa notó cómo se le secaba la garganta. La cara de Julián cambió. Si antes estaba serio, ahora lo estaba aún más. Durante unos segundos se hizo el silencio, y el ambiente fue tenso. Antes de su extraña reacción física, no hubiese dudado un segundo, pero después de aquello, no estaba tan segura de que estar cerca de él fuese lo mejor. No al menos hasta pensar con frialdad a qué se debía.

—Pues... —Dudó ella.

—No se hable más, termino enseguida.



Una hora después, los tres se dirigían hacia el centro de la ciudad en el coche de Tomás. La situación era muy incómoda porque Julián mostraba su enfado incluso sin hablar. Eloísa quería quedarse a solas con el veterinario por dos motivos; para contarle la discusión con su marido y para dejar de sentirse vigilada por la mirada desconfiada de su hijo.

Una vez que estuvieron solos, sentados en un bar para comer algo, comenzaron a hablar.

—¿Me puedes explicar ahora que no está mi hijo qué hacías hablando con Fernando? —Cruzada de brazos y en actitud molesta, Eloísa pidió explicaciones.

—Me llamó para preguntarme por ti, aunque no sabía que yo estaba en la granja. Intenté ocultárselo para evitar darle ninguna información sin tu consentimiento, pero el resto ya lo sabes.

Eloísa miró hacia otro lado, más enfadada con su marido que con Tomás, pero él no lo vio así. Pensó que estaba disgustada con él.

—¿No me crees? —preguntó Tomás con dulzura.

—¡Claro que te creo! ¿Por qué no iba a hacerlo? Estoy así porque Fernando me va a meter en un problema serio; bueno, en otro más. Me ha dicho que no ha solucionado todavía el problema de la deuda, en cualquier momento puedo perderlo todo. —Eloísa rompió a llorar.

—¡Eh! —Le agarró la mano y se la apretó con fuerza—. Alegra esa cara, todo va a salir bien, yo estoy aquí para lo que necesites.

A Eloísa le extrañó mucho la actitud de Tomás. Ya no estaba segura si se debía a su recién estrenada inseguridad frente a él. Pero de igual modo, la afectó. Se secó las lágrimas y retiró la mano que agarraba con fuerza Tomás. A continuación se puso seria, muy seria.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos —respondió él con una seguridad apabullante.

—¿Por qué me ofreces tu ayuda? —insistió Eloísa, que seguía sin entender.

—Te repito, porque soy tu amigo, ¿necesitas otro motivo?

—La ayuda que yo necesito no es la de un simple amigo; nadie tendría que pasar por esto conmigo, menos si no es de mi familia. Mis ánimos están por los suelos, económicamente, estoy casi en bancarrota y en cuanto a mi hijo..., no solo está en una edad delicada, además de eso piensa que he echado a su padre de casa por capricho.

—No cuentas con el apoyo de Julián porque te empeñas en ocultarle la verdad. En cuanto a lo demás, te diré una cosa: todo tiene remedio en esta vida excepto la muerte.

—Gracias por tus palabras de consuelo, pero suenan poco convincentes.

Pidieron los platos y comieron hablando de otros temas. Comentaron el estado de salud del ganado y los trabajos de mantenimiento que necesitaba la casa y la granja. Durante toda la conversación, Tomás se sintió maravillado por el espíritu de lucha de aquella mujer que, a pesar de haberse quedado sola con un montón de problemas ocasionados por la mala cabeza de su marido enfermo, seguía con ganas y con voluntad de luchar.

Estaba al tanto de todas los trámites y las gestiones de su propiedad; de hecho, casi siempre se había ocupado ella, Fernando hacía tiempo que tenía la cabeza en otros quehaceres.

—¿Podemos hablar de otro tema? —propuso él.

—Te he aburrido, ¿ves? Te dije que en estos momentos no soy grata compañía.

—No, no he querido decir eso, siento haberme expresado mal. Me gustaría saber más sobre ti, como persona, como mujer. Sé de sobra lo luchadora que eres, pero quiero que te relajes por un momento y que disfrutemos hablando sobre temas menos... serios. —A Tomás le costó elegir la palabra adecuada.

De nuevo el calor que había sentido esa mañana volvió a invadir su

cuerpo. Tomás estaba utilizando un tono de lo más preocupado, sincero. Las dos últimas veces que durante la conversación se había echado el pelo hacia atrás con sus masculinas manos, Eloísa tuvo que agachar la cabeza e intentar desviar su atención. El cabello rubio, su corta barba, esos antebrazos que mostraba la camisa aún remangada... De haber tenido a mano el sombrero, lo hubiese utilizado de nuevo para abanicarse. Y para más inri, le estaba haciendo preguntas comprometidas. Eloísa sintió que ardía, que no respondería con coherencia. Pero no quería mostrarse así, tenía que trazar una línea imaginaria que mantuviera su mente serena y fría porque en cuanto a reacciones físicas, ya poco podría hacer. Estaba perdida.

—Pues nada que no sepas, ¿cuántos años hace que nos conocemos? —preguntó ella confiando en que la conversación tomara un rumbo que no la incomodara demasiado.

—Muchos, pero ahora es distinto. —El tono de voz de Tomás cada vez era más tenue.

—¿Distinto? Pues no sé en qué ha cambiado la cosa. —Sonriente y fingiendo naturalidad sintió de nuevo el temblor de sus piernas.

—Tú eres la misma pero más vulnerable. Ahora lo estás pasando mal, te sientes sola. Pero aunque sé que puedes con esto y con más, quiero transmitirte mi apoyo y dejarte claro que puedes contar conmigo. Como has dicho antes, no estás bien, ni de ánimos ni en temas económicos. A mí, ahora mismo, me sobra de las dos cosas. —Al ver que Eloísa giraba la cara, se explicó mejor—. No quiero que pienses que voy de sobrado, pero es que no sé de qué forma explicarte que tengo lo que tú necesitas.

Eloísa lo miró inquieta, alzando las cejas y acariciándose la nuca; no sabía qué contestar. No le estaba quedando claro el propósito de su veterinario.

—Lo que yo necesito ahora es tranquilidad, y si lo que me ofreces es tu amistad y tu apoyo moral, pues te lo agradezco de corazón. —Y clavándole la mirada, prosiguió—: Pero no pienso aceptar nada más.

—No sé a cuánto asciende la deuda de Fernando. Imagino que será una cantidad elevada puesto que está en juego la granja, pero algo sí podría hacer

al respecto.

—No pienso aceptar tu ayuda económica, no es tu problema. Fernando debe solucionarlo.

—Fernando no está en condiciones, me temo que poco podrá hacer. Antes de que llegaras al granero estuve hablando del tema con él, y no sé si te lo ha contado todo, pero solo puedo temerme lo peor. La cosa no pinta nada bien. No estás en condiciones de rechazar mi ayuda.

—He dicho que no, no insistas. —Casi se acaba el vaso entero de refresco de una sola vez. No le resultaba agradable rechazar el ofrecimiento de Tomás y no quería ser grosera.

—¿Puedes darme algún motivo por el cual rechazas mi ofrecimiento?

—¿Y tú puedes darme algún motivo por el cual te preocupa tanto mi problema?

Y se hizo el silencio. El tono de voz de ambos había aumentado. La conversación se había vuelto tensa, más bien parecía una discusión. Tomás no iba a reconocer en voz alta el motivo de su insistencia. Quería ser cauteloso y no dar un paso en falso, Eloísa no estaba bien.

—Porque... me preocupo, porque...tú lo necesitas... y...

—Con tu amistad me basta. —Aguantó las ganas de llorar y sacó de su bolso un cigarro, lo encendió y dio un par de caladas con demasiado ímpetu.

—Eso es lo que te ofrezco, amistad, nada más. Pero existen amigos que prestan dinero. —Tomás, al decir aquello, arrastró su silla hacia atrás para inclinarse hacia ella y arrebatarse el cigarro de la mano.

—No tienes derecho a hacer eso, Tomás, no eres nadie —le reprochó furiosa.

—Soy tu amigo, ¿no? Tengo derecho a preocuparme por tu salud.

Y Eloísa, recapacitando y reconociendo que estaba siendo terca, agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. Respiró hondo, clavó sus ojos en los de él y esbozó una sonrisa.

—Tienes razón. —Le tendió la mano—. ¿Amigos?

Una vez recuperado por parte de ambos el hilo amable de la conversación, se oyeron unos gritos que provenían de un bullicio en la puerta del pequeño centro comercial. Eloísa estaba de espaldas y no había visto nada, no se había percatado, pero Tomás se levantó sin modales de la silla y eso la puso en alerta. Tomás pudo distinguir a Julián y a dos agentes de seguridad del mismo recinto que lo agarraban de los brazos. Sin perder un segundo corrió hacia ellos seguido de una Eloísa sorprendida y preocupada.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Tomás a los agentes apartando a un grupo de jóvenes a codazos.

—Nada importante, señor, unos niños armando bronca, pero ya está solucionado.

Por suerte, enseguida desapareció el gentío, y quedaron a solas Julián, Tomás y Eloísa, pero nadie se atrevió a hablar. Ella no pidió explicaciones porque estaba nerviosa ante la situación y porque veía en el rostro de su hijo algo que no era vergüenza, ni arrepentimiento, sino todo lo contrario. Tomás no quería entrometerse en un tema de madre e hijo, pero desde un segundo plano, pareció leer el pensamiento a ambos.

—Vamos, os llevo a casa.

—¡Esperadme! —Se oyó una voz de alguien que había sido testigo de todo. Se acercó corriendo y cuando estuvo junto a ellos intentó recobrar el aliento.

—¡Estela! —Se asombró Eloísa—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido?

—Vine en autobús, ¿puedo volver con vosotros?

—Claro, por supuesto.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Estela y Julián, sentados en el asiento de atrás, hablaban con la intención de no ser escuchados y se hacían señas. Por el espejo retrovisor, Eloísa intentaba con disimulo descifrar algo, pero no

pudo. Era inútil hablar en el mismo código que dos adolescentes que a efectos prácticos se habían criado juntos. Tendría que ser paciente y esperar.

—¡Tenemos que hablar! —ordenó a su hijo cuando de un portazo se encerró en su habitación.

—¿Quieres hablar? ¡Adelante, hablemos! —Abrió la puerta con violencia, y se sentó en el puf, y comenzó a lanzar una pelota con fuerza contra la pared.

Eloísa entró decidida. Ella prefería dejarle su espacio, su tiempo, pero la intervención de los de seguridad en el centro comercial la tenía desconcertada. A pesar de su rebeldía y de su comportamiento inestable, no era un chico conflictivo ni violento. Quería conocer cuanto antes el motivo de la trifulca.

—Solo necesito saber qué ha ocurrido hoy en el centro comercial. ¿Por qué te echaron de aquella manera?

—Tuve que poner en su lugar a un par de gilipollas. —La fuerza con la que lanzaba la pelota aumentó.

—No me gusta que hables así.

—Me da igual, mamá, son gilipollas y punto. —La desafió con la mirada.

—No me mires así, no me gusta. —Eloísa alzó la voz y se cruzó de brazos.

—¡Si no te gusta cómo te hablo ni cómo te miro, vete!

—No puedes echarme de tu cuarto, soy tu madre y me preocupo por ti. Solo quiero saber qué ha pasado. —Cada vez le costaba más no derrumbarse.

—No pienso volver a ser sincero contigo jamás, ¿me oyes? ¡Nunca, mamá! ¡Sal de mi habitación!

Y Eloísa, resignada y entendiendo que en ese estado no sacaría nada en claro, se marchó.

Mientras bajaba las escaleras pensó en Estela, ella estaba presente. Fue en su busca, cayendo en la cuenta de que ni siquiera se había despedido en condiciones de Tomás, ni le había dado las gracias. Tendría que llamarlo y hablar con él, pero eso sería después de solucionar el problema con su hijo.

Entonces, fue consciente de algo que ya rondaba en su cabeza; su labor como madre y como granjera la tendría siempre demasiado ocupada, lo suficiente como para no dejarle apenas espacio para... ¿tener amigos?

La puerta de la casa de Estela estaba entreabierta. María cosía incansable como cada día. Cuando vio a su vecina en la puerta, la invitó a pasar.

—Hola, Eloísa, entra. Has llegado justo a tiempo, iba a preparar café.

—Muchas gracias, me vendrá bien. —Resopló y abrazó a su vecina, que dejó sus quehaceres para atenderla.

—Siéntate mujer y alegra esa cara, cualquiera diría que te ha pasado un tren por encima.

—Qué te voy a contar a ti. También eres madre de una adolescente, aunque claro, Estela es muy dócil, apuesto a que no te da disgustos.

Y desde la cocina, mientras preparaba el café, alzando la voz contestó:

—¿Estela? ¿Dócil? De eso nada, solo que he aprendido a llevar su carácter. Es muy buena niña, al igual que tu hijo, pero he entendido que no se les debe presionar, necesitan su espacio.

—Ya. Pero Estela...

—Estela lleva un tiempo demasiado rara, pero por lo poco que he conseguido sonsacarle, o sea nada, deduzco que sufre de mal de amores y lo paga conmigo —le confesó en voz baja sentándose junto a ella.

—¿Mal de amores? Puede ser, es lógico, está en la edad. A mí no me ha comentado nada, aunque claro, imagino que hay cosas que no le apetece contarme —dijo pensativa recordando las palabras de Tomás sobre ella—. Ojalá fuese mi nuera algún día.

—¡Qué tonterías dices, vecina! —Y se dirigió a la cocina a servir el café.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Arriba, en su cuarto. Ha vuelto del centro comercial muy enfadada. Seguro que es por algo relacionado con el chico al que pretende. ¿Ves lo que te digo? Muy rara mi niña, algo le pasa con él.

Y Eloísa tomó el café conversando con María. Intentando concentrarse en

todo lo que su vecina y amiga le contaba, tenía la mente en otros asuntos. Su hijo, Estela, Tomás, su marido y todos los problemas le estaban ocasionando un dolor de cabeza terrible.

—Hola, Eloísa —la saludó Estela en el salón—. Ahora vengo, mamá, voy al granero.

—Toma algo antes de irte —sugirió su madre desenfadada.

—No, no me apetece, no tardo. —Y se marchó sin darle tregua a Eloísa, que estaba interesada en hablar con ella.

Eloísa no quería arriesgarse a que Estela se encontrara con su hijo antes que ella. Su intención era evitar que los jóvenes pactaran silencio, pero tenía que acabar de tomar el café con María. Eso la inquietó.

—¡Estarás contento con el espectáculo de hoy! —Irrumpió Estela en el cuarto de Julián dispuesta a reprocharle su mal comportamiento.

—La que me faltaba, ¿ya te ha mandado mi madre? Espero por tu bien que no le hayas contado nada.

—A mí no me amenaces, chulito. Para tu información no le he contado nada, pero pienso hacerlo. ¿Desde cuándo eres un macarra que se lía a golpes con cualquiera?

—Desde que me dio la real gana, y no era un cualquiera, era un mentiroso que se atrevió a hablar mal de mi padre.

Conforme recreaba en su mente la situación, Julián se volvía a enfadar aún más, le había molestado mucho la insinuación de uno de sus colegas en el centro comercial. Estela no podía más, a pesar de querer respetar la decisión de Eloísa, pensaba que Julián debía conocer la verdad, de lo contrario se metería en problemas como los de ese día. Allí todos conocían la vida de todos, y el problema de su padre no era un secreto para nadie.

—Julián, me gustaría contarte algo, espero que tu madre me perdone algún día.

Y le narró todo lo que le había ocultado Eloísa, desde la falta de dinero en



su casa hasta la deuda que ponía en peligro las escrituras de su casa y de la granja.

Como cabía esperar, Julián negó que aquello fuese cierto; incluso acusó a su amiga de mentirosa y de mala persona, pero Estela, sentada en la cama con la cabeza gacha, aguantó el chaparrón como pudo mientras él hacía aspavientos con las manos y gritaba furioso. Cuando pareció que ya no diría nada más, se sentó junto a ella golpeando la pelota contra el suelo.

—¿Ya has terminado? —preguntó Estela en tono suave, pero él no contestó—. Tienes derecho a enfadarte, a gritar y a todo lo que quieras, pero no a juzgar a tu madre. Ella solo quiere lo mejor para ti y a pesar de todo el daño que le ha hecho tu padre, no quiere que pienses mal de él.

—Todo es una mierda, ¡todo!

—Tienes razón, lo es, pero en tu mano está empeorar las cosas o entender a tu madre. Es cuestión de pensar fríamente.

—Mi padre no es malo, él es el mejor —le aclaró tajante.

—Será bueno para ti, pero para tu madre es una pesadilla.

—¿Tú quién te crees que eres para hablar así de él? —Se puso en pie y comenzó de nuevo un ataque.

—Pues tal vez no sea nadie, pero quiero a tu madre y he vivido de cerca cada putada que le ha hecho, y también te quiero a ti y... —Se sonrojó y se levantó para situarse junto a la ventana; prefirió darle la espalda.

—Si de verdad me quisieras como dices, no me hubieses ocultado todo esto. Yo podría haber hablado con mi padre, lo hubiese ayudado, y tal vez mamá no lo habría echado de casa.

—Te creí más maduro, ¿qué ibas a hacer tú? Ni tus abuelos, ni tu madre han podido hacer nada; tu padre está enfermo y ha preferido perderos a vosotros antes que luchar por superarlo. ¡Admítelo!

—¡Vete! —Le abrió la puerta y la amenazó con la mirada.

—Por supuesto que me voy, pero tú eliges; o actúas como un hombre afrontando la situación y apoyando a tu madre, o sigues con tu pataleta y

echándole la culpa de todo al resto del mundo. Tú mismo.

Un mazazo duro, una verdad que a medias sabía, pero que se empeñaba en negar. Había sido testigo de varias discusiones de sus padres, pero su miedo a lo que finalmente ocurrió lo había llevado a crearse en su cabeza una realidad paralela. ¿De verdad odiaba a su madre? No. ¿Quería de manera incondicional a su padre? Tampoco.

Se enfadó consigo mismo golpeándose la frente porque lo que sí estaba claro era que no sabía cómo enfrentar aquella situación. Recordó una conversación que había mantenido con su padre, durante la cual le juró que jamás se iría de casa. Y en parte la cumplió porque no se fue por voluntad propia. Su madre había sido la artífice de su marcha. ¿Podría haberlo evitado? ¿Luchó lo suficiente? Por otro lado, desde que se fue no se había puesto en contacto con él. Hasta entonces pensaba que por indicaciones de su madre, que ni siquiera dejó que se despidieran. Pero la duda rondaba en su cabeza. Quería pensar que Estela estaba en lo cierto y que en realidad Eloísa solo había sido una víctima. Todo resultaba demasiado complejo.

Necesitaba hablar con su padre, pedirle explicaciones y contrastar toda la información que le había soltado de golpe Estela. Incluso confiando ciegamente sin reservas en su amiga, necesitaba agarrarse a un clavo ardiendo si hiciera falta, a una mínima posibilidad de que ni el malo fuese tan malo ni la buena fuese tan buena.

Tenía que decidir qué hacer, cómo actuar. Hablar con su madre y pedirle perdón quedaba descartado, porque aun siendo certera la versión de Estela, le había mentado y ocultado la verdad. No estaba preparado para sentarse y hablar con ella cara a cara poniendo las cartas sobre la mesa. Tendría que hablar con su padre, aunque no fuese fácil localizarlo. En cuanto a Estela, al menos le debía una disculpa, una vez más, como venía siendo habitual.

Estela, en lugar de refugiarse en el granero, decidió pasear alrededor del huerto. Necesitaba estar sola y el granero se había convertido en un lugar demasiado concurrido. No tenía la mente para leer, así que caminar al aire libre tal vez la ayudaría a despejarse.

Mientras recordaba las duras palabras de Julián, hizo un esfuerzo por entenderlo, por no enfadarse más de la cuenta con él. Quería pensar que la rabia que siempre derramaba sobre ella no iba dirigida adrede, a propósito. Pero por ese motivo no dejaba de ser doloroso, cruel. Estela siempre lo apoyaba, intentaba ayudarlo, y él a cambio la trataba mal. La acusaba de mentirosa y de muchas cosas que le resultaban demasiado dolorosas incluso recordar. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Su corazón le dictaba que se mantuviera ahí, que necesitaba su apoyo, que tras la tormenta llegaría la calma. Sin poder evitar sentirse incomprendida y desdichada, se esforzó por autoconvencerse de que tarde o temprano él se daría cuenta y abriría los ojos. Porque ella lo amaba, desde muy niños lo sabía, pero él parecía no darse cuenta de nada. No era un chico valiente, en absoluto, porque negaba la realidad de sus padres y negaba los sentimientos de ella, y eso estaba empezando a afectar su actitud hasta ahora siempre positiva. Su madre, María, ya se había dado cuenta de su irritabilidad, pero por suerte no la había incomodado con preguntas.

Un fuerte viento le arrebató de las manos el marca páginas del libro, y cuando se giró y se agachó para recuperarlo, otra mano lo hizo por ella. Era Julián.

—Hola, Estela —saludó muy amable, pero ella no le contestó; le arrebató su marca páginas y continuó andando—. Perdona por lo de antes.

—Muy bien.

—No, muy bien no, en serio, sé que no me he comportado de forma correcta contigo. Te debo una disculpa. —Caminó junto a ella.

—Disculpa aceptada. Ahora, si no te importa, prefiero estar sola.

—Puedo acompañarte sin hablar, así no te molestaré.

Y mirándolo inexpresiva, decidió dejarse acompañar.

—Pensé que estarías en el granero, leyendo una de tus historias.

—Pues pensaste mal.

—Ya veo.

Y como no le seguía la conversación, Julián lo hizo por ella.

—He estado reflexionando sobre todo lo que me has dicho y he tomado una decisión; voy a hablar con mi padre, necesito hacerlo.

—Tú sabrás, si consideras que es lo mejor.

Estela le contestaba sin enfatizar y sin dar muestras de entusiasmo, estaba dolida con él.

—No sé si es lo mejor, pero tienes razón; debo enfrentar la situación y para ello he de conocer las dos versiones. La de mamá ya la conozco gracias a ti, así que hablaré con papá.

—Ajá —contestó secamente.

—Veo que estás enfadada conmigo y lo entiendo, Estela, he sido muy injusto contigo.

—Ajá.

—Creo que lo merezco.

Y entonces ella reaccionó.

—¿Qué mereces según tú?

—Tu indiferencia y tus ajaes. —Intentó bromear para provocarle una sonrisa.

—No me gusta tratar con indiferencia a la gente, créeme, sé cuánto duele.

Le acababa de lanzar una indirecta y cruzó los dedos porque la captara al vuelo.

—¿Quién te trata con indiferencia a ti?

—Nadie —replicó airoso. En realidad, no quería confesarse en ese momento.

—¿Cómo que nadie? Acabas de decir que sabes cuánto duele, será por algo, o mejor dicho, por alguien. —Se detuvo y la escrutó con la mirada, no pensaba dejar la cosa así.

—Pues un chico que no me hace caso. —Se paró para permanecer a su lado, y contestó lo primero que se le ocurrió; en parte no estaba mintiendo, aún no.

—¿Es del instituto?

—Sí.

Y con tono de burla, continuó con el interrogatorio. En realidad no le había hecho ninguna gracia saberlo, pero intentó disimular e incluso fingir que le resultaba divertido.

—¿De mi clase o de la tuya?

—Ains, qué más da, no es asunto tuyo. —Y continuó caminando, esta vez de regreso a la casa.

—Somos amigos, Estela, ¿qué hay de malo en querer saber quién es el imbécil que te ignora? Podría tener unas palabritas con él.

—El chulito de nuevo en acción, no me hagas reír. Pasa del tema, hazme el favor.

—Ahora entiendo por qué estás tan rara de un tiempo para acá. —Se rascó la barbilla y la siguió de cerca, no iba rendirse hasta conocer la identidad del chico.

—¿Rara, yo? Vete un poco a la mierda, Julián.

—En serio, muy muy rara. Ya no podemos mantener una conversación normal, siempre te sientes molesta o te vas por la tangente, aunque creo que esos libros que lees también tienen algo que ver.

—Yo no estoy rara, tú te has vuelto un antipático, y leo lo que me da la gana.

—Las chicas siempre buscáis doble sentido a las cosas, sois muy complicadas. Me cabrea cuando te digo que no me apetece hacer algo porque simplemente no me apetece, y tú interpretas que no quiero estar contigo.

—Eso no vale, no estás en mi cabeza para saber qué pienso o qué interpreto.

—Gracias a Dios, menudo amasijo de tonterías debe haber ahí dentro. —Y

le golpeó la frente con los nudillos de forma suave.

—¡No me toques! —Se puso en alerta cuando notó su contacto y reaccionó de manera brusca, aunque se arrepintió de inmediato.

—¡Eh! Tranquila, ¿ves lo que te digo? —Se enfadó Julián—. Me las piro, ahí te quedas con tus tonterías, niña.

—¡Eso es lo que tendrías que haber hecho desde hacer rato! ¡Te advertí que quería estar sola! —le gritó mientras él se alejaba.

—¡Normal que ese tío te ignore, es un chico listo!

Y allí se quedó ella. Furiosa, al borde de un ataque de nervios. Ahora no solo no le haría caso, sino que pensaría que se había fijado en otro.

—¡Seré estúpida! —gritó cuando ya nadie la oía.

Una vez en el granero, sin querer se le vinieron a la cabeza recuerdos de su amistad con Julián.

Recordó la primera vez que notó que ya usaba sujetador y se burló de ella, también su timidez al mostrarse ante él en biquini en la piscina aquel verano en el que su cuerpo comenzó a cambiar. Él no entendió ese cambio en ella, no al principio; la pubertad de Julián fue más tardía.

El cambio de niña a mujer fue complicado para ella, Julián tuvo mucho que ver en ello. Varias veces había hecho el intento de mirarlo con otros ojos, sería todo menos complicado, pero fue en vano. No sabía con exactitud cómo ni cuándo había hecho aparición en ella ese sentimiento, tal vez fue tan paulatino y tan precoz que cuando quiso darse cuenta ya no había nada que hacer.

Los protagonistas de las historias que solía leer eran todo lo contrario a Julián: hombres decididos, lanzados, cariñosos y románticos, que aprovechaban la primera oportunidad para mostrar su amor. Pero Julián era distinto, no hacía demostraciones de amor porque tal vez no estaba enamorado, o al menos, eso pensaba Estela.

Su estrategia hasta el momento había sido permanecer a su lado como amiga, como su gran apoyo, y esperar a que saltara la liebre. Pero en el

último encuentro, en lugar de eso, había metido la pata y de qué manera. Le había mentado, y por aquel motivo él pensaba que ella pretendía a otro chico. Se sintió estúpida e impotente ante la situación, una situación que en gran parte había propiciado ella.

Cerró los ojos e imaginó cómo deseaba que fuese en realidad su situación con él: paseos de la mano por el huerto, recoger los huevos de las gallinas juntos, arrumacos junto a la cerca del ganado al atardecer...

Sería todo tan bonito y tan perfecto, incluso mejor que en sus libros.

Pero la realidad era otra, y muy distinta.

Julián siempre estaba inmerso en sus pensamientos cuando ella le hablaba y parecía no sospechar nada. Además, lo influía demasiado el tema de la separación de sus padres y ¿con quién pagaba el coraje? Sí, con Estela. Veía en ella una persona de confianza, alguien con quien no debía guardar ni las formas ni las apariencias. Julián entendía que Estela tenía la obligación de aguantar sus malos humos, para algo era su mejor amiga. Tarde o temprano tendría que abrir los ojos y aceptar la realidad, porque de no ser así, Estela acabaría herida, muy herida.

Los días entre semana, Eloísa se encargaba sola de todas las tareas de la granja. Cuando Julián regresaba del instituto, cumplía con sus obligaciones, pero ella prefería que fuesen pocas para que no se distrajera de sus estudios.

Uno de aquellos días, casi a media mañana, Eloísa regresó a la casa muy cansada. Se extrañó al ver la puerta entreabierta.

—Juraría que la dejé cerrada —pensó en voz alta.

Entró sin cuidado pensando que tal vez estaba equivocada. Tenía la cabeza en mil sitios a la vez y no andaba muy centrada. Durante los últimos días, con demasiada frecuencia, se imaginaba acompañada de Tomás. Su ofrecimiento de ayuda, su amabilidad y la seguridad que le transmitió habían calado hondo en Eloísa, y no podía quitárselo de la cabeza. Un hombre de los de verdad, trabajador, varonil, educado, respetuoso, además de muy atractivo, demasiado. Eloísa jamás lo había visto así, pero era consciente de que algo muy poderoso había despertado en ella y que ya no había vuelta atrás.

Eloísa necesitaba compañía y protección, y no porque no fuese capaz de tirar para adelante sola. Podía y de hecho lo estaba haciendo, pero un hombre como Tomás sería la compañía perfecta.

Nada más entrar en la casa oyó un crujido. De inmediato supo que provenía del tercer peldaño de la escalera, pues la madera estaba suelta y conocía de sobra aquel ruido.

—¿Julián? ¿Has regresado antes de tiempo del instituto? —preguntó con voz temblorosa rezando porque se tratara de su hijo, pero nadie contestó—. ¿Quién está ahí?

Dio dos pasos hacia delante, cruzó la entrada y vio a un hombre desconocido con un pie aún en el último peldaño. Cuando el individuo se percató de que Eloísa hacía el intento de retroceder fuera de la casa, se lanzó sobre ella y la inmovilizó sin dificultad; era demasiado corpulento. Le cubrió



la boca con una mano y con el pie cerró la puerta bruscamente.

Eloísa entró en *shock*, y un ataque de pánico se apoderó de ella. No entendía qué estaba sucediendo ni qué quería aquel hombre. Le temblaba todo el cuerpo y enseguida, sin poder evitarlo, comenzó a gritar pidiendo ayuda en vano porque aquel desalmado le apretaba la boca ahogando así su pedido de auxilio.

Con ella en brazos y sin dejarle la boca libre, silbó, y en menos de cinco segundos otro hombre menos corpulento pero con la misma cara de peligroso hizo aparición en el salón. Con un trabajo sincronizado y rápido, mientras el corpulento la agarraba, el otro la ató de pies y manos y le tapó la boca con cinta americana. Una vez inmovilizada del todo, la soltaron en el suelo y comprobaron a través de las ventanas que no había nadie rondando por la casa. Eloísa no cesaba de preguntarse quiénes eran aquellos hombres y qué estaban buscando. Con la boca cubierta, le sería imposible comunicarse con ellos. Quería decirles que si lo que querían era dinero, solo disponía de una pequeña cantidad en una cajita de madera que se encontraba en el mueble de la cocina, camuflada tras un bote de harina.

También pudo ver la hora que marcaba el reloj de pared del salón. Acababan de dar las doce y media, y eso la tranquilizó. Hasta pasadas las tres su hijo no regresaría y no estaría también en peligro. Mientras pensaba todo aquello, no paraba de llorar y de temblar. ¿Qué buscaban aquellos hombres? Entre ellos hablaban bajito, como si debatiesen en ese preciso momento qué hacer o cómo actuar. Uno de ellos, el que había hecho acto de presencia en segundo lugar, se acercó a ella. Agarró una silla, se sentó a horcajadas mirando amenazante a una Eloísa aún incómoda en el suelo y le arrancó sin miramientos la cinta de la boca haciéndole un daño espantoso.

—Si gritas, te partiré la boca —la amenazó sin moverse de la silla.

—¡Socorro! —gritó lo más alto que pudo y se ganó una bofetada que casi la deja inconsciente. Enseguida notó la sangre caliente rozarle la piel.

—¿Eres sorda o demasiado valiente? ¡Menuda zorrita la mujer de Fernando!

Y entonces lo tuvo claro. Eloísa entendió que aquellos matones venían en su busca por algún asunto relacionado con su marido. El dinero de la cajita no le serviría para nada tratándose de alguna deuda de los juegos de Fernando. Agachó la cabeza rezando porque se marcharan antes de que apareciera su hijo con Estela o María.

—Por favor. —Esa vez susurró para no ganarse otra bofetada—. No sé cuánto os debe Fernando, pero yo ya estoy separada de él y no tengo un euro, os lo juro. Es inútil, ya pagué todas las deudas que pude y no tengo más, os lo ruego, creedme.

—¡Cállate! —El corpulento de arrodilló frente a ella y hundió la nariz en su cuello; Eloísa casi vomita.

—Podríamos cobrarnos la deuda de otra manera, ¿no, amigo? —propuso el compañero mientras apartaba la silla de una patada.

Eloísa no podía creerlo. Pensó que no lo soportaría. ¿Con qué clase de gente se había estado relacionando el padre de su hijo? Atada no podía defenderse y si gritaba hasta llamar la atención de María, tal vez también le harían daño a ella, ya que su marido no estaba en casa. Le harían daño a las dos. Sobre la marcha y a pesar de los nervios y el pánico, tenía que pensar algo rápido y eficaz para conseguir que los dos matones se marcharan y no la tocaran.

—¿Cuánto es? Necesito uno días para conseguir el dinero —suplicó inundada en lágrimas.

Los dos hombres se miraron, indecisos, como si uno estuviese esperando la aprobación del otro.

—Está bien. —Eloísa casi se derrumba del alivio—. Te daremos dos días para que reúnas los veinte mil euros que nos debe el desgraciado de Fernando.

—Pero eso no es excusa para que ahora no nos des lo nuestro —insistió el corpulento agarrándole un pecho con rudeza.

—¡No! ¡Por favor! ¡Os lo suplico! —gritó cuanto pudo presa del pánico lanzando patadas para alejarlos, mientras ellos se carcajaban y la

manoseaban sin escrúpulos.

Eloísa había cerrado con fuerza los ojos, para no ser testigo de la que se le venía encima, pero un fuerte ruido la hizo reaccionar. No podía creerlo. ¡Tomás! Había golpeado sin piedad la cabeza del más grande y luchaba a puñetazos con el otro.

Tomás tenía agarrado por el cuello a uno de los hombres, reduciéndolo casi por completo, cuando el que había sido golpeado en la cabeza comenzó a reaccionar.

Eloísa temía que entre los dos lincharan a Tomás, así que como pudo, con las manos atadas, se puso en pie y aprovechando que aún no se había levantado del todo, lo golpeó con una lámpara de metal y provocó que de nuevo cayera inconsciente.

El tipo que tenía Tomás agarrado del cuello pareció rendirse y pidió que lo soltara.

—¡Suéltame! ¡Prometo no volver por aquí!

—Eloísa, ¿estás bien? Necesito que hagas lo que te pido, escúchame bien.

—Tomás no podía soltar al tipo, se resistía.

Con las manos temblorosas y atadas, dando traspiés consiguió coger del bolsillo trasero del pantalón de Tomás su teléfono móvil y marcó el número de la policía. Cuando terminó de dar el aviso, siguiendo las instrucciones de Tomás, cogió una cuerda y ató las manos al agresor que continuaba tirado en el suelo.

Enseguida llegó la policía e hizo su trabajo.

María, la madre de Estela, corrió alarmada por el sonido de la sirena de la policía. Eloísa la abrazó y la tranquilizó explicándole todo con la mayor brevedad que pudo.

Tuvieron que ir a comisaría y prestar declaración, María se haría cargo de explicar a los chicos lo ocurrido en cuanto llegaran del instituto. Fue un trago muy desagradable para ella, pero contó con la compañía de Tomás.

—Jamás había pasado tanto miedo. —Tomás la llevaba de vuelta a casa.

—Si te hubiesen hecho daño... —Eloísa pudo notar con la fuerza y la rabia con que apretaba el volante, los nudillos cambiaban de color debido a la presión que ejercía. También se le marcaba la mandíbula.

—No ha pasado nada grave, también podrían haberte herido a ti.

—Eran dos hombres contra una mujer, ¡malditos hijos de puta! — Entonces sí, golpeó el volante y se revolvió el pelo con crispación.

Eloísa comenzó a llorar, y Tomás detuvo el coche a un lado de la carretera. La abrazó y le acarició la espalda y la cabeza con ternura.

—Gracias a Dios que llegaste a tiempo, si mi hijo hubiese llegado justo cuando... —Y rompió a llorar con más fuerza, no podía casi hablar.

—Shhh, no pienses en eso, mujer, ya ha pasado todo. La policía los mantendrá alejados y se encargará de todo. —Posó sus dedos en su barbilla y le besó la frente. De nuevo se fundieron en un abrazo—. Vamos a tu casa, debo curarte esa carita bonita, aún estás sangrando.

Cuando llegaron a la casa de Eloísa, por suerte, no había llegado Julián. María había recogido todo el desastre originado con la trifulca.

—¿Dónde tienes el botiquín?

—Arriba, en el baño, espera y subimos juntos.

Tomás la miró extrañada. Aun en su rostro pudo ver el miedo.

—No quiero quedarme aquí sola —le aclaró agarrándolo del brazo.

—Y no pienso dejarte sola, Eloísa, ni loco.

El crujir del peldaño de madera le recordó el desagradable encuentro con los matones, pero cerró los ojos y apretó su mano con la de Tomás.

Sintiéndolo cerca se le iban los miedos y no pensaba soltarse. Con una mano apretaba la de él y con la otra, le agarraba el antebrazo. Una vez arriba, se sentó en la tapa del retrete, y él se puso en cuclillas frente a ella. Al notar que no levantaba la cabeza, le acarició con dulzura la mejilla.

—Todo está bien, Eloísa.

Ella lo miró absorta, le acarició la rubia melena y se perdió en sus maravillosos ojos azules. Coqueteó con su perilla y con mucha delicadeza, recorrió sus labios masculinos con el índice. Tomás cerró los ojos y disfrutó del contacto, la deseaba demasiado y tenerla tan cerca era maravilloso. Agarró una de sus manos y repartió sobre el dorso pequeños besos, de forma pausada, y ella se arrodilló frente a él.

Sin preámbulos, se había creado una situación mágica. Los dos frente a frente, extasiados por el acercamiento y sumidos uno en el otro, como si no existiera nada ni nadie alrededor.

Ambos habían pasado un miedo terrible horas antes. Ella temió por su vida y por la de él, mientras que Tomás sintió como si las entrañas se le saliesen por la boca al verla atada y ser testigo de cómo aquellos desgraciados pensaban tocarla. Aquella tormentosa situación le había servido para darse

cuenta de que no solo le tenía un cariño especial. Además de eso y de la atracción física, había algo más profundo y poderoso. Aunque él lo había tenido más claro que ella desde el principio, en cambio Eloísa jamás se había fijado en Tomás como hombre.

Pero desde aquel momento, nada volvería a ser igual. Había intentado convencerse de que el calor que le provocó Tomás junto al ganado días atrás había sido solo un calentón, pero no. Sin duda algo había comenzado a nacer en ella, un sentimiento hacia él que no podría ignorar, menos aún después de que la salvara de ser atacada.

—No te vayas ahora, quédate un rato, Tomás —le suplicó tan de cerca que sintió su respiración.

—No pienso marcharme hasta que me lo pidas.

Tomás se levantó y la cogió en brazos, como a una niña pequeña, y la acurrucó contra su pecho. Eloísa lo agarró con fuerza y le besó el cuello. Él notó cómo se le erizaba la piel. Ya no aguantaría mucho y cansado de reprimir sus impulsos la besó. Lo hizo con pasión pero con delicadeza, como si no quisiese que acabara nunca.

Ella recibió su boca encantada. El atrevimiento del veterinario no le sorprendió, era la respuesta que deseaba con todas sus fuerzas.

Con sutileza la dejó en el suelo y, sin querer dejar caer todo su peso sobre ella, él se tumbó de costado, tan cerca que sus cuerpos se rozaban. Siguieron besándose con ardor, entrega, mientras las manos de ambos luchaban por querer tocar el cuerpo del otro.

—Te deseo mucho, mucho —se sinceró Eloísa sin pudor atreviéndose a tocarlo por debajo de la camiseta.

—Eres hermosa, Elo. —Tomás Sentía que explotaría en cuestión de segundos si seguía tocándolo así y susurrándole aquellas palabras.

No podía ser tan maravilloso ni tan mágico todo.

—¡Mamá! ¿Dónde estás? —gritó un joven asustado mientras subía escalones de dos en dos.

Todo lo rápido que les fue posible, se levantaron y comenzaron a disimular trasteando en el botiquín.

—¡Estoy aquí, hijo! ¡En el baño! —Mientras advertía a su hijo de su paradero, ella y Tomás, mirándose con complicidad, se transmitieron tranquilidad y apoyo mutuo.

—¿Mamá? —Julián entró con brusquedad y la abrazó con fuerza. Luego se retiró para comprobar si estaba bien.

—Tu madre está bien, Julián, por suerte todo ha quedado en un susto —lo tranquilizó Tomás frotándole la espalda.

—Por suerte no, gracias a él que llegó justo a tiempo.

—Ya me lo ha contado todo María. —Julián comenzó a mirar algo extrañado a Tomás—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Iba a curarme la herida de la cara, hijo, acabamos de llegar de comisaría. —Se sintió mal por mentirle a su hijo.

—Muchas gracias por todo. —Le estrechó la mano como un hombre—. Ya puedes marcharte, Tomás, yo me encargo de mi madre.

—Claro, os dejo solos. —Salió del baño, y Eloísa se sintió decepcionada, estaba rompiendo su promesa de no dejarla sola, pero entonces retrocedió—. Me gustaría quedarme esta noche cerca, bien en mi coche o en el granero, no os molestaré.

—No es necesario, para eso estoy yo aquí. Además, la policía está al tanto, hará rondas.

—Hijo —casi suplicó—, me sentiría mucho más tranquila si Tomás nos acompaña esta noche. Puede dormir en tu habitación, contigo, y así no temeré por ti.

—¿Conmigo? ¡Ni de coña! No seas cagueta, mamá. Además, necesito hablar contigo a solas.

—Iré a echar un vistazo al ganado aprovechando que estoy aquí. Ya haremos luego lo que decidáis. —Tras lanzarle una mirada comprensiva, Tomás salió del baño.

En cuanto quedaron solos, Eloísa le dio una colleja a su hijo, y este se quejó como un niño pequeño.

—¿Por qué haces eso, mami?

—No vuelvas a hablarme así delante de Tomás, no soy una cagueta. No tienes ni idea del miedo que he pasado ni de lo que iban a hacerme esos hombres. ¡Estoy asustada! No quiero ni pensar lo que hubiese ocurrido si tú... —Se cubrió la cara y rompió a llorar.

—Está bien —resopló compadeciéndose de su madre.

—¿Qué está bien, hijo? —preguntó secándose las lágrimas y recomponiéndose del bajón.

—El rubiales puede quedarse, pero no dormiré en mi habitación, que duerma en el sofá.

Eloísa no era partidaria de permitir que su hijo le pusiera condiciones, estaba acostumbrada a que acatara sus órdenes sin rechistar. Pero Julián era un adolescente, y eso no podía obviarlo. Además, no lo estaba pasando bien con todo lo ocurrido en las últimas semanas.

—El rubiales tiene nombre —lo regañó con una sonrisa a Julián.

—El rubiales que cure a las vacas, que de tu carita me encargo yo.

Y Julián besó la frente de su madre como hacía mucho tiempo que no lo hacía. A Eloísa le alegró la vida, y sintió una inyección de ternura. Su hijo era lo que más quería, por encima de todas las cosas, y no pudo dejar de mirarlo a la cara mientras la curaba. Observó con detenimiento sus facciones, era igual a su padre. Sintió una punzada de dolor al recordar cómo había cambiado Fernando y cómo había destruido su familia. Eran felices, muy felices, aunque tal vez él no lo fuera tanto para caer en ese vicio tan destructivo.

Cenaron los tres juntos, con una conversación de lo más insignificante. La situación era incómoda, y Eloísa temía que su hijo se hubiese dado cuenta de su acercamiento con Tomás en el baño. Se mostraba receloso y poco amable



con el veterinario, así que no tenía dudas de que al menos algo había captado.

—Buenas noches, me apetece ir a dormir ya. Hasta mañana —se despidió con educación Julián—. ¿Subes conmigo, mamá?

Eloísa miró a su hijo alzando las cejas y evitó mirar a Tomás.

—Voy a quedarme un rato, hijo, voy a recoger los platos y a acomodar el sofá para Tomás.

—No tardes, ha sido un día muy duro.

Y Tomás, cuando estuvo seguro de que Julián no lo oía, susurró a Eloísa sin moverse de su silla:

—Voy a aguardar un tiempo prudencial, suficiente para que Julián entre en la segunda o tercera fase del sueño por lo menos, pero no más. —Le dedicó una mirada de lo más desesperada ante la cual Eloísa se derritió—. Te espero en el granero en un par de horas.

—Pero... —Y no continuó la frase porque pensó de inmediato que no había lugar para peros, iría al granero sí o sí.

Estela no podía dormir. Pensó en ir al granero a pesar de lo tarde que era, le gustaba estar allí. Tumbarse en el heno alumbrada por un candil y leer alguna de sus novelas era algo que solía hacer cuando no conseguía conciliar el sueño. Cogió el último libro que estaba leyendo y se abrigó con una bata porque la humedad de la noche la pillaría de camino al granero. Una vez que estuvo cerca, algo la detuvo. Frenó en seco se ocultó tras el pozo y pudo ver cómo Tomás entraba en el granero, solo.

—¿Tomás en el granero a estas horas? —se preguntó extrañada. Pero de inmediato salió de dudas porque Eloísa se dirigía al mismo sitio y por su manera de caminar y de mirar hacia atrás, lo estaba haciendo a escondidas.

Cuando Eloísa entró en el granero, poco podía vislumbrar. La luz era casi nula, y no veía a Tomás. Dio unos pasos hacia adelante, y el cacareo de algunas gallinas la asustó. Se posó la mano en el pecho y pudo notar cómo le latía con fuerza por el susto.

—¿Tomás? ¿Estás ahí? —preguntó nerviosa sin elevar demasiado la voz.

—Sí —lo oyó contestar sin verlo aún y sin poder adivinar dónde se encontraba.

—¿Dónde estás? He comprobado que Julián está dormido.

—Me alegro, así no nos volverá a interrumpir.

—Me estás poniendo más nerviosa, ¿por qué te escondes?

—Quiero que juguemos.

—¿Jugar? —Los nervios dieron paso a la excitación en Eloísa, no esperaba aquella proposición, pero le estaba gustando.

—Quiero que cierres los ojos. Aunque hay poca luz, me gustaría asegurarme de que no ves nada. —Esa vez lo escuchó algo más cercano.

—Confío en ti, Tomás. Ya los he cerrado.

Y haciendo caso al hombre que horas antes la había salvado de unos delincuentes, cerró los ojos y decidió dejarse llevar. No había mentido, confiaba con plenitud en él.

—Ahora que no ves nada y que apenas oyes a excepción de mis pisadas en el heno y el leve cacareo de las gallinas, quiero que dejes la mente en blanco.  
—Eloísa sintió a Tomás acercarse por detrás, pero aún no la había tocado.

—Sí, eso haré.

Y Tomás, situado justo detrás, la agarró por la cintura y con un suave empujoncito la dirigió hacia el lecho de pacas que había acomodado. La ayudó a girarse y con mucho cuidado la tumbó boca arriba. Con una sensualidad arrolladora, encendió el candil de la joven Estela, confiando en que no le molestara. En aquel momento sí necesitaba algo de luz.

Sin llegar a tumbarse sobre ella, permaneciendo de rodillas a su lado, la acarició con ternura mientras la besaba muy despacio, invadiendo el interior de su boca para saborearla y disfrutar de su esencia.

A pesar de la escasa luz, Tomás distinguía con claridad su figura y casi no aguantaba las ganas de arrancarle la ropa para poder palpar cada centímetro de su piel. Con una mano le acariciaba la cara, sin dejar de besarla, mientras la otra mano se introducía en su entrepierna aún con el pantalón.

Con suma destreza, deslizó la cremallera de los vaqueros y desabrochó el botón, para que la invasión de su mano fuese más fructífera. Acarició el encaje de sus braguitas, y Eloísa se estremeció por el atrevimiento. Estaba muy húmeda y excitada, y necesitaba verlo o sentir su cuerpo más cerca. Pero por ahora, debía conformarse con sus besos y sus caricias porque había aceptado entrar en su juego.

Cuando daba por hecho que el siguiente paso sería introducir la mano bajo la prenda íntima, se llevó una sorpresa. La agarró de los brazos con delicadeza invitándola a ponerse de pie. Ella siguió sus indicaciones sin abrir los ojos. Tomás deslizó sus pantalones y se los quitó, también las botas. Le colocó las manos sobre una superficie que Eloísa no logró identificar, y

quedó en una postura muy sugerente. A ciegas y expuesta, vestida solo con sus braguitas y una camisa entreabierta, esperaba por fin el torso de Tomás sobre su espalda. Pero no, estaba muy equivocada porque Tomás tenía otros planes a seguir, al menos por el momento. Dio un respingo de placer al notar cómo algo húmedo se posaba en su nalga derecha, demasiado cerca de la unión entre ambas nalgas. Era Tomás, o mejor dicho, la sensual lengua de Tomás. Comenzó a dibujar círculos imaginarios con su lengua acercándose cada vez más a la zona que Eloísa tenía olvidada desde hacía mucho tiempo, la misma que se humedeció por sí sola pidiendo atención. Una atención que Tomás parecía querer hacer esperar.

Un obstáculo se interpuso, el tejido de la prenda íntima, a lo que Tomás sin más demora puso remedio. Lo hizo apartándola tan solo con su dedo índice y deslizando la prenda hasta los tobillos de una Eloísa cardíaca y dispuesta.

Se sentía tan segura junto a él, había sido tan protector con ella, que incluso a ciegas y de espaldas confiaba sin reparos en sus intenciones. Al parecer su cuerpo desnudo también, porque pedía más.

—Elo... —susurró acercando la boca a su nuca.

—Sí...

—Casi me había resignado a no tenerte jamás.

Aquella confesión la sorprendió. Pensaba que la atracción había sido reciente para ambos, pero ella ignoraba cuánto deseo y amor había guardado el veterinario en su corazón desde mucho tiempo atrás. Estaba dispuesta a aclarar sus dudas.

—¿Me deseabas?

—Mucho.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te vi por primera vez te deseo físicamente, en cuanto a lo otro...

—¿Qué quieres decir con lo otro?

Mientras estaba siendo sometido a su interrogatorio, no perdía el tiempo. Le quitó la camisa y el sujetador y deslizó sus masculinas manos por todo su cuerpo, pero utilizando solo la yema de sus dedos, provocando en ella un estremecimiento de placer. Estaba siendo muy sutil, todo muy despacio.

—La admiración y el cariño no tardaron en aparecer. No fue difícil, quedé prendado de tus palabras y de tu carácter en cuestión de dos o tal vez tres visitas más a tu granja. No me odies, pero deseé con todas mis ganas que tu ganado enfermase más a menudo.

—Sí —fue lo único que atinó a decir, presa del embelesamiento por sus caricias, sus susurros y sus declaraciones.

—Cuando toda esa admiración y ese cariño se mezcla con deseo, pasa lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa, Tomás? —le preguntó con la voz entrecortada.

En lugar de contestar, Tomás descendió su mano desde el ombligo hasta el vértice entre sus piernas y ella sin dudar le facilitó el acceso. Separó despacio los muslos y aun de espaldas a él, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Tomás, emitiendo un gemido que desveló su estado.

—Pasa que uno se vuelve loco —respondió entonces a su pregunta.

E ignorando sus indicaciones, no aguantó más. Se giró para quedar frente a él y rodeándolo con los brazos, lo besó. La lentitud y la sutileza que reinaban segundos antes habían desaparecido. Fuerza, pasión, voracidad... Dos personas a toda máquina dando rienda suelta a sus instintos más básicos. Besos con lujuria, con gemidos, y ya no caricias delicadas, sino posesión.

Un granero que estaba siendo testigo de una escena pura y sincera, tanto o más que las que Estela solía leer en silencio sobre aquellas mismas pacas.

Estela, aun sabiendo que actuaba mal y en contra de sus principios, no pudo resistirse y se acercó sigilosa al granero. Tenía que confirmar sus sospechas y averiguar con sus propios ojos que aquel encuentro y a aquellas horas no había sido casual.

Rodeó la parte principal, intentando por todos los medios no hacer ruido, y asomó con mucha precaución su cabecita curiosa por una de las rendijas de la

madera desgastada del viejo granero. A pesar de intuir lo que en el interior estaba sucediendo, no pudo evitar sorprenderse.

Tumbados sobre la paja donde ella pensaba recostarse a leer, dos personas se entregaban de manera apasionada y lujuriosa. Gemidos, besos, movimientos obscenos...

Se sentía mal por fisgar, por atentar en contra de la intimidad de su vecina, pero algo le impedía moverse. No los juzgaba, en absoluto, eran adultos y libres. ¿Quién era ella para opinar si aquello estaba bien o no? Quien pondría el grito en el cielo sería Julián, pero no se enteraría por ella.

Sintió muchas cosas ante aquel espectáculo.

Por un lado, envidia; sí, mucha envidia. Aquel hombre la tocaba con deseo, y eso era lo que ella anhelaba de Julián. Tal vez por su temprana edad lo veía excesivo, pero sin duda le gustaría estar en el lugar de Eloísa con su hijo.

Se le inundaron los ojos de lágrimas, de emoción, de excitación y de un cúmulo de sensaciones que la invadieron. Estaba siendo testigo de un encuentro romántico, apasionado y carnal, pero tenía que irse cuanto antes para no ser descubierta.

Secándose las lágrimas y caminando de lo más sigilosa, se alejó del granero en dirección a su casa. Pero algo la alertó y la asustó. Una sombra se acercaba en dirección al granero, ¡Julián! Tenía que actuar rápido para evitar que descubriera a los amantes. El momento sería muy complicado. Tenía que recomponerse y aparentar serenidad, a juzgar por su impresión debía tener las mejillas rojas. Además de serenarse, debía mentir y sobre la marcha inventar una excusa para alejar a Julián del granero. No podía entrar bajo ningún concepto.

Avanzando a paso ligero, se acercó y lo miró sonriente, sin saber qué hacer aún. El trayecto no había sido lo bastante largo como para darle tiempo a preparar una coartada. Julián la notó extraña, nerviosa, y Estela enseguida supo que sospechaba algo. Estaba claro que había notado la ausencia de Tomás y de su madre y había venido a buscarlos.

Sin pensarlo dos veces y con el corazón en un puño en un segundo, decidió actuar de la única manera que se le pasó por la cabeza.

—Estela, ¿qué haces aquí?

Como no supo qué contestar, se lanzó y abrazándolo comenzó a besarla con mucha fuerza. Julián, sorprendido ante aquel ataque cariñoso, respondió y rodeándola por la cintura colaboró, y de qué manera. Los dos jóvenes, sin querer, estaban sumergidos en un beso apasionado. Estela sentía que se moría, de felicidad, de miedo, de placer, y Julián, sin poder creerlo, no tenía intención de soltarla. Tras unos segundos en los que ambos habían sentido algo fuerte y extraño, Estela se apartó, dejando a Julián extasiado y confuso.

—Estela...

—Julián, yo... perdona, yo no quería...

Y esta vez fue él quien no contestó y aupándola volvió a besarla. Había despertado en él algo que ya no podría frenar. No había sido la intención de Estela asaltarlo de esa manera, no había imaginado ni en sus mejores sueños que su primer beso de amor sería así, ahí, con su amor no correspondido.

El primer objetivo de aquel beso había sido cumplido.

Tomás y Eloísa habían escuchado voces y a toda prisa, alertados por la presencia de los muchachos, habían conseguido vestirse a tiempo para no ser descubiertos.

Aunque no imaginaban que Estela sí había sido testigo de su entrega.

Saliendo por la ventana trasera del granero, corrieron sin hacer ruido hasta la casa, no sin haber parado un segundo a mirar estupefactos cómo los jóvenes se besaban.

—¿Por qué has hecho eso?

—No sé, te juro que no lo sé.

Negaba confusa mirando hacia el suelo, turulata. Sintió alivio al ver a Eloísa y Tomás correr silenciosos hacia la casa, al menos no había fracasado en ese aspecto. Había conseguido desviar la atención de Julián. En cuanto a la repercusión de aquel imprevisto beso, no estaba tan segura.

Temblaba, sin ser capaz de dar una respuesta coherente. ¿Qué podría decirle? La única verdad era que la intención de aquel beso había salido de lo más profundo de Estela, aunque el motor hubiese sido otro, distraerlo.

Julián se acercó, al parecer la confusión había desaparecido, dando lugar a un deseo que hasta ahora no había sentido de manera tan explícita. Con una mano, la agarró de la cintura y con la otra, le alzó la barbilla para que lo mirara. Estela sintió rabia, sí, mucha rabia. Había ansiado un beso así con él desde que se consideró mujer, pero le dolía mucho cómo habían tenido lugar los hechos. No había sido como ella había imaginado. Según sus sueños, hubiese sido perfecto si Julián, impulsado por sus deseos, la hubiese intentado conquistar hasta conseguir robarle un beso. Qué realidad tan distinta, ni siquiera había tenido que mover un solo dedo. Se lo había puesto en bandeja.

—¿Vamos al granero?

Esa proposición hizo reaccionar a Estela y de paso, estropear más el momento. Si aquella pregunta llevaba el trasfondo que ella imaginaba, sería una estupidez aceptar.

Pero, ¿y si lo que buscaba era algo de intimidad para pedirle explicaciones sobre lo ocurrido? Tendría que aceptar y averiguarlo, aunque en su fuero interno, no cesaba de suplicar que fuese la segunda opción.

—Sí —asintió Estela tanto en voz alta como con la cabeza, temiendo que



le preguntara por el tema que lo había traído hasta el granero, su madre y Tomás.

Cuando entró en el granero seguida de Julián, sintió un estremecimiento. En ese lugar, minutos antes, había tenido lugar una escena cargada de erotismo, de pasión, y sin poder evitarlo, se sonrojó al recordar la imagen de los amantes. Jamás había presenciado una situación así en la vida real, tan solo en alguna película. Pero estaba tan acostumbrada a imaginarse los encuentros amorosos de los personajes de las novelas que leía, que casi le resultó familiar, morbosamente familiar.

El candil estaba encendido, con las prisas no cayeron en la cuenta. Era de extrañar que Julián no la hubiese interrogado aún. Por precaución, Estela se adelantó a los acontecimientos.

—Estaba leyendo y no recordé apagarlo. —Titubeó mirando nerviosa el lecho de paja.

Julián la miraba a los ojos, con un propósito marcado, tal vez demasiado intenso para su edad. Estela no tenía ni idea del rumbo que tomaría aquello. Después del beso, la reacción podría ser cualquiera. Él tenía dos opciones: una sería actuar y otra hablar. Ella solo tenía una opción, ser sincera en cuanto a sus sentimientos, porque lo de Eloísa no pensaba contárselo.

—No sigas, no hace falta. Sé lo que ha ocurrido aquí.

Abriendo los ojos como platos, gesto que la delató, no pudo creer que todo lo había hecho en vano. El beso, la mentira... ¿O tal vez hablaba de otra cosa?

—No sé a qué te refieres. —Le dio la espalda, caminó hasta el lecho y tras quitarse la bata se sentó.

—Estela, no intentes cubrir a mi madre. Tengo ojos en la cara y he visto cómo la mira Tomás. Hoy casi los pilló en el baño. Han desaparecido de casa en mitad de la noche.

—Yo no tenía ni idea, me he llevado una sorpresa y pensé que no te sentaría bien, como eres tan...

Julián se sentó junto a ella y la miró sonriente.

—¿Tan cómo?

—No me negarás que es extraño que no hayas puesto el grito en el cielo, esperaba que montaras una escenita de las tuyas.

—Veo que me conoces. —Le acarició el pelo y la mejilla con ternura—. Venía dispuesto a reclamarles a los dos, pero algo ha conseguido apaciguar mi enfado, por no decir eliminarlo.

Estela se avergonzó al comprobar que con su contacto, se le había erizado la piel. No quería que él se diera cuenta de la reacción que provocaba en ella ni en su cuerpo. Pensó que no había sido buena idea quitarse la bata.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Julián la miraba con ojos hambrientos, pero tiernos al mismo tiempo.

—Claro, otra cosa es que yo te responda.

Julián estaba equivocado si pensaba que Estela se mostraría tan prudente todo el tiempo. El saber que no tenía que seguir mintiendo la tenía algo más relajada. De no ser por que sentirlo tan cerca la ponía nerviosa, ya le habría soltado una fresca.

—¿Cómo es que gustándote un chico del instituto, me besas a mí?

Estela se quiso morir en aquel instante. No recordaba que le había contado aquella mentira. Ahora no sabía cómo retomar aquello.

—Pues, muy sencillo —contestó pero no explicó nada.

—¿Qué es sencillo? —Sonreía divertido esperando una respuesta coherente.

—Pues eso. —Estela volvió a estremecerse porque Julián, sentado junto a ella, había posado la barbilla sobre su hombro desnudo, expuesto bajo las tirantas del camisón.

—¿Pues eso qué? ¿Acaso quieres decirme que te has cansado de sentirte ignorada? Claro, soy tu segundo plato.

Julián no hablaba en serio, pero le divertía la situación. Estela, a pesar de desear un acercamiento físico con él, se estaba enfureciendo. Le incomodaba sentirse objeto de burla, no estaba entendiendo el tira y afloja ni el coqueteo.

No estaba acostumbrada. Hasta aquel momento, sus experiencias con Julián habían sido muy diferentes. ¿Tanto había despertado aquel insignificante beso en él? ¿O tal vez había malinterpretado sus intenciones pensando que ella sería una chica fácil?

Intentando salir de aquel embrollo de manera elocuente, decidió aprovechar la oportunidad para quejarse ante su falta de interés hacia ella, o mejor dicho, ante su repentino interés.

—Yo no te estoy usando de segundo plato, en cambio tú...

—¿Yo qué? —Apartó de su hombro la barbilla, y ella lo agradeció. Necesitaba estar centrada y con él tan cerca era imposible.

—¿A qué viene ahora tanto acercamiento? ¿Por qué invades mi espacio de esta forma y me miras así?

—Me has besado, ¿qué pretendes que haga, que me vaya a casa tan tranquilo?

Esa no era la respuesta que Estela esperaba.

—¿Un beso lo cambia todo?

—Estela, eres muy muy rara. Primero me besas con pasión y luego reclamas espacio, y encima resulta que tengo que explicártelo con un croquis. Por supuesto que cambia todo.

—No entiendo por qué, sigo siendo la misma de ayer y de siempre. La misma a la que sueles ignorar.

Poco a poco el ambiente íntimo iba desapareciendo. De nuevo discutían como de costumbre.

—No digas tonterías, nunca te ignoro. Paso más tiempo contigo que con cualquier otra persona. —Arrugó la frente y la miró con intensidad, para que ella le devolviera la mirada.

—Julián, yo no soy rara. Tú nunca me has mirado como mujer —le dijo Estela con voz serena pero contundente. Decidió ser clara y no andarse con más rodeos.

Y surtió efecto, porque ahora sí que había hablado alto y claro. Le había

dicho justo lo que pensaba, y él lo entendió por fin.

—¿Eso quién lo dice?

Estela tuvo que tragar saliva y respirar hondo. ¿Estaba dándole a entender que sí la había mirado con otros ojos sin que ella se diera cuenta?

—Yo creí que...

—Creíste mal.

—Una cosa así no se puede disimular tan bien. —Estela no podía creerlo, tenía que darle pruebas de por qué ella pensaba que le era indiferente.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Nunca me dijiste nada.

—¡Por supuesto que no! ¿Qué querías que hiciera? Ah, sí, debería haberte dicho: «Hola, Julián, desde que tengo uso de razón siento algo muy fuerte por ti, pero como eres un chulito y un pasota nunca me he atrevido a decirte nada». ¡Te hubieses reído en mi cara!

Julián optó por callarse y dejarla hablar. De paso, intentaría asimilar todo lo que Estela, casi sin querer, le estaba desvelando. Tras un breve silencio Estela continuó:

—De un tiempo para acá, siento la necesidad de ser sincera contigo, pero todo el tema de tus padres te tiene en un sufrimiento continuo y no quise agobiarte.

—¿Agobiarme? —Incrédulo resoplaba y escuchaba con atención, dando muestras de no creer lo que oía.

—No hacías otra cosa más que escupir lo malas que somos, según tú, las mujeres y burlarte de las historias de amor de mis libros. En el huerto mentí; bueno, no del todo. Me gusta un chico, sí, del instituto. Pero ese chico eres tú, estúpido niño.

Como si no hubiese escuchado el insulto, Julián, con media sonrisa y la cabeza ladeada, se sintió feliz por la confesión de su amiga. Incluso le resultó curioso conocer su ignorancia. Estela pensaba que nunca la había mirado

como mujer, pero no era cierto. Aun así, Julián no iba a esforzarse por sacarla de su equivocación. Lo que a él le interesaba en aquel momento era conseguir una explicación. ¿Por qué lo había besado?

—Y si todo lo que dices es cierto, ¿por qué te lanzas a mis brazos?

—No me he lanzado a tus brazos por lo irresistible que eres, no seas engreído. —Se sonrojó avergonzaba y enfadada consigo misma, Julián tenía razón, pero ella no estaba dispuesta a reconocerlo.

—¿Afirmas que soy engreído e irresistible? ¡Vaya! —Y le acarició la mejilla, de nuevo sentía ganas de acercarse a ella.

—Te besé para despistarte, nada más. —Agachó la cabeza intentando no dar muestras más que evidentes de su nerviosismo.

—¿Pero no acabas de confesar que te gusto? —De nuevo la barbilla en el hombro, esta vez respirando con fuerza y provocando en Estela escalofríos.

—Julián, da igual. No sigas atormentándome. Te he besado, sí. ¿Me gustas? También. Pero no me apetece discutir contigo sobre quién ha dado más muestras de indiferencia. De todos modos, no tiene sentido.

—Pues yo pienso que sí, que todo esto tiene más sentido que nunca.

Y la besó. Fue Julián quien no lo dudó más y, rodeándole la nuca con su mano, la acercó a su boca y la besó como solo sabe hacerlo un adolescente encendido.

Estela, no menos embriagada, fue incapaz de resistirse. Su amigo desde la infancia, el chico de sus sueños, al que había amado en silencio durante tanto tiempo, la estaba besando. Cerraba los ojos para perderse en su boca y los abría al instante para comprobar que no estaba soñando. Julián la besaba a ella, no podía creerlo. Un halo de duda le impedía disfrutar al cien por ciento, porque nadie le quitaría de la cabeza, al menos por el momento, que Julián actuaba ante un estímulo físico y no como ella, que lo sentía en lo más profundo de su corazón.

Con sosiego e impulsada por él, Estela se tumbó, y él lo hizo sobre ella. Por su juventud y porque nunca había sentido nada especial por otro chico, Estela jamás se había visto en una situación así. Antes muerta que confesar a

nadie que nunca la habían besado. Su inocencia y su virginidad hacían que aquel momento fuese único, y estaba segura de que jamás lo podría olvidar. Le gustó la sensación, el contacto de su boca, sus caricias, su respiración agitada. No imaginaba, por su inexperiencia, que tendría que tener muy claro hasta donde llegar.

Julián, sintió que tenía bajo su cuerpo a la chica más hermosa e inteligente de todo el instituto. Se había mantenido alejado de ella porque creyó que sería intocable, porque con ella había compartido secretos y confidencias sin límites. Sí, ella tenía razón, nunca se mostró interesado, porque nunca había estado seguro de a qué nivel lo estaba. No quería que sus padres, ni ella misma, lo tacharan de inmoral, ya que se trataban como primos hermanos. Y de tanta confianza que se tenían, se hablaban sin apenas modales a veces y sin tener que guardar apariencias. Había sido siempre muy claro con ella, en todos los aspectos, menos en este.

Pero ahora que conocía los sentimientos de Estela, todo cambiaría. ¿Pero de qué forma? Abrirse al amor a tan temprana edad no estaba en sus planes, aunque tampoco lo estaba saborear sus labios.

—Me muero, Tomás, los chicos nos han descubierto. —Eloísa se lamentaba cubriéndose la cara.

Tomás y Eloísa, en la cocina, habían esquivado el enfrentamiento con Estela y Julián. Tomás preparaba café para los dos, sería una noche larga.

—No nos han visto, al menos Julián.

—Qué vergüenza, ¿qué va a pensar Estela de mí?

Tomás no pensaba lo mismo, pero la entendía. Su única preocupación en aquel momento era consolarla porque arrepentimiento no sentiría jamás, mucho menos después de haberla tenido entre sus brazos.

—No va a pensar nada malo, solo sabrá que entre nosotros hay algo, como ya vaticiné que había entre ella y tu hijo.

Eloísa también había visto cómo los jóvenes se besaban.

—Es cierto, ellos...No puedo decir que me desagrada la idea, pero nunca creí que entre ellos existiera algo más que una bonita amistad.

—Como tampoco lo pensaste de nosotros. —Tomás se acercó a ella, acorralándola contra la fría encimera de mármol.

—Tomás, espera. —Ella cerró los ojos haciendo un esfuerzo para no dejarse llevar.

—La felicidad que me has hecho sentir hace un momento, entrando en mi juego... Mmm...

Tomás presionó su cuerpo contra el de ella, no tenía escapatoria. La agarró por las nalgas y la sentó sobre la encimera, para luego colocarse justo en el vértice de sus piernas. Mirándola con lujuria, acarició con sus manos todos los recónditos lugares por los que había posado su lengua: su mejilla, su cuello, su boca, su escote y todo eso mientras hacía un esfuerzo tremendo por no explotar, los gemidos que no contenía Eloísa lo estaban volviendo loco de pasión.

—Tomás, esto no puede ser... —susurró gimiendo de placer por la presión que ejercía sobre su zona, la que aún pedía más.

—Lo que no puede ser es que siempre nos interrumpen, voy a perder el control en cualquier momento... —Y la besó, con desesperación.

—¿Y si regresan? No pueden encontrarnos aquí, de esta forma. —A duras penas Eloísa consiguió frenar el beso para advertirle.

—Mírame, Elo, ¿me ves bien?

—Veo fuego en tus ojos —le dijo con una sonrisa lasciva.

—Mira más abajo, no puedo más.

Era consciente de que tenía razón, de hecho ella estaba igual o peor. Pero ¿qué podían hacer? Apartó de un empujoncito a Tomás, dio un salto para bajarse y lo agarró de la mano. Tenía que acabar con aquella tensión cuanto antes, de lo contrario perderían la cordura.

Eloísa se encaminó hacia el desván; iba a arriesgarse, y por la expresión de gozo de Tomás, él también estaba de acuerdo. Solo les quedaba la esperanza

de que los jóvenes se entretuvieran lo suficiente.

—¡Un momento!—dijo Eloísa.

—No me hagas esto —suplicó desesperado.

—No, apaga la cafetera —explicó divertida.

Entraron en el desván, oscuro y alejado del resto de la casa. Había una pequeña ventana desde la que se podía divisar el granero y aunque apenas podían distinguir la pequeña luz, sabían que los chicos permanecían allí. Tomás aprovechó que Eloísa estaba de espaldas mirando por la ventana para abrazarla por detrás. Ella se estremeció de nuevo, un suspiro se le escapó, y Tomás no aguantó más.

El ritmo pausado y el detenimiento que habían utilizado en el granero no tendrían lugar de nuevo. Ambos estaban ansiosos, impacientes. En cuestión de segundos se desnudaron y continuaron con su apasionada entrega, teniendo muy claro que esa vez, nada ni nadie los interrumpiría.



Los últimos acontecimientos habían arrastrado a ambas parejas a encontrarse, sincerarse y de paso dar rienda suelta a la pasión contenida.

Ahora tocaba ser realistas y afrontar la situación después de un paso tan grande, tanto por parte de los adultos, como por parte de los adolescentes. De nada les serviría aparentar normalidad ni indiferencia. Todo cambiaría a partir de una noche tan concurrida.

Eloísa, consciente de que su hijo le pediría explicaciones, sentía angustia. No quería que Julián sufriera más, bastante duro había sido para él el asalto de los maleantes y enterarse de la magnitud del problema de su padre. Aun así, ya no le parecía buena idea ocultar a su hijo más verdades con el pretexto de protegerlo, ya no.

Además de expresarle el sentimiento que de manera reciente se había despertado en ella hacia Tomás, quería mostrarle su aprobación en lo referente a su relación con Estela. Pero algo tenía muy claro: debía tener mucho tacto porque no quería que la tachara de entrometida ni que se alejara de ella. Era su hijo, y sentía la necesidad de estar cerca de él y mostrarle su apoyo incondicional.

Julián dormía en su habitación, y Tomás, a duras penas y cumpliendo los deseos de Eloísa, se había marchado tras el encuentro apasionado en el desván.

Antes del cantar de los gallos, Eloísa se levantó, se duchó y comenzó a recoger la casa. Tenía que hablar con su abogada sobre lo sucedido, para que la informara de los pasos a seguir. No quería bajo ningún concepto encontrarse de nuevo con su marido y temía que después de conocer lo ocurrido, fuese a buscarla para pedirle disculpas. Ese fue uno de los motivos por el cual prefirió que Tomás se marchara. Evitar cualquier enfrentamiento sería lo mejor.

Cuando Eloísa con la mente en mil cosas ordenaba la cocina, llamaron a la puerta. Fue inmediato el susto, pero enseguida se tranquilizó, al acercarse pudo ver tras la mosquitera a Estela.

—Hola, Estela, ¿qué haces aquí tan temprano? —La notaba muy feliz, pero no quiso ser tan directa.

—Hoy no pienso ir al instituto, me encuentro mal. —Fingió molestias en la tripa y se encogió falsamente—. Mamá tenía que salir con papá temprano a casa de mi tío, por un tema de las tierras, y como estaba sola, pues...

—Has venido a ayudarme. —Le sonrió lanzándole una bayeta limpia.

En realidad, su intención era la de cotillear un poco. Tenía la esperanza de que Eloísa le contara algo de lo suyo con Tomás.

—¿No piensas ir al instituto? —Julián apareció en calzoncillos y con el pelo alborotado.

Estela se quedó petrificada, sintió un vuelco en su interior. Verlo de aquella guisa y recordar sus besos... No pudo disimular.

—Julián, vístete ahora mismo. —La reprimenda de su madre no se hizo esperar, las mejillas sonrojadas de Estela tampoco.

—Si ella no va al instituto, yo tampoco —sentenció con una sonrisa pícaro que Estela intentó esquivar para no derretirse allí mismo.

—Por favor, no os comportéis como niños de parvulario. —Arrugando la frente y con los brazos en jarras, dedicó una mirada acusadora a los jóvenes—. No podéis faltar a clase, así que cada uno a vestirse y al autobús a la de tres.

Antes de que los adolescentes tuvieran ocasión de protestar, alguien irrumpió en el salón. Una presencia que consiguió enmudecer a todos y provocar incertidumbre en una Eloísa que había rezado porque no tuviese lugar aquel encuentro.

—Hola, buenos días. —Fernando, el padre de Julián, con semblante serio pero indeciso caminó unos pasos hacia ellos, pero manteniendo una distancia prudente.

—Hola, papá. —Julián, sin dar la menor importancia a su desnudez, se acercó a su padre y le dio un abrazo. A pesar de estar al corriente de todo, no podía odiar a su padre, no podría aunque quisiera.

Fernando devolvió el abrazo haciendo un esfuerzo por no romper a llorar de la emoción. Hacía semanas que no lo veía y, a pesar de su problema, quería a su único hijo.

Eloísa y Estela contemplaban la estampa emocionadas. Pero Eloísa guardaba otro sentimiento menos agradable. Necesitaba tener una conversación con él, sin la presencia de los chicos.

—Julián, necesito hablar con tu padre. —Eloísa aún no le había dirigido la palabra a Fernando. Se sentó en el sofá y adoptó una postura incómoda, sentía palpitaciones hasta en la garganta.

—Estaré arriba con Estela. —El muy astuto aprovechó la ocasión y antes de esperar la aprobación por parte de su madre, agarró del brazo a Estela y se marcharon escaleras arriba.

Durante los segundos en los que pareció que Fernando no arrancaría a hablar, Eloísa tuvo tiempo de pensar. ¿Por qué había ido? Por otro lado, reconoció para sí misma, que de no haberse ni siquiera molestado en ir, pensaría lo peor de él. Sí, tenía que reconocer que lo menos que podía hacer tras lo ocurrido era dar la cara, por muy poco agradable que le resultara.

Finalmente, Fernando rodeó el sofá y tomó asiento junto a ella. Juntó las manos, agachó la cabeza, emitió un suspiro y habló.

—Elo...

A Eloísa, por primera vez, le molestó que Fernando la llamara así. Tomás se había dirigido a ella con ese diminutivo la noche anterior, cuando la tuvo entre sus brazos.

—¿A qué has venido, Fernando? Te dejé bien claro que tu presencia no es grata en mi casa, al menos, mientras lo siga siendo.

—No te quitarán la casa, antes tendrían que pisar sobre mi cadáver — afirmó muy seguro.

—O sobre el mío. —Eloísa lo miró entornando los ojos, intentándole transmitir el miedo que había sentido cuando fue atacada, cuando llegó incluso a temer por su vida.

—Te juro que no volverá a ocurrir, cariño, ya me he encargado de todo, y la policía está...

Explotó de rabia. Levantándose con rudeza y alzando la voz, Eloísa no aguantó la compostura.

—No jures en vano, ¡ya está bien! El que me atacaran a mí no es lo que más me preocupa. Si tu hijo hubiese estado en casa en ese momento... — Paró en seco ante el miedo que le provocó su propio pensamiento—. Te juro, y créeme que no es en vano como tus promesas, que si le hubiese ocurrido algo a Julián, te mato.

Fernando vio la franqueza de sus palabras en sus ojos, asustados y decididos al mismo tiempo. Allí, frente a él, estaba sin duda la mujer más fuerte, honesta, buena y luchadora que había conocido jamás, y la había perdido por su mala cabeza y por su cobardía.

—Nunca creí que esos desgraciados se atrevieran a acercarse a vosotros — se lamentó Fernando intentando dar lástima a su ex mujer.

—Pues sí, se acercaron. Y de no ser porque Tomás llegó justo a tiempo, lo más probable es que yo no estuviese aquí, sino en urgencias en calidad de víctima de una agresión sexual.

Fernando se tensó. Fue consciente del peligro al que exponía a su familia. Se acercó a Eloísa para darle muestras de afecto, pero fue rechazado.

—Si has venido para comprobar que estamos bien, ya lo has visto. Te pido, por favor, que no regreses. Cualquier cosa que necesites pídesela a tu abogado, él se pondrá en contacto con mi abogada. Evitar futuros acercamientos entre nosotros será lo mejor.

Fernando se volvió a sentar y apoyó la cabeza en sus manos, mostrándose débil.

—Todo esto me supera, no entiendo cómo hemos podido llegar a esto.

—No te compadezcas, Fernando. Utiliza todo tu arrepentimiento para curarte y salir de toda la mierda que te rodea. Si pierdo la casa, saldré adelante con Julián, pero siempre alejada de ti. Nos has hecho demasiado daño. Pienso salir adelante, tenlo por seguro.

—Encarrilaré mi vida, solucionaré todos mis problemas y regresaré a nuestro hogar, contigo y con nuestro hijo.

—¡No!

La negación rotunda de Eloísa sacó de dudas a Fernando. Tenía una mínima esperanza de que lo siguiera amando, pero su rápida respuesta habló por sí sola. Ella se sorprendió mucho de cómo, sin querer, al hablar de futuro, no podía imaginar uno sin la compañía de Tomás. Apenas estaba siendo consciente de que la invadía un nuevo sentimiento hacia él, pero era suficiente para tener claro que lo necesitaba y lo deseaba a su lado. Y aunque no le importaba ya lo que Fernando pensara, prefirió omitir que existía algo entre su ella y su ex veterinario. Lo único que deseaba era que se alejara de su casa y de su granja, al menos por el momento.

—Ya no me quieres —afirmó en lugar de preguntar.

—Demasiado tiempo, Fernando. Ojalá fuese capaz de expresar con palabras cómo me he sentido por tu culpa. No existen frases que hagan justicia a lo miserable e impotente que me he considerado. Por fin abrí los ojos y pude darme cuenta de que lo hacía injustamente. Has sobrepasado todos los límites, poniéndonos en peligro.

Negando con la cabeza y apretando los puños sobre sus propias rodillas, Fernando era la viva imagen de un hombre derruido y solo.

—Eloísa, dame tiempo —suplicó en un susurro.

—Te daré tiempo para que estés bien y puedas tratar con tu hijo como un padre normal. —Dándole la espalda, sintió escalofríos al ver la silla donde uno de los agresores se había sentado. Se le vinieron a la cabeza imágenes de aquel horrible momento, pero se recompuso y tragó saliva—. Julián ya es casi un hombre y te necesita.

—¿Y tú? ¿No me necesitas como mujer? —le preguntó esperanzado

acercándose a ella para ser de nuevo rechazado.

—Adiós, Fernando. Cuídate. Te deseo lo mejor.

—Aún no se ha marchado, su coche sigue aparcado. —Estela estaba asomada a la ventana de la habitación de Julián—. ¿Podrías por una vez hacer caso a tu madre y vestirme?

—No resoples, no se ve nada. Puedes mirarme a mí y dejar de mirar a través de la ventana para disimular. A mí no me molesta sentirme observado, al menos no por ti.

—Qué simpático. —Se sonrojó ella haciéndole caso.

—Lo intento, al menos para ti.

Estela sonrió, feliz porque el mal humor al que la tenía acostumbrada parecía haberse esfumado.

—Me alegra que estés bien, quiero decir, que no te afecte tanto la presencia de tu padre, la situación en sí, o sea...

—Estoy bien —la interrumpió y la agarró de la cintura—. Mamá sabe manejar la situación. En contra de lo que todo el mundo piensa, estoy seguro de que mi padre nunca haría daño a mi madre. Dentro de lo que cabe, estoy tranquilo.

—Estarías mejor vestido. —Ceñuda y de brazos cruzados, no pensaba ponerse tonta ni melosa. Respetaría la casa de Eloísa. Además, necesitaba aclarar algunos aspectos con el rebelde que parecía amansado de repente.

—Está bien, pesada.

A regañadientes, Julián abrió el armario, cogió unos vaqueros y se los puso sin dejar de observarla. Ella disimuló mirando a otros puntos de la habitación, que en aquel momento se le hacía pequeñísima.

—Así está mejor. Ahora sí podemos hablar.

—¿Hablar de qué? —Extrañado le volvió a rodear la cintura.

—Eh, aparta un poco, no te restriegues tanto. —Lo apartó y regresó junto

a la ventana. Quería mantener las distancias. Su cuerpo ya había empezado a reaccionar. A pesar de estar cubierto por los vaqueros, ella no podía evitar sentirse atraída por él.

Julián aceptó el rechazo, se tumbó en el puf y comenzó a lanzar la pelotita de tenis contra la pared. Estela curioseó en la estantería de madera, con intención de hacer un poco de tiempo. Quería pensar bien qué decir. Tomó un libro al azar y se sentó en el filo de la cama.

—Julián, creo que deberíamos hablar sobre lo sucedido anoche. —Tras una breve pausa, tomó aire e intentó tranquilizarse, ya que Julián insistía con la pelotita en lugar de prestarle atención—. ¿Tienes algún inconveniente?

—No, no lo tengo. —Por fin cesó en sus lanzamientos para dedicarle una mirada algo molesta—. Pero no entiendo la manía que tenéis las mujeres de hablar de todo.

—¿Qué sabes tú de las manías de las mujeres? ¿Acaso eres un experto?

—Mi madre y tú sois claro ejemplo, no necesito experimentar más. —De nuevo la dichosa pelotita.

—En serio, me gustaría que aclaráramos lo de anoche, necesito hacerlo.

El tono suplicante que había utilizado Estela hizo reaccionar a Julián y sentándose junto a ella en la cama le acarició el hombro y la animó a comenzar.

—Tú ganas. Hablemos pues.

Estela se levantó y se alejó unos pasos en contra de sus deseos. Si hubiese dado rienda suelta a su instinto, se hubiese tumbado invitándolo a hacer lo mismo sobre ella.

Pero no, quería hablar antes. Cuando había notado la caricia en su hombro, sintió el mismo cosquilleo que en el granero. Esa sensación de placer y de deseo que la embriagaba hasta tal punto de perder la cordura. Pensó que lo más sensato sería marcar las distancias. En cambio Julián no disimuló y se mostró molesto.

—¿Por qué te apartas? ¿Me estás rechazando?



—No, solo intento mantener una distancia prudente para poder hablar.

Pero él parecía no entender. La siguió, colocándose muy cerca, de frente, pero sin tocarla. Cruzó los brazos detrás de su propia espalda, desafiándola.

—Muy bien, manos fuera. Habla.

—No me gusta tu actitud Julián —le reprochó plantándole cara y dando un paso al frente para acercarse más a él.

—Sh, ahora eres tú la que se está acercando. —Agachó un poco la cabeza, casi pegando su frente a la de ella.

Estaban jugando, claramente. Pero no con las mismas normas. Ella quería hablar en serio y estaba haciendo un esfuerzo por no derretirse ante él. En cambio Julián, pretendía todo lo contrario. Su intención era la de provocarla y conseguir que cayese rendida en sus brazos y, de paso, evitar una conversación en la que tuviesen que poner nombres o etiquetas a lo que existía entre ellos.

¿Quién acabaría saliéndose con la suya?

Apesadumbrado y preocupado, Tomás no había tenido otra opción más que regresar a su casa. Incluso Eloísa había reconocido que sus sospechas no eran infundadas. Tenía claro que Fernando iría a comprobar en qué estado se encontraba su esposa tras enterarse del ataque que había sufrido.

El quedarse junto a ella era una necesidad, más que un deseo. Necesitaba protegerla de su marido, aun sabiendo que Fernando sería incapaz de ponerle un dedo encima. Ya la consideraba como suya, como parte de él, y no consentiría que ni siquiera el padre de su hijo la tocara.

Pletórico y feliz, se duchó y desayunó sin borrar en ningún momento de sus pensamientos a Eloísa. Aún podía sentir en sus manos el suave tacto de su piel, la humedad que lo había vuelto loco y, cerrando un poco los ojos, podía verla tal y como la disfrutó sobre él. Tuvo que agitar la cabeza y abrir los ojos de manera brusca, de lo contrario le sería imposible aguantarse las ganas de ir a su casa de nuevo a buscarla.

Tenía que ir a hacer algunas inspecciones y visitas, por lo que estaría ocupado gran parte de la mañana. Decidió aguardar hasta medio día para llamarla, tiempo más que prudente para no atosigarla.

Cuando arrancó el coche dispuesto a comenzar su jornada, sintió una punzada en el pecho, como una premonición. Giró de nuevo la llave para parar el motor y respiró profundamente. Pasó sus manos por su rubia y aún mojada melena y cogió el teléfono móvil. Cuando justo iba a pulsar el botón de llamada a Eloísa, se arrepintió. No quería que ella confundiera su preocupación con otra actitud menos sana. Lo último que permitiría es que lo considerara un obseso del control, apenas hacía un día desde que parecía haberlo aceptado en su vida. Resopló, golpeó el volante y se presionó el puente de la nariz, confuso, indeciso. Volvió a la idea de realizar esa llamada. ¿Qué control ni qué leches? La acababan de agredir en su casa unos mafiosos desgraciados, su marido era un enfermo ludópata que seguía sin aceptar su separación.

Sí, definitivamente sí. Tenía que hacer esa llamada.

A pesar de la actitud seca y cortante de Eloísa, Fernando no estaba dispuesto a marcharse tan pronto. Continuaba cabizbajo, sentado, mientras que ella se mantenía en la puerta invitándolo a marcharse.

Un sonido interrumpió el silencio, el teléfono de Eloísa. Estaba situado en la mesa junto al sofá, y Fernando pudo ver reflejado en la pantalla el nombre de Tomás. Ella, a pasos agigantados, se acercó y atendió la llamada. Pudo ver en la cara de Fernando el desconcierto y lo miró apurada.

—Hola.

—¿Estás bien? Dime que todo está bien —preguntó Tomás angustiado por teléfono.

—Sí, estoy bien, luego hablamos.

—Tu respuesta no me tranquiliza, más bien confirma mis sospechas ¿Él está ahí?

Eloísa se sentía cohibida por la mirada inquisidora de Fernando. No quería negar a Tomás, pero no era el mejor momento para ningún tipo de declaración. Contarle que se había entregado a Tomás y que no pensaba separarse de él complicaría mucho las cosas. Después de todo, Tomás era su *amigo*.

—Todo está bien, luego te llamo.

Y colgó.

Aquel gesto causó diferentes efectos. En ella, culpabilidad absoluta; en Tomás, infinita preocupación y en Fernando, una cruel amenaza.

—¿Por qué te llama? ¿Por qué le has colgado? —Se puso en pie y abrió los brazos para mostrar su indignación.

—En este momento estoy hablando contigo, lo llamaré más tarde. Quería saber si me encontraba bien. —Eloísa quería librarse de Fernando cuanto antes, debía parecer convincente.

—No entiendo a qué viene tanto interés, no es nada tuyo —la increpó molesto.

—Estuvo presente cuando todo ocurrió, sabe lo mal que estoy y cuánto me ha afectado todo. —Dirigió la mirada hacia un punto lejano de la habitación, confirmando así las sospechas de Fernando.

—Qué amable por su parte. Tomás siempre tan buena persona... — Entonces, Fernando le quitó el teléfono de las manos con sutileza, lo colocó de nuevo sobre la mesa y caminó alrededor de ella—. Tendré que hablar con él y agradecerle tantas atenciones con mi mujer.

—Lo único que tienes que hacer es alejarte de mí y no causarme más problemas.

Y con una mirada amenazante, Fernando le acarició la barbilla y se marchó.

Tras el portazo se desarmó. Se permitió relajar un poco los músculos de su cuerpo, que se encontraban en tensión desde que Fernando puso un pie en la

casa. Arrastrando los pies, totalmente abatida, agarró una botella de agua fresca de la nevera y se dirigió al granero, para evitar que su hijo y Estela la sorprendieran llorando.

Necesitaba desahogarse, gritar, llorar, romper algo. El tono amenazante de Fernando la había puesto sobre aviso. Insinuó que iría a buscar a Tomás, estaba segura que no era una simple amenaza.

No había sido necesario confesar nada, había demasiadas evidencias. Eloísa desconocía que ella era la única que nunca había reparado en el interés que despertaba en Tomás. Ese detalle, la llamada, su mirada trémula y el mero hecho de colgarle el teléfono habían confirmado las sospechas de Fernando. Los cotilleos de algunos vecinos que fueron testigos de la actitud del veterinario con su mujer alimentaron su preocupación antes de la visita. Algunos los habían visto comiendo en una terraza junto al centro comercial y otros, al salir de comisaría, en una actitud más que sospechosa.

Secándose las lágrimas con su propio antebrazo, se sintió desdichada. Nada sería fácil para ella, ni para Tomás; sin duda sería una dura prueba para ellos. Mirando a su alrededor, recordó cómo ella y su marido arreglaron aquel granero en ruinas hasta convertirlo en uno decente. ¿Qué había ocurrido para que todo diera un giro tan brusco? Con cada contratiempo se convencía de que Fernando ya no era el hombre con el que se casó. Su adicción y sus malas compañías lo habían transformado en un hombre sin prejuicios y sin principios.

Pero nada de eso le dolía tanto como reconocer cuánto defraudaría a su hijo. Si iba en contra de ella, lo esquivaría astutamente, estaba segura de que contaba con el apoyo de Tomás. Pero si se atrevía a perjudicar a su hijo, estaría metido en serios problemas. Defendería a Julián con uñas y dientes.

Entonces, la puerta del granero se abrió, y como si se tratara de un espejismo, a contra luz pudo ver la silueta del hombre que antes le había salvado la vida y que ahora venía dispuesto a salvarle el corazón.

Ajenos a la disputa, los jóvenes seguían debatiéndose entre hablar o actuar, en la habitación de Julián. Con las frentes de ambos unidas y a punto de besarse, oyeron un portazo y enseguida el motor del coche de Fernando.

Eso rompió el hilo de la «no conversación» y, de paso, el beso. Julián se asomó a la ventana y no le gustó comprobar que su padre se había ido sin ni siquiera despedirse.

—Han discutido, está claro —susurró desilusionado.

Estela respiró aliviada y apretó su mano contra el pecho, como si fuese capaz de frenar el ritmo acelerado de su corazón.

—Era de esperar, Julián, ya conoces la situación al completo. —Lo consoló sincera posando su mano en el hombro aún desnudo del joven.

—Y por lo visto mi padre también conoce la situación al completo. —Arrugó la frente, y Estela supo que se refería a Tomás.

—¿No irás a interponerte entre ellos, verdad? —Retiró la mano enseguida al notar la tensión en Julián.

—Mamá es mayorcita. Nunca me gustó cómo la miraba el médico de vacas.

—No deberías hablar así de él. No solo porque es muy buena persona, sino porque además salvó a tu madre e intenta protegeros.

Julián iba a sopesar qué decir antes de meter la pata, pero entonces, desde la ventana, vio a su madre salir de la casa y dirigirse al granero llorando. Antes de decidir si salir en su busca o no, alguien se le adelantaba adentrándose en el granero, Tomás.

Estela se asomó a la ventana para averiguar el motivo del cambio de expresión de Julián. Lo hizo a tiempo de ver entrar en el granero al veterinario. Observó a su amigo y su mirada de resentimiento.

—Sé que no tengo derecho a interponerme entre ellos, no soy un niñoato,

pero no me gusta, lo siento.

—No está en tu mano. Debes apoyarla y estar a su lado por lo que pueda pasar. —Lo siguió con la mirada, mientras él daba grandes pasos de un lado a otro, inquieto.

—Seguro que mi padre ha venido a pedirle perdón e intentar recuperarla, pero es imposible estando el otro siempre pegado a las faldas de mamá...

Estela, a pesar de no estar de acuerdo, entendía la reflexión de su amigo. Era solo un hijo sufriendo por la separación de sus padres. Él no veía a Tomás como lo que era, sino como un estorbo en sus vidas.

—Entiendo que te moleste la situación, pero tu madre ha decidido alejarse de Fernando por muchos motivos que no te son desconocidos.

Dirigiéndose hacia la puerta, Julián dedicó una última mirada a Estela, como esperando su aprobación para lo que pensaba hacer.

—¿No pensarás ir al granero a interrumpir?

—Pues claro que sí, necesito preguntarle qué es lo que le ha dicho papá. También le voy a exigir que me aclare qué existe entre ella y el médico de vacas.

Estela se acercó a él y le agarró el brazo, frenando su intención.

—¿No vamos a mantener nuestra conversación? Te recuerdo que sigue pendiente.

Agachando la cabeza y con delicadeza, se deshizo de la mano con la que Estela permanecía agarrada a su brazo. Estela sintió una punzada de dolor y mostrándole su tristeza, dio un paso atrás. Julián, le dio un beso en la frente y se despidió.

—Nuestra conversación tendrá que esperar.

Y se fue.

—Siempre espero, no te preocupes, estoy acostumbrada —dijo bajito cuando él ya no podía oír sus palabras.

—Tomás, ¿para qué has venido?

Se fundieron en un fuerte abrazo y luego, Eloísa apoyó su mejilla en una de las grandes y fuertes manos de Tomás; necesitaba consuelo, del físico, del carnal. Sentirlo y palparlo como real, pese a sus miedos y dudas. Cerró los ojos para disfrutar del contacto que le transmitía tanta paz y seguridad y luego, movió la cabeza hasta alcanzarle la muñeca para repartirle pequeños besos.

Tomás, en medio de un pulcro silencio, miraba atónito cómo aquella mujer le demostraba sus sentimientos con tan solo un gesto. La había admirado y deseado desde las sombras durante tanto tiempo que no podía creer que tuviese tanta suerte por fin.

—Dime que estás llorando por los nervios, que no te ha hecho nada ni te ha ofendido.

Con los ojos inundados en lágrimas, lo miró a los ojos y le acarició la barbilla.

—Sabe que existe algo entre nosotros. Vino pidiendo perdón, abatido, pero tu llamada y mi rechazo han despertado algo muy feo en él. No me ha gustado nada la manera en la que se despidió, ni el tono amenazante de su voz.

—Está muy equivocado si piensa que voy a permitir que se acerque y os haga...

—Te suplico que no lo provoques. —Agarrándole las dos manos, le rogó —. Lo mejor es ignorarlo, dejar que piense lo que quiera. Si su advertencia llega a ser cierta y va en tu busca, por favor, te lo pido, haz un esfuerzo y no entres en su juego.

Abrazándola de nuevo para tranquilizarla y para evitar que viera la rabia en su cara, se maldijo por el rumbo que iban a tomar las cosas. Supo que los problemas no tardarían en llegar.

Creía conocer bien a Fernando, pero era consciente de que un hombre despechado podía ser capaz de cometer muchas locuras. Él mismo haría cualquier cosa por conservar a Eloísa.

—No puedo prometerte nada. No haría a posta algo que os perjudicara,

pero no me pidas que me quede de brazos cruzados mientras actúa de manera egoísta y os arrastra con su miseria.

La seguridad con la que sentenció aquello embelesó a Eloísa. Ella no necesitaba a nadie para salir adelante, pero no tenía sentido apartar a Tomás de su vida mientras anhelaba cada minuto estar con él. Estaba convencida de que la estaba invadiendo ese sentimiento tan bonito que juró no volver a experimentar tras su ruptura con Fernando: amor.

—Tengo que confesarte algo, Elo.

Eloísa seguía acunada en su pecho, apretando con fuerza sus brazos alrededor de la cintura de Tomás.

—Te escucho —susurró arriesgándose.

—Durante mucho tiempo he descuidado cosas, aspectos de mi vida que pasaron a un segundo plano.

Retirando la cabeza del pecho de Tomás para poder mirar sus ojos claros, se sorprendió al verlos brillar de emoción. Una lágrima vacilaba en el filo del párpado inferior, a punto de caer.

—Tomás...

—Ven, sentémonos.

Aquel granero se estaba convirtiendo en una estancia testigo de grandes confesiones. Era un lugar mágico, a pesar de las gallinas y del olor propio de cualquier otro gallinero.

—Nunca perdí la esperanza —continuó Tomás —, ahora me alegro de no haberlo hecho.

Cuando Eloísa supo a qué se refería, le mostró su ternura, acariciándole el mentón y esbozando una media sonrisa.

—Siento no poder decir lo mismo. —Pensaba ser sincera, no tenía sentido idealizar un sentimiento que no existía antes, sino que había aparecido de repente clavándose en su alma y en su corazón—. Nunca me había fijado en ti de esa manera.

—Lo sé ahora y lo sabía entonces, es por ello que vivía a medias. Yo



apreciaba mucho a Fernando, no era capaz de romper un matrimonio que en principio aparentaba ser normal. Pero ahora todo es distinto. Todo depende de ti, respetaré tu decisión sea cual sea, sin coaccionarte ni chantajearte emocionalmente.

Tomándose su tiempo e intentando que su temor no se notara, pedía su consentimiento para continuar a su lado. Necesitaba escucharle decir que sí, que estaba dispuesta a luchar por aquello que comenzaba y que le estaba haciendo tan feliz. Fernando iba a ponerles trabas, por eso veía justo saber si estaba dispuesta a luchar o no.

—¿Estás cuestionando mis intenciones, mis sentimientos? —Por un momento malinterpretó su propuesta.

—Nada de eso, no estoy hablando de presente, sino de futuro. Sé que sientes algo por mí, sé lo que siento por ti, pero quiero que te sientas libre. Aunque me hunda, no me sentiría bien conmigo mismo si no te dejase sopesar y ver con claridad las posibles consecuencias.

Eloísa agachó la cabeza.

—Fernando está enfermo, hoy más que nunca he sido consciente de su estado, no era él.

—No iré a por él, evitaré el enfrentamiento con él siempre. Es el padre de Julián y fue mi amigo. Por respeto haré lo que esté en mi mano para que salga lo menos perjudicado posible. Si aceptas luchar por lo nuestro, estaré a tu lado en todos los sentidos, dispuesto a aguantar carros y carretas, dispuesto a defenderos y protegeros. —Le alzó el rostro agarrándola con ambas manos —. Incluso a respetar tu decisión y esperar.

Eloísa no contestó con palabras. Besó con emoción y seguridad a aquel hombre que le estaba ofreciendo tanto y que, de manera sorprendente, le transmitía tanta seguridad y paz.

Pero quien de verdad estaba sorprendido y algo avergonzado era Julián. Prefirió no interrumpir y fue testigo de aquella declaración que revelaba varias cosas. Una de ellas causante de que Julián frenara su impulso: ese hombre amaba a su madre sinceramente.

Las dos semanas siguientes concurren con aparente calma. Tomás no visitaba la casa y la granja con la frecuencia que quisiera. Por deseo de Eloísa, iban a tomárselo con calma para no apabullar a Julián.

Fernando no había vuelto a molestar, cosa que agradecieron todos. Aunque sí se había puesto en contacto por teléfono con Julián, pero no había preguntado por Eloísa. Su conversación se centró en hablar de ellos. Además, había querido desearle un buen viaje. Era víspera de fin de curso, y en el instituto habían organizado un viaje de una semana en Barcelona. Un viaje del que también participaba Estela.

—Llevas todo lo necesario, hijo, pero si echas en falta cualquier cosa, me llamas de inmediato.

Eloísa cargaba en el maletero el equipaje de su hijo y de Estela, ya que saldrían desde el instituto en autobús hacia el aeropuerto.

—No pienso hacer eso, serías capaz de plantarte en Barcelona; y no revises nada más, dentro de media hora saldrá el autobús y no llegaremos a tiempo. ¿Dónde se ha metido Estela? —Resopló impaciente porque Estela había desaparecido tras acercar las maletas al coche de Eloísa.

—No te preocupes, hijo, ha ido a despedirse de sus padres.

—¿Otra vez? ¡Mujeres!

En realidad, lo aterrizzaba la idea de partir sin ella. Pero su manera de demostrarlo no podía ser otra que relatar y protestar. Él en su línea.

—Deberías aprender un poco de ella, ni pienses que te voy a dejar marchar sin antes darte veinte achuchones, así que tú elijes: o me los das aquí o me lanzaré sobre ti ante todos tus amigos —lo amenazó divertida y disgustada por lo poco cariñoso que era su hijo adolescente.

Sabiendo que la advertencia de su madre iba en serio, la abrazó y le dio varios besos, consciente de que la echaría de menos. Pero no pensaba

decírselo; según para qué cosas, era muy vergonzoso. Cuando casi es espachurrado por la emoción de su madre, Estela llegó y se despidió con otro abrazo de Eloísa.

—Ni soñéis que no os dé otro achuchón delante de vuestros compañeros en el instituto.

—¡Ni se te ocurra, mamá! Si eres capaz de hacer algo así, juro que no comeré bien durante el viaje, te lo advierto.

Y los tres tomaron rumbo al instituto en el coche de Eloísa.

Finalmente se compadeció de su hijo y no le hizo pasar vergüenza delante de sus compañeros. Se aguantó las ganas de darle un beso sonoro y un abrazo, pero le susurró mil advertencias sobre su alimentación y las precauciones que debía tener.

Estela sonreía divertida, y Julián miraba de un lado a otro asegurándose de que ningún compañero era testigo de los mimos de su madre.

—Eloísa, no te preocupes, yo me encargaré de que tu niño pequeño coma bien y no cometa ninguna imprudencia.

Julián prefirió callar y no confesar las imprudencias que pensaba cometer, pero su mirada traviesa no le pasó desapercibida a Estela, que se sonrojó y se marchó al otro lado del autobús.

Durante esas dos semanas, ambos habían evitado a toda costa quedarse a solas. Él, por no enfrentarse a la conversación pendiente, y ella, por orgullo. No volvería a dejarse besar hasta que hablaran en serio y terminaran lo que dejaron a medias en su dormitorio. Las veces que Julián había sabido que ella leía tumbada en el granero, se había aguantado las ganas, no sin esfuerzo, de ir a buscarla y besarla. Del mismo modo que ella lloró por no recibir ni una sola visita en el que, después de todo, era su granero.

Eloísa, feliz porque su hijo se iba de viaje y triste al mismo tiempo porque lo echaría mucho en falta, condujo en dirección contraria. No iría a su casa.

Tenía planeado algo mejor, aunque la inseguridad se apoderaba de ella por

momentos. Hizo una parada en el supermercado para hacer algunas compras y, con un cosquilleo en el estómago, como si se tratara de una adolescente, se dirigió hasta la casa de Tomás.

Sabía que tenía la mañana libre, así que le daría la sorpresa y de paso desayunarían juntos. Se había negado a ir a su casa, a pesar de las invitaciones de Tomás. Había aceptado estar con él en todos los sentidos, pero no quería pisar su casa hasta estar del todo segura y preparada. Había llegado el momento.

Tomás vivía en un adosado en una zona tranquila. Aparcó frente a la casa y se acercó a la puerta. Por lo que pudo ver a través de la cancela de entrada, tenía varias plantas en el patio delantero y, a juzgar por su aspecto, demasiado bien cuidadas.

Llamó al timbre, pero nadie abrió. Se giró y cayó en la cuenta de que su coche no estaba. Tal vez hubiese tenido que salir a alguna consulta inesperada o alguna urgencia.

—Hola, buenos días.

Una señora se acercó a la puerta y sacó un manojito de llaves con las que abrió la cancela.

—Hola, buenos días —contestó Eloísa recordando que Tomás contaba con una señora que lo ayudaba con las tareas de la casa desde hacía muchos años—. Soy Eloísa.

—¡Hola, Eloísa! —Dibujó una sonrisa amable en su cara—. Yo soy Emilia, encantada de conocerte. Tomás no está, me ha llamado esta mañana temprano para avisarme que le había surgido una urgencia, un parto de una yegua, creo.

—Sí, pues... nada. Me voy, encantada de conocerle.

—De eso nada; si Tomás se entera de que te he dejado marchar, me caerá una buena bronca. Pasa, te prepararé un poco de café, no tardará.

Y guiándose de la simpatía de aquella desconocida señora, puso por primera vez un pie en la casa de Tomás.

El estilo rústico de la entrada y del salón no la cogió por sorpresa. No era de extrañar que un hombre como Tomás, amante de los animales y la naturaleza, hubiese escogido para decorar su hogar elementos tan similares a los que Eloísa tenía en su casa y en su granja.

Emilia tosió con intención de interrumpir la abstracción de Eloísa, que miraba sin disimular hasta el último rincón del enorme salón. No había ningún retrato, ni colgado en la pared ni sobre ningún mueble, aunque sí le llamó la atención un enorme lienzo enmarcado, un paisaje con una granja. Entornó los ojos e hizo un esfuerzo para mirar la imagen, casualidad o no, demasiado parecida a la suya.

—No sé si es buena idea que lo espere aquí, Emilia. —Sintió la necesidad de excusarse para no parecer imprudente, pero en realidad deseaba quedarse y observar todo cuanto rodeaba a Tomás.

—Siéntate, enseguida traigo un café para cada una. —Sin darle opción a réplica, se marchó hacia lo que parecía ser la entrada de la cocina.

En contra de su voluntad, se sentó. Tecleó en su móvil un mensaje para su hijo, insistiéndole para que la avisara en cuanto llegaran. Sonrió al recibir la respuesta de Julián: «que sí, pesada».

Olía a él, incluso podía visualizar su pelo rubio, pero no estaba. Cada día le pesaba más su ausencia, su necesidad de sentirlo cerca iba en aumento a una velocidad de vértigo. Un día le estaba pidiendo tiempo y paciencia y al siguiente se presentaba en su casa buscándolo desesperadamente.

—Aquí están. —Emilia dejó la bandeja en la mesita y se sentó junto a ella, mirándola feliz—. Antes de empezar con las tareas de la casa, me voy a tomar el café contigo, así aprovechamos para hablar un poco.

Eloísa tragó saliva. Esa mujer no le daba mala espina, todo lo contrario, pero no le apetecía hablar con ella sobre Tomás. Tampoco quería mostrarse desagradable. Echó dos cucharillas de azúcar en su café e intentó con astucia elegir el tema de conversación antes de que lo hiciera Emilia.

—Me suena su cara, pero no logro recordar dónde la he visto antes.

Emilia sonrió de manera entrañable, había pillado el temor de Eloísa.

—No estés nerviosa, no pienso hacerte ningún interrogatorio ni nada por el estilo. —Miró hacia arriba y arrugó la comisura de los labios—. Bueno, un poco sí.

Las dos se miraron divertidas y emitieron una carcajada que rompió un poco hielo.

—Perdona, Emilia, es que...

—No, perdóname tú a mí. No soy nadie para meterme en tus asuntos, pero sí en los de Tomás, aunque él se empeñe en negarlo. Llevo muchos años trabajando en esta casa, los suficientes como para apreciarlo y quererlo como a un hijo —confesó apoyando su arrugada mano sobre la rodilla de Eloísa.

—La entiendo perfectamente.

—Me ha contado algo, imagino que no todo. —Guiñó un ojo y sonrió—. Y me alegra que por fin se haya dado la situación apropiada.

—¿Qué situación apropiada? —Extrañada, Eloísa dio un sorbo a su café.

—Tomás sabía que estabais hechos el uno para el otro, el problema estaba en que no se había dado la situación apropiada para que tú te dieras cuenta.

—Emilia, no es así, yo estaba casada. —Arrugó la frente un poco contrariada—. En realidad, aún estoy casada.

—Por poco tiempo.

El que aquella mujer supiese tanto de su vida la estaba poniendo nerviosa.

—Espero que así sea.

—No lo tomes a mal, noto el desagrado en tu cara por mis palabras. —Eloísa resopló dándole la razón sin hablar—. Mi único interés es hacerte saber que el amor que Tomás siente hacia ti es puro y verdadero, de los de antes.

—Pues... no sé qué decir.

—Pues yo sí. —Tomás había irrumpido con cara de sorpresa y felicidad en el salón sin que las tertulianas lo advirtieran—. Emilia, no me la asustes.

Era la primera vez que Eloísa ponía un pie en su casa. Había rechazado sus invitaciones hasta la saciedad y justo aquel día, sin avisar, le había dado una

gran sorpresa. Verla sentada en su sofá, bebiendo de su propia taza, provocó en él una sensación mágica, impactante. Por fin la tenía donde quería y por voluntad propia.

Reprimiendo las ganas de tirar el café a cualquier parte y lanzarse a su cuello, Eloísa se pudo de pie y sonrió feliz por la llegada de Tomás.

—Hola, Tomás.

Él hizo lo que ella no se atrevió y la abrazó con fuerza, incluso elevándola del suelo ante la divertida mirada de Emilia.

—Bueno, ahora sí que comenzaré con mis quehaceres; hasta luego, tortolitos.

—Gracias, Emilia, pero tengo una idea mejor —dijo sin desviar la mirada de Eloísa—, tómate el día libre.

—Vamos, que me echas porque soy un estorbo.

Eloísa reprimió la sonrisa. Pero Tomás no, rio con ganas y asintió abrazando a Emilia, mostrando sin tapujos su estado de felicidad por la visita inesperada.

—Adiós, muchachos, que lo pasen bien.

Emilia se despidió con picardía, contenta por él, de corazón.

Y allí estaban, solos y entusiasmados por la idea de tener el día para ellos por primera vez. Tomás, con mirada indecente, y Eloísa, mostrándose tímida y nerviosa.

—Compré algunas cosas para que desayunáramos juntos, tal vez es un poco tarde...

—Gracias —le dijo agarrándola de las manos y besándole la frente.

—No es nada, solo un poco de pan y...

—Gracias por estar aquí, por la sorpresa —confesó para dejar claro que no era el desayuno lo que lo tenía tan feliz.

—He dejado a los chicos en el autobús y pensé que...

Esta vez no la interrumpió, pero ella no supo continuar. No quería reconocer que le apetecía pasar el día con él en su casa y que por fin se había

decidido a dar un paso más.

—¿Qué pensaste?

—Pensé que... necesitaba estar contigo.

—¿Qué piensas ahora? —le preguntó sentándola sobre su regazo y rodeándola por la cintura.

—Que hacía tiempo que no tomaba una decisión tan acertada.

—¿Decisión? Por la forma en que lo dices parece que te ha costado decidir.

—Sí, un poco. —Agachó la cabeza con media sonrisa, y Tomás la agarró por la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Quiero ir despacio, pero necesito ir deprisa.

Aquella confesión no hizo otra cosa que ponerla más nerviosa. Notaba cómo le ardían las mejillas. Sentada sobre él, acariciándole su rubia y corta melena, se sentía plena, relajada a pesar de los nervios. Era tan romántico, tan cariñoso, tan irresistible.

—Creo que sentimos la misma necesidad.

E ignorando el desayuno, calmaron su necesidad común, entregándose sin temor a ser interrumpidos.



—¡Mi maleta! ¡No puede ser!

Estela casi sufre un infarto al comprobar que su maleta había desaparecido. Todos los chicos entraban en el hotel con sus pertenencias, y ni rastro de su maleta.

Julián, como acostumbraba a hacer en el instituto, no le había prestado demasiada atención durante el trayecto. Cuando estaba en presencia de sus compañeros, se hacía el duro y el interesante. Solía evitar cualquier muestra de afecto hacia ella en público, y ella lo veía como algo natural. Pero al oír la gritar, se excusó con sus compañeros y se acercó. Estaba junto al autobús, en compañía del chófer y de una de las profesoras.

—¡Esto no tiene explicación alguna! ¿Cómo puede desaparecer una maleta tan grande como la mía? ¡Dios mío, mis libros! ¡Venía cargada de libros! — Comenzó a sollozar y a dar patadas a los gigantescos neumáticos del autobús.

La profesora y el chófer hablaban entre ellos intentando buscar una solución. Registraron el autobús, pero nada, ni rastro de la maleta. Cuando Estela se percató de que Julián estaba a su lado, lo abrazó aumentando la intensidad de su llanto, apretándose fuerte contra él.

—Tranquila, ¿cómo es posible que haya desaparecido tu equipaje? —le preguntó preocupado, no sin antes echar un vistazo y comprobar que ninguno de sus amigos era testigos.

—¡No puede ser! ¡Mis libros, Julián!

—Tranquila, por favor, olvida los libros, ¿acaso no has pensado que pasarás una semana sin ropa?

Estela reaccionó como una energúmena, como lo haría una fiera salvaje a la que intentan arrebatar sus cachorros mientras los amamanta.

—¿¿Me estás diciendo que olvide mis libros?! ¡Los nuevos! ¡Insensible!  
—Estela lo apartó de un manotazo en el pecho y en ese momento, varios

amigos de Julián se acercaron a comprobar qué ocurría.

—¡Tú y tus malditos libros! —Julián se enfadó, se sentía ridículo. Odiaba quedar mal delante de sus amigos, y Estela le estaba gritando—. ¡Eres una niñaata!

—¡¿Qué has dicho?!—Aguantó un puñetazo de rabia y lo miró con dolor—. ¡Me quiero morir!

E ignorando las llamadas de atención de la profesora, corrió hacia dentro del hotel, sintiéndose desdichada. No solo por la pérdida de su maleta y sus libros, sino porque de nuevo Julián la había insultado. A veces tan cercano, a veces tan frío. Tal vez influyó que se mostrara desquiciada, sí. Pero conociéndola, Julián debió entenderla y apoyarla, ¿o no?

Secándose las lágrimas y olvidándose por un segundo de sus libros, se encerró en el baño de la recepción del hotel. Como acababan de llegar, muchas de sus compañeras aguardaban la cola para entrar, pero no fue impedimento para ella. Fingiendo estar muy mal, se coló la primera y, echando el pestillo, se sentó sobre la tapa del váter. Una vez allí rompió a llorar sin que nadie la viese.

Julián se sentía culpable y preocupado. En el fondo sabía cuánto significaban para Estela sus libros y reconoció que tal vez un poco de más tacto no hubiese estado mal. Corrió en su busca, golpeándose la frente con la palma de la mano al comprobar que se había encerrado en el baño de las chicas.

Con disimulo y las manos en los bolsillos, silbó para despistar. Desde la puerta, las chicas que aguardaban en la cola lo miraban coquetas. Julián era uno de los chicos más guapos y populares del instituto, ninguna de las chicas desde la cola se cortaba un pelo. Una de ellas atravesó el umbral de la puerta y se le acercó.

—Hola, Julián, ¿buscas a alguien? —le preguntó con voz melosa y jugando con un mechón entre sus dedos.

—¿Quién, yo? No, claro que no, estoy esperando a mi colega. —Pretendió disimular, pero entonces, reaccionó; no quería empeorar las cosas y estaba

muy preocupado por Estela—. ¡Qué demonios! ¿En qué váter ha entrado Estela?

Decepcionada, la chica con aire de prepotencia señaló con el dedo índice. Julián dudó, pero solo un segundo, tal vez dos. Provocando la risa floja y los murmullos en las chicas que esperaban su turno, golpeó la puerta de Estela.

—¡Estela! ¡Sé que estás ahí! ¡Sal ahora mismo!

Estela se llevó una gran sorpresa, una grata e inesperada sorpresa. ¿En serio estaba Julián haciendo eso? ¿Había entrado en el baño de las chicas y la estaba llamando a gritos? En momentos así se lo comería a besos. Bueno, en realidad, siempre sentía unas ganas incontrolables de comérselo a besos.

—¡Olvídate de mí y de mis malditos libros! ¡Tú lo has dicho: soy una niñaata!

—Lo siento, no quise decir eso... —Eso último lo dijo tan bajito que Estela casi no pudo oírlo.

—¿¿Cómo has dicho?!—gritó desde el otro lado de la puerta Estela.

Tendría que repetirlo alto y claro. Ni por un momento Estela se paró a pensar que el baño estaba a rebosar de féminas. Julián quería que se lo tragara la tierra, no podía creer que estuviera haciendo aquello.

—¡No te oigo! —insistió Estela aún dentro.

—Esto... —Tosió para aclararse la garganta y se armó de valor—. He dicho que lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —Estela se sorprendió a sí misma abriendo el pestillo y girando el picaporte para abrir de manera inconsciente.

—Todo.

Ya la tenía delante. El silencio era abrumador. Todas las chicas estaban expectantes.

—¿Qué es todo? —Se sonó con poca delicadeza con un pañuelo de papel que le ofreció una de las compañeras.

—Pues todo. Siento que hayas perdido tu maleta, siento lo de tus libros, siento haberte insultado. —Julián negaba con la cabeza y se rascaba la nuca.

Estaba muy incómodo con la situación.

—¿Hablas en serio? —preguntó ella con los ojos inundados de lágrimas.

—Sí, te espero fuera.

Julián quería acabar cuanto antes con aquel numerito. Tenía una reputación que conservar ante sus amigos, y aquello le hacía un flaco favor. Era de todo menos íntimo. ¿Un baño lleno de chicas? ¿Cuánto tardarían en esparcirse los rumores por medio país? Pero su intención de marcharse se vio interrumpida. Estela se abalanzó y tomó aquella disculpa como un gesto de amor, un paso adelante en su tortuosa relación. Rodeándole el cuello con los brazos, se puso de puntillas para darle un beso en los labios.

—¡He dicho que te espero fuera! —Y se deshizo de su abrazo para salir raudo y veloz.

Y Estela también lo hizo. Salió de aquel baño, corriendo, sintiéndose humillada y desdichada. Julián, al oír sus pasos pensó que iría tras él, pero no, nada de eso.

Estela salió del hotel, sin dignidad y sin maletas. Esta vez Julián no la buscaría. La actitud de sus amigos fue uno de los motivos. Pero había otra razón de mucho más peso. ¿Por qué demonios ella se había aprovechado de la situación? ¿Por qué las mujeres eran tan complicadas y se empeñaban en confundir un acto de preocupación con una promesa de amor? No le gustó que ella no tuviese en cuenta su ego masculino. Él seguiría siendo frío y ella, una sufridora.

El viaje a Barcelona sin duda sería complicado para ambos y además, allí no tenían sus vías de escape. Ella, su granero y sus libros, y él, su pelota y su puf.

Un rato después el asunto se había tornado preocupante.

¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? El teléfono móvil estaba apagado, casi seguro que a posta. No era el momento ni el lugar para una de sus rabietas, no estaban en la granja. Barcelona era un lugar desconocido para

ellos y, de enterarse los profesores y responsables del instituto, podrían meterse en problemas.

Julián en un primer momento había decidido no salir a buscarla. Estaba muy enfadado con ella por su reacción en el baño de las chicas. Pero había pasado más de una hora y no aparecía. En cualquier momento avisarían para la visita turística, y Estela tenía que aparecer antes, sí o sí.

Pero su mayor preocupación no era la bronca de los profesores, Julián estaba muy inquieto. Estela era impulsiva, visceral. ¿Dónde habría podido ir sin conocer la ciudad? Y la eterna pregunta: ¿por qué las mujeres lo complicaban todo?

Tras llamar varias veces y comprobar que su teléfono móvil continuaba apagado, salió en su busca. Sus amigos prometieron cubrirlo ante los profesores si lo echaban de menos.

Salió del hotel y sintió un poco de miedo. Encontrarla sería más difícil de lo que pensó en un primer momento. Tan sencillo como no tener claro si caminar hacia la derecha, la izquierda o hacia el frente. Encontrar a Estela sería como encontrar una aguja en un pajar.

¿Y si en realidad había regresado y estaba en algún lugar del hotel? Cabía la posibilidad, tal vez no quería hablar con sus amigas y por eso no se había dejado ver. Cuando una mujer que llora necesita estar sola...

Caminó hacia el frente, por la acera de una calle transitada. Miraba hacia todas las direcciones, pero era inútil, ni rastro de Estela.

Julián cada vez estaba más nervioso. Aun sabiendo que era tiempo perdido, insistía con el teléfono, confiando en que lo encendiera de una vez. Entonces, oyó por el auricular de su teléfono que daba tono de llamada. Suspiró aliviado.

—¿Qué quieres? —Estela contestó brusca y con signos de estar llorando.

—¡Maldita sea, Estela! ¿Cómo se te ocurre desaparecer así?

Y colgó el teléfono. Lógico. El motivo por el cual ella se había ido era la manera en que la trataba y le hablaba.

Julián se golpeó la frente, furioso consigo mismo por no poder controlarse y hablarle con un poco más de delicadeza. Volvió a intentarlo, cruzando los dedos. Estela aceptó la llamada, pero no pronunció palabra alguna. Solo se la oía respirar de forma agitada.

—Lo siento, ¿vale? No cuelgues, por favor.

—Déjame en paz —contestó más enfadada que triste.

—Vale, lo prometo. No te molestaré ni te hablaré mal, haré lo que me pidas, pero dime dónde estás. Llevo mucho rato buscándote por calles desconocidas y me estoy volviendo loco.

—Estoy detrás del hotel, en el parque.

Fue entonces cuando Julián noto su cuerpo relajarse. Ella estaba cerca del hotel y a salvo.

—Está bien, espérame ahí, enseguida voy. —Como siempre, dando órdenes.

—No pienso obedecerte. Ni te acerques a mí.

—Estela...

Julián no sabía manejar ni la situación ni el carácter pasional de su amiga. Por este tipo de incidentes se había propuesto mantener las distancias con ella.

—No quiero que te acerques. El resto del viaje quiero hacerme a la idea de que no estás.

—¿Vas a esquivarme toda la semana?

—¿No es así como estás a gusto? Odias que me acerque.

—Pero, Estela, no es...

Y volvió a colgar. El viaje a Barcelona sería un suplicio. ¿O no?

Cada uno regresó a su grupo. Para no provocar más el enfado de Estela, Julián decidió cumplir sus deseos y no buscarla en el parque.

Al menos ya estaba algo más tranquilo porque sabía que no estaba en peligro. Ya hablaría con ella más tarde, en la visita guiada.

Una vez que hubieron subido todos al autobús, Julián no logró localizarla

a simple vista. ¿Otra vez se había vuelto a quitar de en medio? Esperó impaciente, pero el chófer ya estaba avisando de que cerraría las puertas. Sin pensarlo dos veces, preguntó a una de las compañeras de Estela. Esta, con sonrisa picarona por recordar el numerito del baño, le informó de que se había excusado con los tutores porque se encontraba mal. Le habían dado permiso para quedarse en el hotel para reponerse. Julián maldijo a regañadientes y sin dudar corrió hacia el asiento principal donde se encontraba el tutor responsable del grupo.

—Señor Pablo. —Puso cara de descomposición y se apretó con fuerza la boca del estómago.

—Vuelve a tu asiento, Julián, salimos ya.

—He estado vomitando mucho en la habitación, pensé que se me pasaría, pero me temo que me encuentro peor. No me habrá sentado bien el viaje, ni el desayuno.

El profesor se mostraba pensativo, pero el joven hizo tan bien su papel que no le quedó más remedio que aceptar que se quedara en el hotel. En realidad, su mala cara no era fingida, solo que no era de malestar físico, sino de preocupación por Estela.

—Está bien, avisaré a doña María, que se ha quedado en el hotel. Ella estará pendiente de ti y de otros alumnos que no van a hacer la excursión.

Sin darle tiempo a más explicación, Julián bajó de un solo salto los peldaños metálicos de la puerta de salida del autobús, gesto que no pasó desapercibido el profesor desde la ventanilla.

Entonces cayó en la cuenta y se retorció para continuar con su papel de joven enfermo. A paso lento, entró en el hotel. Ahora tenía que localizar la habitación de Estela, pero entonces tuvo una idea fantástica.

Cuando estuvo seguro de que el autobús ya se había ido, se acercó a uno de los empleados del hotel y le preguntó dónde se encontraba la librería más cercana. No era capaz de imaginar otra manera más eficaz de acabar con el enfado de su amiga que con un libro. Tras hacer la compra, regresó y llamó al móvil de Estela.

—Estela, necesito saber el número de tu habitación.

—Y yo necesito que te compres un mapa y te pierdas en él.

—No he comprado un mapa, aunque sí algo que tiene hojas de papel y que sé que te gustará muy mucho.

Julián tuvo que alejar la oreja de su teléfono. Desde el otro lado, un grito histérico casi le deja sordo.

—¡Trescientos cincuenta y dos!

Cada paso que daba hacia la habitación en la que se encontraba Estela, se arrepentía más. Según él, siempre que actuaba en un impulso, la cosa se complicaba más. Ir a su habitación, pedirle disculpas y encima regalarle un libro, para Julián era un bonito gesto para calmar su estado y hacer las paces. Pero para ella, casi seguro que significaría algo más. ¿Cómo actuar entonces? Ignorarla durante todo el viaje iba a ser imposible, pero ¿cómo hacerlo sin alentar sus ilusiones?

Decidió que lo mejor sería hablar con ella con tranquilidad y llegar a un acuerdo. No encontraba la paz cuando ella reaccionaba de ese modo, llorando e incluso desapareciendo sin dejar rastro. Sí, lo mejor sería hablar con ella en otro momento.

Antes de golpear la puerta con los nudillos, intentó pensar fríamente y prometerse a sí mismo que sería paciente. Ella lo merecía, ella le importaba y mucho.

—Estela, abre, soy yo —anunció y golpeó la puerta.

La puerta se abrió, y la joven no aguardó junto a él. Anduvo rápido hasta un sillón que estaba situado junto a la ventana. Julián la siguió y se sentó cerca, en el filo de una de las camas.

—¿Estás mejor?

—Sí.

Su respuesta fue escueta, fría y distante. Aunque una lágrima amenazaba con escaparse. Estela no quería llorar tanto, no deseaba sentirse débil ni triste. Pero desde el encuentro cariñoso que había tenido lugar en el granero, había



sufrido demasiadas desilusiones. En un principio pensó que aquello era un paso hacia delante, cuando en realidad no había parado de lamentarse desde entonces.

—Espero que te guste.

Julián le ofreció una bolsa. Estela se levantó, se acercó a él y la aceptó agradecida. Cuando la abrió y comprobó que se trataba del libro que tanto deseaba, no pudo hacer nada por retener la dichosa lágrima que con tanto esfuerzo estaba ocultando.

—Muchas gracias, no tenías porqué haberte molestado.

—Tampoco debí haberte hablado así delante de todas tus amigas. Te pido disculpas. —Julián habló en un tono sincero, dulce, pero cuando fue consciente, carraspeó un poco y recuperó la postura que había planeado mantener para no hacerle más daño—. Tenemos que hablar muy en serio.

—Créeme, no suelo bromear mucho con según que cosas. —Se volvió a sentar abrazando su preciado regalo.

—Es cierto que soy un bruto, que la delicadeza no es mi fuerte. Pero tienes que ser menos impulsiva y ponerte un poco en mi lugar. —Julián evitaba mirarla a los ojos.

—Sí, ahora va a resultar que mi impulsividad es la culpable de todo.

—No, no he querido decir eso. Admito mi torpeza al manejar ciertos temas...

—¿A qué temas te refieres? ¡Dilo! Seamos sinceros, ahora no hay nadie presente. —Se volvió a acercar a él y colocó los brazos en jarras, desafiante.

—¿Quieres sinceridad? Pues bien, la tendrás.

La bolsa con el desayuno tuvo que esperar paciente sobre la mesa. Eloísa y Tomás, habían deseado aquel encuentro íntimo demasiado. No era el momento de posponerlo, ni por un desayuno ni por ningún otro menester.

El paso que había dado Eloísa era muy importante para ambos, significaba muchas cosas. Ella le había pedido tiempo, ir poco a poco, y él, dentro de sus posibilidades, había estado cumpliendo su palabra evitando presionarla. El equilibrio perfecto entre sensatez y locura, ese era el propósito de Eloísa para evitar pasos en falso.

Pero la locura desenfrenada ya había tenido lugar en la cama de Tomás. Había llegado el momento de comer algo y hablar.

Se sentaron en el comedor. Eloísa llevaba puesta una camiseta blanca de Tomás y se había recogido el pelo lo mejor que pudo. Aún le temblaba el cuerpo. Él no podía hacer otra cosa que mirarla, admirar su belleza natural, sus mejillas sonrojadas por la pasión y le hacía gracia cómo se mostraba pudorosa, tímida. Le gustaba ese punto de inocente muchacha que reflejaba a veces. Daría cualquier cosa por tenerla así cada mañana.

Tomás, vestido con un pantalón corto de algodón, servía caballeroso el desayuno, sin poder disimular una sonrisa de satisfacción y felicidad que le nacía desde el corazón y que se le reflejaba en la cara. No se había recogido el pelo con una coleta, lo había dejado suelto, un poco enmarañado pero irresistible.

—No puedo creer que estemos así, aquí, en mi casa.

—Sí, es maravilloso.

Tras una mirada cargada de sentimientos, Tomás abandonó su silla para acercarse a ella, rodearla con sus brazos desnudos por detrás y respirar el aroma de su pelo. Ella acarició sus antebrazos y apoyó su cabeza hacia atrás, sobre su torso.

—¿Por qué no te quedas aquí? —preguntó decidido e ilusionado.

—Sabes que no puedo, tengo obligaciones.

—Al menos hasta que regrese Julián de Barcelona, serán unos días. Tómallo como unas vacaciones.

De nuevo Eloísa sintió en su cabeza el conflicto entre locura y sensatez. Nada la haría más feliz que vivir aquel sueño y compartir el mismo techo con el hombre que le estaba robando el corazón. Sentía de nuevo ilusión de vivir. Pero no quería meter la pata, hacer algo que molestara a su hijo. Era consciente de lo difícil de la situación y del carácter de Julián.

—No.

Tomás regresó a su silla e hizo un esfuerzo por no mostrar su decepción. No quería estropear el momento ni presionarla.

—Está bien. Pero ten presente mi proposición, seguirá en pie para cuando tú estés preparada.

Dirigiendo la mirada hacia la mesa, Eloísa esbozó una sonrisa. No era forzada porque se sentía feliz, pero pensó que algún día lograría su felicidad y su libertad al cien por ciento. Y ese logro sería junto al rubio con melena que conseguía hacerla temblar de emoción y amor.

Tras el desayuno, Eloísa se excusó y entró en el baño, necesitaba una ducha. Tomás la abrazó, la besó y le ofreció una toalla limpia.

Una vez sola, frente al espejo, pudo sonreír sin sentirse avergonzada. Si dependiera de ella, incluso hubiese gritado de felicidad. Por primera vez en mucho tiempo sus sentidos despertaban de una forma brutal. Se sentía amada, mimada y deseada. Tomás mostraba todas aquellas virtudes que cualquier mujer desea en un hombre.

Se quitó la camiseta que olía a él, hundió su nariz en ella y respiró con fuerza. Ojalá se atreviera a pedírsela, no quería que pensara que su comportamiento era inmaduro, pero mataría por conservar aquella prenda que siempre le recordaría tan preciado momento, pasara lo que pasara.

Bajo el chorro de agua caliente, relajó el cuerpo, pero la mente siguió

agitada, recordando cómo la había tomado en su cama. Ya estaba temiendo que llegara el momento de abandonar aquella casa para regresar a la soledad de su hogar, de su cama.

Pero no, no quería estropear el momento como siempre hacía pensando en sus responsabilidades. Se tomaría las cosas de otro modo. Disfrutaría cuando estuviese en sus brazos y cuando no, se sentiría motivada e ilusionada por volver a estarlo. No habría lugar para lamentaciones. Cuidar de sus tierras y de su hijo no era una tortura para ella. En realidad, era todo cuanto amaba; al menos, lo había sido hasta que descubrió que un sentimiento fuerte había nacido en ella hacia el veterinario. Todo lo demás vendría según tuviese que pasar. No debía ser tan negativa, no conseguiría nada con esa actitud, tan solo hacerse daño sin necesidad. Y por otro lado, bastante había sufrido y bastante le quedaba por sufrir hasta solucionar el divorcio con Fernando.

Envuelta en la toalla, se dirigió hasta la habitación de Tomás para recuperar su ropa. La última vez que la vio estaba toda desordenada en el suelo. Pero ahora no. Estaba doblada sobre una cómoda. Tomás estaba haciendo la cama y sonrió al verla entrar.

—Elo, estás tan guapa así, con la toalla y con el agua goteando de tu pelo...

—Adulador —le dijo sonriendo con timidez y cubriéndose más con la toalla.

—¿Por qué te avergüenzas? Quiero que recuerdes aquella noche en el granero, la noche en la que jugamos, en la que confiaste sin reservas en mí.

Ruborizada, no pudo contener la excitación. Recordar las cosas que le hizo en el granero y luego en el desván era demasiado aun después de la ducha.

—No me siento en mi terreno, es tu casa —se defendió divertida aferrándose con fuerza a la toalla. Tomás caminaba hacia ella y a juzgar por su cara, con intenciones demasiado impuras.

—Si quieres, nos montamos en el coche y nos marchamos ahora mismo. Yo estaré encantado de amarte en tu terreno.

Eloísa se sentía gelatina, ensimismada en sus provocaciones, en sus frases

morbosas. Estaba perdida, pero perdidamente loca de amor.

—¿Qué nos está pasando? —le preguntó cerrando los ojos y abrazándose a él con fuerza.

Tomás, que se había duchado también en el otro baño, tan solo llevaba un fino pantalón de algodón que no disimulaba su estado y mostraba ese torso por el que Eloísa adoraba pasear con sus labios, repartiendo besos y caricias.

El pelo rubio, mojado y suelto, también se mereció más de unos segundos de atención. Le gustaba tanto su melena que se atrevería a pedirle que jamás se lo cortase demasiado.

—Ese «nos» me hace muy feliz —susurró atrapándola de las nalgas sobre la toalla y apretándola contra él. En ese momento, también él pensó que aquel pantalón era demasiado fino.

—No tengas dudas, Tomás, he dado un paso que puede parecer insignificante para cualquiera, pero que es muy importante para mí. Me lo das todo. —Sonrió y agachó la cabeza—. Te pedí tiempo y comprensión y... en fin, no sigo porque no quiero llorar. Tanta sensación de felicidad me parece preocupante.

—Preocupante sería que después de lo de hoy no volviesses a llamar a mi puerta. Eso significaría que no te he tratado lo bastante bien como para que te apetezca repetir—bromeó dando un paso hacia atrás y dejándola emocionada y aferrada a su toalla.

Eloísa sintió la presión en los nudillos de tanto apretar la toalla. Qué inútil. Tomás, sin emplear la fuerza, con tan solo una mirada y una suave caricia en su hombro, consiguió hacer desaparecer toda resistencia. La toalla yació en el suelo, y la desnudez de Eloísa quedó al descubierto.

—Preocupante sería que no me dieras la oportunidad de admirar y tomar tu cuerpo. —La broma adquiría otro tono en la voz excitada de Tomás—. Preocupante sería que no me desearas y desapareciera el rubor de tus mejillas cuando te digo lo que siento.

No aguantaba más. Era sorprendente la manera en la que la falta de arrojo era más o menos evidente en ella según su nivel de excitación. Sentía

vergüenza ante un piropo, pero actuaba con determinación cuando su cuerpo se deshacía de deseo.

En ese momento, el reparo se había esfumado.

Dio dos pasos hasta acercarse a él y uno más para alcanzar la cinturilla del liviano pero innecesario pantalón. Tomás no fue capaz de mover un solo dedo. Necesitaba dejarse hacer y disfrutar de la deliciosa osadía de su Eloísa.

—Preocupante sería que te cortaras esa melena tan sexy.

Tomás sonrió. Eloísa le parecía una mujer adorable y desconcertante. Jamás se cortaría la melena después de oír aquello.

—Pues no te preocupes porque me apetece complacerte. —musitó Tomás mientras seguía inmóvil, disfrutando de cómo ella tomaba la iniciativa.

—¿Complacerte? —Lo miró descarada—. Yo sí que pienso en complacerte, aquí y ahora...

Con la sensación de felicidad tras un día entregados a la pasión, salieron de la casa para tomar algo fuera. Tomás, dichoso por haberla tenido al fin bajo su techo y bajo sus sábanas, la agarró de la mano para que quedara bien claro que Eloísa era su pareja. Al notar cómo entrelazaba sus dedos con los de ella, Eloísa se sonrojó porque aquel acto le pareció más íntimo e importante incluso que el haber hecho el amor con él en su propia cama. Era una muestra de cariño en público, y por primera vez, no sintió el impulso de rechazarlo. Lo tenía muy claro, no dudaba ni lo más mínimo. Merecía la pena arriesgarse por un hombre como él.

Agarrados de la mano y sonrientes, cruzaron la esquina de la calle sin imaginar lo que les esperaba.

—No tenía ninguna duda, pero quería verlo con mis propios ojos. — Fernando los sorprendió en la misma esquina.

Tomás, en lugar de soltar la mano de Eloísa, la aferró con más fuerza, transmitiéndole que no pensaba recular ni acobardarse. Ella hizo lo mismo, aunque algo más asustada que él. En su casa, en su último encuentro, vio en

primera persona lo que podría tratarse de una amenaza y sabía de sobra cuán enfermo estaba su marido. Quizás por ese motivo, ella era más consciente que Tomás del alcance de Fernando.

—Fernando, por favor —habló sereno Tomás ante la mirada asqueada de su amigo.

—Cállate, traidor. Eres una rata, ¿es esta la clase de ayuda que querías darme?—Fernando dio un paso hasta quedar a tan solo un palmo de distancia del veterinario, desafiándolo.

—Por favor, aquí en la calle no, Fernando...—suplicó Eloísa interponiéndose entre ambos.

Fernando la cortó, no le interesaba escucharla, solo tenía ojos para Tomás. No llegó a empujarla, pero sí avanzó sacando pecho sin importarle que ella estuviese oponiendo resistencia. Quería desahogarse con Tomás, provocarlo para poder partirle la cara ante la mínima respuesta belicosa. Su actitud era violenta, ya no quería guardar las formas, había sido testigo de cómo su mujer pasaba el día encerrada a solas con su supuesto amigo.

—Fernando, no quiero pelea. —Intentó apaciguar Tomás—, por los años de amistad, me gustaría que habláramos con tranquilidad, pero de no ser así...

—¡De no ser así, ¿qué?! —espetó acercándose más y casi empujando a Eloísa.

—Que te quede bien claro que no pienso amedrentarme ni permitir que ofendas ni dañes a Eloísa. Por respeto a Julián no me gustaría tocarte un pelo, pero...

—¡No metas a mi hijo en esto, desgraciado! —Entró en cólera y apartando de un empujón brusco a Eloísa le dio un manotazo en el hombro a Tomás.

Y ya no hubo lugar para las palabras. Tomás le devolvió el manotazo, y cerrando el puño, Fernando golpeó la mejilla izquierda del veterinario. Y le fue correspondido, pero con un derechazo de Tomás que tumbó a Fernando en el suelo. En lugar de lanzarse sobre él y aprovechar la ventaja, abrazó a Eloísa que gritaba aterrorizada.

—No pienso molerte a golpes para que Julián me odie; Además, no soy de esa clase de hombres que solucionan los problemas con los puños. Ahora bien, no pienso permitir que abuses, ¿me oyes?

Fernando, aún aturdido, se incorporó y apoyándose en las palmas de las manos, se puso de pie. Hizo el intento de volver a golpear a Tomás, pero este esquivó el puñetazo, lo agarró del cuello y lo acorraló contra un muro.

—Maldito hijo de puta, tengo que hacértelas pagar —insistió Fernando.

— ¡Ya está bien, por favor!—suplicó llorando Eloísa.

—Compórtate como un hombre, asume que la has perdido por tu mala cabeza —le dijo en voz baja apretando los dientes y soltándole el cuello.

—No la he perdido, me la has quitado, maldito bastardo.

—¡Se acabó!—gritó Eloísa volviendo a interponerse entre los dos.



—¿Quieres sinceridad? Pues bien, la tendrás.

Frente a frente, sin perder la actitud desafiante, mantuvieron la mirada con una tensión que podía cortarse con un cuchillo. Ella con lágrimas en los ojos y él dolido por hacerla llorar una vez más. Estaban en ese punto en el que hablaban sí o sí. Pero las palabras no brotaban de ninguna de sus bocas, solo existía tensión y sentimientos.

Julián hizo el intento de acariciarle la cara, pero de un golpe seco y rápido ella se lo impidió. Él abrió mucho los ojos y se frotó su propia mano, esa chica pegaba duro. Cuando alzó el rostro, se encontró de nuevo con su mirada y no lo pensó más. Se dejó llevar y la agarró con fuerza, alzándola dos palmos del suelo y situando su frente junto a la de ella. Ella pataleó y le golpeó el pecho con los puños cerrados, confiada de haber logrado su propósito porque Julián la dejó de nuevo en el suelo. Pero no. Su intención ganó fuerzas y uniendo la rabia ocasionada por los golpes y las ganas de sentirla, la agarró muy fuerte esta vez. La besó con seguridad, sin permitirle ni una sola queja, ni un reproche más. Ella quería que fuese claro, pues bien, ahí lo tenía. No había otra forma más evidente de demostrarle lo que sentía. Pedir disculpas, hacerle un regalo... Nada de eso estaba tan cargado de sentimientos como aquel fogoso e impetuoso beso. Y ella debió captarlo, porque no forcejeó, no pataleó y respondió con su boca de la forma más contundente que fue capaz.

Separaron un instante sus bocas, para tomar aliento, pero la inminente conversación salió a flote.

—Venía con el propósito de no alentar tus ilusiones.

—Julián, ¿qué quieres? ¿Qué es lo que pretendes? Siempre estamos igual, no puedo más, no juegues conmigo.

Retirándose, pero sin dejar de agarrarla por la cintura, dejó escapar un

suspiro y rozó la punta de su nariz con la de ella.

—No quiero jugar contigo, me mata verte llorar, pero no me pidas que le ponga nombre a esto, no lo hagas...

—Me importa una mierda el nombre que quieras ponerle, solo quiero saber qué somos, lo necesito —le suplicó Estela cerrando los ojos y agarrándole la cara.

—Somos dos tontos.

Ambos esbozaron una sonrisa, se besaron de nuevo, muy despacio.

—No pretendo cambiarte, sé que eres así de cabezota e impulsivo —continuó Estela.

—Gracias por el piropo... —bromeó él aumentando la fuerza del abrazo.

—Yo soy un poco susceptible, lo reconozco, pero creo que seríamos más felices si dejásemos las cosas claras, aunque te empeñes en no ponerle nombre.

Julián pensó que ella tenía toda la razón del mundo. Se estaban haciendo daño, jugando al quiero y no puedo. Pero creía no estar preparado para comenzar una relación, al menos no del tipo que quería Estela.

—¿Qué nombre quisieras ponerle?

Estela enmudeció. ¿Por qué demonios no estaba pletórica por tenerle como quería? Hablando en serio de su supuesta relación, besándola y dispuesto a escucharla. Ahora se debatía en su interior. Quería responder «¡Novios!», pero su orgullo estaba de por medio.

—No es algo que yo deba imponer.

Y de nuevo arriesgó el dejar escapar la oportunidad de las manos por no ser todo lo clara que debería, a pesar de exigirle a él una sinceridad que ella misma no estaba dispuesta a darle.

—No seré yo quien imponga una categoría a nuestra relación. Tengo muy claro cómo se llama lo que siento por ti. ¿Puedes tú decir lo mismo? —Clavó sus ojos en los de Julián, exigiendo una respuesta, y él se obligó a mirar hacia otro lado.

—No me ataques, Estela —le pidió dolido—, quizás yo tenga más claro que tú lo que siento, es por eso que me da miedo, no me gusta lo que suele venir después...

Debería sentirse mal, Estela olía la derrota. Pero no, porque para ella, Julián había dado un gran paso: reconocer lo que sentía. El problema estaba en el miedo, tenía miedo. Al menos sabía a qué atenerse.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Estela deshaciendo el abrazo y cogiéndole de ambas manos.

Julián asintió con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No quiero perderte, te necesito en mi vida, y sé lo que pasará si comenzamos una relación y no funciona.

Y Estela sabía que tenía toda la razón. Desde niños habían permanecido juntos. Cuando comenzaron los problemas con su padre, ella había sido su punto de apoyo. ¿Qué pasaría si se liaban y no acababan bien? ¿Tendrían que dejar de ser amigos? ¿Se limitarían a decirse hola y adiós, aun viviendo tan cerca? No, no lo soportaría. Por mucho que le doliese, esa era la realidad, la cruda realidad, y por una vez supo que Julián estaba en lo cierto. Ahora le tocaba a ella mostrar madurez.

—Tienes razón. Si nos hiciésemos daño como novios, volver a ser amigos y aparentar normalidad será muy complicado —sentenció Estela fingiendo naturalidad, cuando en realidad estaba rota por dentro.

—No quiero que llegue ese día, aunque tenga que pagar un alto precio por evitarlo.

El alto precio al que se refería era fingir que les unía solo una fraternal amistad, cuando en realidad se moriría de ganas por besarla cada vez que la tuviese cerca.

—Cuenta conmigo. —Estela se retiró, dándole la espalda, sintiendo los ojos de él clavados en su espalda. Aguardó a que la lágrima cayese, la retiró con disimulo y se giró. Le ofreció su mano—. No seré yo quien haga más difícil todo esto. ¿Amigos?

Y estrechando la mano y siendo consciente de lo que ese trato conllevaría,

Julián aceptó.

—Amigos.

Tras el acuerdo, llamaron a la puerta. Un empleado del hotel traía la maleta perdida de Estela. En un acto de cobardía, Julián aprovechó el momento para escabullirse de la habitación.

Estela quedó absorta, sumida en su pena. No solo no le pondría nombre a su supuesta relación, sino que desistiría de sus intentos. Debía continuar con su vida apartando de su mente cualquier atisbo de esperanza. Julián sí sentía algo por ella, al menos eso sí que había quedado claro. Pero no era suficiente, no, no lo era. Habían estrechado sus manos pronunciando la palabra más temida para ella: amigos.

Lejos de su casa y del granero al que tanto añoraba, el único consuelo que le quedó tras la marcha de Julián fue cobijarse en la soledad de la habitación y leer en aquella cama extraña. Nada que ver con la cama de paja y la lumbre natural de su particular rincón.

Se había marchado dando pasos indecisos, lentos, casi arrastrando los pies. Antes de cruzar el umbral, se giró y le dedicó un guiño. También una última sonrisa, pero una muy amarga que ni siquiera llegó más allá de la comisura de los labios, forzada y cargada de dolor, al igual que la sonrisa con la que ella le correspondió.

Cuando Julián cerró la puerta tras él, Estela borró de su cara aquella pantomima y lloró, pero fue un llanto muy distinto a los demás. Esas lágrimas serían las últimas que se permitiría derramar por un amor que resultaba imposible vivir. No apostaría más por él, ahora su única opción sería intentar ser feliz lejos de sus abrazos. Abrazos que apenas había podido disfrutar en un par de ocasiones. Por ese motivo, confiaba en que el anhelo fuese menor.

Debía visualizar ese momento y recordar cuán doloroso había sido cada vez que le dieran ganas de correr a buscarlo. Sí, utilizaría en su favor la negativa de Julián. Sus palabras habían sido sinceras, tenía miedo a lo que pudiera suceder después... En eso coincidían, aunque el después para Estela

ya había llegado. Su después comenzaba en ese instante, justo en el momento en que lo perdió de vista, cuando cruzó la puerta dando por zanjado el tema.

Lo peor para ella había sido su cara de compasión, de lástima. Solo le había faltado terminar la conversación con un «Siento mucho partir tu corazón y rechazarte una vez más, pero no me compensa el riesgo, como amiga me eres más útil».

Según ella, ese fue el mensaje que camufló, el que no tuvo las agallas de pronunciar.

Acabarían su viaje siendo amigos y continuarían con sus vidas en la granja siendo amigos.

No había otra opción.

Y llorando, leyendo y pensando, cayó en un sueño profundo que muy lejos de servirle como descanso, la sumió en una pesadilla que vaticinó que el tormento no acabaría tan fácil.

—¿Se acabó? —preguntó gritando Fernando—. ¿Es así como terminas con tu marido? ¿Me apartas de tu vida para siempre sin importarte nuestro hijo?

—No metas tú ahora a Julián, fuiste tú quien destruyó nuestro matrimonio, no voy a permitir que destruyas también mi vida, ¡no! —Eloísa rompió a llorar, pero sin venirse abajo. A Fernando no le serviría de mucho el chantaje emocional.

Tomás permanecía callado. Tenía que dejarles a ellos hablar, sin entrometerse.

—No sé qué cosas bonitas te ha prometido este bastardo, pero no voy a consentir que acabes con nuestro matrimonio así como así, mucho menos delante de tu amante.

¿Amante? Esa palabra retumbó en la cabeza de Eloísa. ¿Estaba Fernando en lo cierto? ¿Eran amantes? No, no lo eran, aunque...

—Déjanos solos Tomás —pidió Eloísa a punto de estallar.

Tomás la agarró del brazo y la apartó para que Fernando no lo oyera.

—Sé que no pinto nada, que debéis hablar a solas, pero no me iré tranquilo dejándote así, estás muy alterada. No me fío de él.

Acariciándole la cara, le suplicó cautela, ambos estaban muy enfadados y si se marchaba no podría hacer nada.

—Vete tranquilo, confía en mí.

Lanzándole antes una mirada inquisidora, Tomás tomó la esquina de regreso a su casa. No tenía elección. Después de todo, ellos estaban casados y debían arreglar sus asuntos. Apretó los dientes y con una preocupación desmesurada los dejó solos. Fernando pensó que, en parte, se había salido con la suya. Pero Eloísa no le permitió ni hablar siquiera. Su intención era despacharse a gusto, pero sin la presencia de Tomás, no pretendía humillarlo

más.

—Escúchame con atención porque no pienso volver a repetírtelo. —Lo apuntó con el dedo y se acercó—. Tú, desde el momento que te puse las maletas en la puerta, ya no tienes nada que ver conmigo. Tu hijo te quiere, y no pienso hacer nada para alejarte de él, todo lo contrario. Te pido encarecidamente que cumplas como padre y estés a la altura como tal. Ahora bien, en lo que a mí respecta, soy una mujer separada, joven y no tengo por qué darte explicaciones de con quién ando. Tomás es un hombre maravilloso al que estoy conociendo, y tú no eres nadie para insultarlo y mucho menos agredirlo. Gracias a él me siento valorada, protegida y amada. Si vuelves a actuar de este modo tan violento, juro que pediré una orden de alejamiento.

Fernando no salía de su asombro. Podría haberle contestado a cada frase, pero el aplomo y la seguridad de su mujer lo dejaron enmudecido. Se limitó a respirar de forma acelerada y a mantenerse callado, quieto. La perdía, para siempre. Eloísa había cambiado, esta vez no sentía compasión por él, como tantas otras en las que tras suplicarle perdón y prometerle un cambio, ella había cedido.

Quedó absorto, deslumbrado con su belleza. A pesar de estar enfurecida, algo había cambiado en ella, un halo de felicidad, de brillo en su mirada. ¿El culpable? Por mucho que le doliese reconocerlo, sí, era él, el veterinario.

—Está bien, tú ganas. Sed felices.

Eloísa miró perpleja a Fernando. Por fin cedía. No sabía si sentir alivio o desconfiar. Quería creer en su arrepentimiento, lo necesitaba. Deseaba pensar que aún quedaba algo de aquel buen hombre con el que se había casado y con el que había formado una familia. Fue a estrecharle la mano en señal de despedida y de tregua, cuando vio a dos hombres que se acercaban tras él. Y no eran amigos; por desgracia, reconocía a los hombres con malas intenciones a la legua.

Fernando estaba tan sumergido en su derrota que no prestó atención al pavor que Eloísa mostraba en su rostro. No fue hasta que oyó las voces de los recién llegados, que supo que no estaban solos. Se trataba de dos matones,

uno de ellos con el pelo largo recogido en una coleta y el otro con la cabeza rapada.

—Por fin encontramos al escurridizo de Fernando... —se burló amenazante el de la coleta.

El otro lo agarró del hombro con brusquedad, y Eloísa empalideció. Sabía que nada bueno podía suceder.

—Márchate ahora mismo, Eloísa —ordenó Fernando intentando mantener la calma. Quería ponerla a salvo.

—No pienso dejarte solo —afirmó valiente.

Los dos hombres se miraron con una sonrisa socarrona, y el de la coleta, de una sola zancada, se colocó junto a Eloísa, amenazante.

—Por supuesto que no, de aquí no se mueve nadie.

Ni un transeúnte por ningún lado. Aquella esquina parecía estar destinada para los encuentros violentos. Minutos antes, la pelea entre Tomás y Fernando. Ahora... Eloísa no quería ni pensarlo.

—Dejadla marchar, las cuentas pendientes las tenéis conmigo, no con ella.

De nuevo, los hombres emitieron carcajadas, divirtiéndose ante la situación.

—Dejadnos en paz, o llamo de inmediato a la policía —amenazó Eloísa asustada. No permitiría que le hicieran daño al padre de su hijo.

Fernando, al intentar zafarse de las garras del hombre rapado, recibió un puñetazo a la altura del estómago y cayó al suelo en posición fetal.

—¡No! Valientes hijos de puta —los insultó Eloísa acudiendo a Fernando—. Sois dos contra uno, desgraciados.

—¡Cállate, zorra! —El matón de la coleta la agarró del pelo y la arrastró hasta alejarla de Fernando, que continuaba en el suelo. La rudeza del tirón le causó tal dolor que no opuso resistencia.

—¡No la toquéis! ¡Por favor! —suplicó Fernando intentando levantarse para proteger a Eloísa.

—Tú te vienes con nosotros —sentenció el rapado dándole una patada en



el pecho para que no se levantara—. Hay alguien interesado en verte la cara, así que te llevamos de paseo. A ver si aprendes que las deudas se pagan.

Eloísa no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

Temía por la vida de Fernando, pero no podía hacer nada, solo ganar tiempo, rezar para que alguien acudiera en su ayuda.

Cuánta desgracia había recaído sobre sus vidas por las deudas y la enfermedad de su marido, cuánta violencia.

No quería ese tipo de peligros cerca de su hijo, no, no lo soportaría.

—¡Por favor! Encontraremos el dinero, pero dejadle, necesitamos una oportunidad. Díganle a su jefe, o a quien quiera que os haya ordenado esto, que tendrá su dinero, pero no así. Os lo suplico.

Para hacerla callar, le dieron tal bofetada a Eloísa que perdió el equilibrio y cayó al suelo con un hilillo de sangre por la nariz. Fernando, al verla sangrar, entró en cólera, se levantó y agarró del cuello al causante del estado de su mujer. Pero fue inútil, porque el compañero lo apartó y volvió a golpearlo en el estómago.

Cuando los desalmados se disponían a llevarse a Fernando, justo dos coches de policía anunciaban su llegada con las sirenas. Entonces, Eloísa suspiró.

El giro que habían dado los acontecimientos tenían a Tomás desconcertado. Aquella escena era de lo más surrealista, pero por su condición de buen hombre, no pudo hacer otra cosa que abrirle las puertas de su casa a Fernando, a pesar de todo cuánto los separaba.

Tras las declaraciones policiales, se refugiaron en casa del veterinario, y este se dedicó a preparar infusiones de tila mientras Eloísa y Fernando se abrazaban en el sofá, en su propio sofá.

Aunque no había por qué alarmarse, era evidente que aquella muestra de cariño no escondía detrás otra cosa que alivio por haber salvado sus vidas, al menos, por parte de Eloísa.

—Jamás me he alegrado tanto de no tener cerca a Julián, gracias a Dios que está en Barcelona. —Eloísa le mantuvo la mirada a Fernando—. ¿Hasta cuándo tendremos que vivir con miedo?

Al parecer, tras calmarse y desahogarse, había llegado el tiempo para los reproches.

—No sé qué demonios hacer, la policía está al tanto. Esos mafiosos prestamistas saben muy bien lo que hacen y cómo lo hacen. Acabaran cobrando su deuda, o...

Fernando agachó la cabeza, luego se puso de pie y se alejó del sofá y de Eloísa. Ella lo siguió con la mirada, reflejando el pánico y el miedo que había despertado en ella aquella afirmación.

—¿O qué?

Fernando permaneció callado. Tomás llegó al salón con la bandeja y las tazas. Había oído toda la conversación desde la cocina.

—¡Habla, maldita sea! —insistió fuera de sí Eloísa.

Tomás soltó la bandeja, se sentó y la abrazó. Ella hundió la cara en su pecho. Fernando se tensó, pero tuvo que callar.

—¿Qué puedo hacer? No tengo dinero, no tengo medios para saldar mi deuda... Julián deber permanecer en Barcelona, no lo quiero cerca de nosotros, corre peligro y si le pasa algo, juro que me quito la vida... — Rompió a llorar como un niño pequeño intentando ganarse la compasión de la pareja que derrochaba complicidad.

—Si por tu culpa le sucede algo malo a nuestro hijo, la que te quitará vida seré yo, con mis propias manos. —Ella hablaba muy en serio, y él lo sabía. Se le secó la garganta.

—Yo tal vez pueda... —intervino Tomás, pero ella lo interrumpió.

—Tú no te metas, bastante has hecho. De no ser porque avisaste a la policía, tal vez estaríamos en el tanatorio. No quiero involucrarte en esto, mi amor, no quiero.

Fernando apretó los puños y los dientes y salió de la casa hecho una furia,

dando un fuerte portazo. Le quemaba las entrañas escuchar a su mujer, a su Eloísa llamar “mi amor” a su ex amigo. No, preferiría presentarse ante los matones sin un euro, antes que ser testigo de tantas muestras de cariño. Le resultaba insoportable, humillante, hiriente... Se lo tuviese merecido o no, él aún la amaba y no estaba dispuesto a presenciarlo más.

Nadie hizo nada por impedir que se marchara.

—Por favor, Tomás, agradezco tu ofrecimiento, pero ya sabes lo que opino al respecto. Jamás aceptaré tu ayuda económica, jamás —sentenció Eloísa de camino a la ventana para comprobar hacia dónde iba Fernando.

—¿Ni aunque la vida de tu hijo corra peligro?

Había usado un golpe bajo, Tomás era consciente de ello, pero sabía que sería la única forma de hacerla reaccionar.

—No. —Se derrumbó en el suelo, de rodillas, y se cubrió la cara. Las lágrimas brotaron abundantes de sus ojos—. Mi hijo no, no lo soportaría...

—¿Me vas a contar qué ha ocurrido entre tú y Estela? Apenas me ha dejado preguntarle nada.

Eloísa ayudaba a su hijo a deshacer la maleta. Le pareció muy frío el comportamiento de Estela y quería averiguar el motivo por el cual, tal y como se bajó del coche de Eloísa, corrió hacia su casa. Era lógico pensar que tras una semana de viaje, lo primero era acudir en busca de sus padres para abrazarlos. Pero durante el trayecto desde el instituto hasta casa, los jóvenes no se habían dirigido la palabra, ni siquiera para discutir.

—Todo está bien, mamá, a Estela ni caso, es muy dramática.

—No me vas a contar nada, ya veo. Solo espero que no haya sido algo que no tenga solución.

Asumiendo el fracaso de no haber sido capaz de sonsacarle información, le dio un beso en la frente y, cargando la ropa para la colada, dejó a su hijo solo en la habitación.

Tampoco ella estaba preparada para confesar todo lo que había acontecido durante su ausencia. El acercamiento con Tomás había ido a pasos agigantados. Ya sí que no había marcha atrás, porque la había tratado de una manera tan tierna y protectora que no quería ni pensar cómo se sentiría si se separaban. Tenía que contárselo, pero buscando la manera adecuada. El tema de las amenazas y del ataque de los «conocidos» de Fernando tenía que afrontarlo también.

¿Cómo explicarle todo eso en una sola conversación? Conociendo a Julián, Eloísa temía que corriera a mitad de la explicación hasta su habitación para golpear la puerta con su pelotita. Y ella tendría que entenderlo.

Apenas había cesado de llorar esa misma mañana, consciente de que una vez que Julián volviera a casa, debía ser fuerte y no derrumbarse. Pero no

pensaba ocultarle nada, nunca más. Debía ponerlo al tanto del riesgo que corrían y de las amenazas a las que estaban expuestos, para ir con cuidado y ser precavidos. Pero esperaría a que al menos se duchara y se pusiera cómodo. Tomás trabajaba todo el día, y ella aprovecharía que estaría a solas con su hijo para prevenirlo de la dura situación que debían afrontar. Pero por mucha serenidad de la que quisiera hacer uso, narrar el ataque de dos nuevos delincuentes por culpa de las deudas de su padre sería muy duro.

—Sírvete más, seguro que no has comido lo bastante bien durante el viaje —indicó a su hijo sin levantar la vista del plato.

—¿Y tú con el rubiales? Es raro que no esté merodeando por aquí. — Julián no intervino en mal tono, todo lo contrario. Una sonrisa picarona hizo relajarse a su madre, que pensaba que de nuevo iba a atacar a Tomás.

—Tenía mucho trabajo hoy. Pero se ha portado conmigo de una manera excepcional. He pasado un par de días en su casa y me ha ayudado bastante con...

—¿Ha dormido aquí? Dime que no ha dormido en tu cama, mamá. — Entonces sí se tensó, hasta el punto de interrumpirla.

—Hijo. —Suspiró y lo agarró de la mano sobre la mesa.

—Puedes acostarte con él, ya he entendido que es legal, pero no me mola la idea de saber que algún día, al otro lado de la pared, tú y él...

Eloísa, a pesar de entender a la perfección a su hijo, no pudo evitar ruborizarse. Estaban hablando sin tapujos.

—Te entiendo, pero no tienes de qué preocuparte, no te faltaría el respeto, hijo.

Julián se levantó, colocó su silla junto a la de su madre y le dio un fuerte abrazo. Sintió un amago de contarle el motivo del enfado de Estela, pero no, no lo hizo. El cupo de confidencias estaba cubierto. Eloísa, dichosa por el abrazo, se aferró a él, dándole repetidos besos en las mejillas.

—Odio ser hipócrita, así que no te voy a negar que no me hace dar saltos de alegría el que otro hombre te tenga como suya, y mucho menos me agrada la idea de pensar que pueda llegar a hacerte daño.

—Hijo, me conoces, eso de que me tome como suya..., ¿no te parece un poco excesivo? Nos estamos conociendo, nos gustamos, nos sentimos bien el uno con el otro.

—Venga ya, mamá. —Puso los ojos en blanco y volvió a colocarse en su sitio para continuar comiendo—. Paso de reproducir con palabras la cara de boba que pones cuando lo tienes cerca, paso. Pero te aseguro que el rubiales te come con la mirada, créeme, soy un tío y sé de lo que hablo. Eso sin mencionar que tiene una extraña obsesión por protegerte.

—Quizás tengas razón, pero si nuestro acercamiento hubiese tenido lugar en otras circunstancias, todo sería distinto. Da la casualidad de que estoy pasando por la peor etapa de mi vida hasta ahora, la más surrealista y peligrosa al mismo tiempo. No ha tenido otra opción que colocarse la capa de súper héroe.

—Lo dices por lo de papá.

—Escúchame con atención, hijo, tengo que ponerte al tanto de todo lo ocurrido esta semana. Es necesario, por duro que me resulte recrear la escena.

Madre e hijo conversaron largo y tendido. Dos golpes en la mesa por parte del joven, algunas lágrimas derramadas por una madre preocupada y dos platos ya enfriados. Después de todo, ¿quién podría tener apetito ante una situación así?

Mientras en la casa de la granja, madre e hijo se tomaban el tiempo necesario para asimilar las malas noticias y para recuperar el tiempo que no habían pasado juntos durante la semana que estuvo Julián en Barcelona, Tomás, tras un duro día de trabajo, regresaba a su casa.

Como solía sucederle cuando no estaba junto a Eloísa, contuvo las ganas de correr a su lado y comprobar que estaba bien. Pero aquel era el día del regreso de Julián, y necesitaban estar a solas.

Muy cansado física y mentalmente, aparcó el coche frente a su puerta y sacó las llaves de la cancela para entrar. Era bastante tarde, ya había

anochecido. Al girar la llave, una tos intencionada llamó su atención.

Todavía de espaldas, miró por encima de su hombro. Un hombre y un olor a humo le advirtieron que no estaba solo.

—Buenas noches.

Era lo último que necesitaba. El día había sido duro, demasiado. Una conversación con Fernando no podía significar otra cosa que una discusión.

Se dio la vuelta, se cruzó de brazos y resopló.

—Hoy no es un buen día, Fernando —le advirtió confiado en no alargar la charla.

—He asumido mi culpa, yo solito la he cagado —confesó pausado, dando una gran calada a su cigarro y expulsando el humo hacia arriba, admirando los dibujos que hacía en la oscuridad de la noche.

—El primer paso es asumirlo, me alegro por ti. Ahora, si me disculpas, he tenido un día muy duro.

—Un momento —lo interrumpió acercándose a él—. Lo que tengo que decirte es importante, no te robaré mucho tiempo. Después de todo, no es mucho en comparación con lo que tú me has robado a mí.

—No voy a entrar en tus provocaciones, Fernando, yo no te he robado nada. Si pretendes desafiarme, te advierto que no has elegido un buen momento. Si quieres hablar de algo, no me opondré. Pero ahora no, hazme caso. Es muy tarde, vete a casa.

—¡Ja! —Soltó una carcajada irónica—. ¿Qué casa? Paso las noches en una pensión asquerosa. Aunque será por poco tiempo, en cuanto se me agote la calderilla que tengo.

—Tenía entendido que un familiar te había dado asilo. —Tomás no se alegraba en absoluto de la situación precaria de Fernando, a pesar de ser el causante de sus problemas.

—La gente es generosa un día, dos, tres a lo sumo. De todo se acaban cansando.

—¿Y qué pretendes? ¿Acaso quieres que te permita dormir en casa?

—Seré un puto enfermo de las máquinas, pero aún conservo un mínimo de dignidad —reprochó molesto Fernando ante el sarcasmo del veterinario.

—Pero no conservas lo principal.

—No te atrevas a darme lecciones de vida —lo amenazó, tirando la colilla y pisoteándola—. Has cambiado mucho, antes eras un hombre bastante solitario.

—Eso era antes de encontrar a la mujer de mi vida.

—Eres un sucio bastardo. Te abrí las puertas de mi casa, te di trabajo en mi granja. ¿Desde cuándo rondabas tras ella? ¿Desde cuándo esperabas a que yo tropezase? Solo aguardabas el momento, como un carroñero que vigila cuándo su presa muere...

Apretando los dientes e intentando no perder del todo el control, Tomás agarró del cuello a Fernando y le habló frente con frente. Olía, además de a tabaco, a alcohol.

—Es cierto que llevo años enamorado de Eloísa, pero no he dado ni un solo paso hasta que tú has estado fuera de su mente y de su corazón. Me importa un carajo lo que pienses, eres basura por todo el daño que le estás causando a tu familia. Digas lo que digas y hagas lo que hagas, no vas a impedir que yo ame y proteja a Eloísa de ti y de tus malas compañías. Dale gracias a Julián, porque de no ser por él ya te habría partido la cara. Y ahora lárgate. —Le soltó el cuello y caminó dos pasos hacia la puerta con la intención de entrar en su casa y dar por terminada la discusión—. Como ya te advertí, hoy no es un buen día.



Julián no podía apartarse de la ventana de su habitación. Suponía que en medio de aquella oscuridad de la noche, la silueta de Estela aparecería en cualquier momento, de camino al granero. Fue entonces, mientras aguardaba, que recordó escenas de su niñez junto a sus padres. Habían sido tan felices que le resultaba casi imposible recordar en qué momento comenzaron a torcerse las cosas. No quería ver sufrir más a su madre. A su padre tampoco, pero según los acontecimientos, era el único culpable de tanta desgracia en aquel que, no hacía mucho, era un verdadero hogar. Tuvo intención de irse a la cama, también de bajar a la cocina y tomar algo, pero un sentimiento de impaciencia e inquietud albergaba en él lo suficiente como para retenerlo atento con la cabeza apoyada sobre el cristal.

Le resultaba extraño que, siendo su primera noche de regreso, Estela no hubiese acudido a la soledad del granero para leer como cada noche. Tal vez se sentía mal, y ese era su temor, del cual se sentía culpable.

No sin esfuerzo, abandonó su angustiada vigilancia para sentarse en el puf y lanzar la pelota un rato. En una de las veces que la recogió al rebotar, la apretó con fuerza y pensó que, a pesar de servirle como alivio de sus tensiones, esa actividad era demasiado infantil y cobarde. Debía afrontar sus preocupaciones, resolver sus problemas. Lanzar pelotas como un niño de primaria, de repente, se le antojó vergonzoso.

Se puso en pie y retiró el puf hasta la esquina de la habitación para evitar el volver a la práctica, y regresó a la ventana. Pero de nuevo sintió decepción, ya que el granero continuaba a oscuras.

Estela leía en su cama, en su habitación. No se concentraba en la lectura, cosa rara en ella. Había añorado con todo su ser pasar un rato en el granero, ese que tanto añoró durante su estancia en Barcelona, pero la idea de

encontrarse con Julián le había bastado para quedarse en casa. ¿Cobardía? Sí, reconoció que así era. Pero le dolía tanto en el pecho aún y había deseado tanto que el final del viaje llegara, que lo último que quería era volver a estar cerca de él. ¿Cuándo dejaría de doler? ¿Cuándo terminaría el capítulo final de esa historia que la hacía sentirse tan vulnerable y dañada? Su refugio, para empeorar la situación, era propiedad del culpable de su sufrimiento. Así que renunciaría a él, al igual que lo estaba haciendo con Julián. Insistió en concentrarse en la lectura, pero no le funcionó. Pero no por no centrarse en el argumento, sino porque leer un diálogo entre dos enamorados ahondaba en la herida, que era más reciente de lo que deseaba. Se trataba de una historia de amor protagonizada por dos valientes, no como ellos.

«—Lucharé contra viento y marea por nuestro amor.

—No lo harás solo, contigo lucharé yo».

Sintiendo unos celos incontrolables por unos personajes ficticios, cerró sin cuidado el libro y, apretando los dientes y sollozando, lo arrojó contra la pared. Se tapó la cabeza con la almohada, ahogando un llanto fuerte y desgarrador. Cuando consiguió calmarse, saltó de la cama con la intención de comprobar en qué estado se encontraba su libro. Todavía no podía creer que había hecho tal cosa. Se lamentó cuando comprobó que había dañado la cubierta, arrugando dos de sus esquinas. Entonces pensó que no debía actuar en un impulso porque las consecuencias podían ser irreparables.

Sustituyó el libro por su ordenador portátil, con la idea de encontrar algún tipo de evasión, pero nada, no hubo manera. Fue entonces cuando tomó la decisión de ir un rato al granero asumiendo las posibles consecuencias. Aunque se negara a reconocerlo, con tal de tenerlo cerca, soportaría el escozor de la herida.

Caminaba por la oscuridad de la noche, sin querer levantar la vista del suelo, abrazada a su libro, el mismo que lanzó contra la pared. Pensaba retomar la lectura, confiando en que la escena en la que los enamorados se juraban amor hasta el final hubiese terminado. Ojalá pudiese entrar para gritarles a la cara que no fuesen estúpidos, que el amor pocas veces tenía un

final feliz.

A tientas, sin ver nada, localizó el quinqué que guardaba para sus momentos de relax y lo encendió. El granero contaba con un fluorescente eléctrico, pero ella prefería la intimidad de la luz tenue.

Cuando dio dos pasos para tumbarse sobre su montón favorito de heno, dio un respingo y su libro cayó al suelo. Un cuerpo yacía sobre él, y ella no lo esperaba.

—¡Julián! ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí? —reclamó palpándose el corazón e intentando recuperar el aliento, el susto había sido tremendo.

Él permaneció callado, cambió de postura, se sentó y apoyó los brazos sobre sus rodillas. Ladeó la cabeza y esbozó media sonrisa. Estela se aferraba a su libro, entornando los ojos ante la expresión de Julián.

«¿Por qué tiene que ser tan condenadamente guapo? ¿Está aquí por mí?».

Por unos segundos, no supo qué hacer. Regresar a su casa, no, aunque sí quería fingir un disgusto que en realidad no sentía. En silencio agradeció que estuviese allí.

—Estaba preocupado por ti, mucho.

—Sí, claro... —bufó ella poniendo los ojos en blanco y sin saber dónde dirigirse aún. Le parecía muy brusco sentarse junto a él, pese a que se moría de ganas.

—Mi madre me ha preguntado qué demonios te ocurre. Durante todo el camino permaneciste callada y cuando llegamos corríste hasta tu casa.

—¿Y qué querías que hiciera? —le preguntó furiosa, dándole la espalda.

—Pues que disimularas un poquito, porque luego me molesta con preguntas inoportunas a las cuáles no sé qué contestar.

«Pero ¿cómo puede pedirme que disimule mi enfado frente a su madre? ¿No se da cuenta de que casi no puedo ni respirar cuando le tengo cerca por las ganas que siento de lanzarme en sus brazos?».

—¡Eres un cretino y un estúpido!

—¿Qué te pasa? —Se acercó hasta ella y le agarró por la cintura, desde atrás. Ella dio un paso adelante para evitar el contacto, pero se giró para encararlo.

—Nada, no pasa nada. Solo que los amigos de vez en cuando, discuten y se insultan. Y... eso es lo que somos, ¿no? Amigos.

Julián sabía qué le ocurría, claro que lo sabía. No era tonto. Ella no iba a respetar el trato de ser amigos y llevarse bien, pero no podía culparla. Él mismo, por el mismo motivo, había decidido bajar y esperarla en el granero, en lugar de aguantarse las ganas de verla en su habitación. Tan culpable era él como ella.

—Estela, sé que acordamos una cosa en Barcelona, yo mismo lo propuse. —Se meció el pelo, avanzando hasta ella—. Pero no estoy seguro de que haya sido buena idea. Vivimos muy cerca el uno del otro, vamos al mismo instituto. Bueno, cuando regresemos en septiembre, tras las vacaciones. Estamos acostumbrados a vernos a diario y ambos sabemos que después de nuestro acercamiento... —Le quitó el libro, lo lanzó sobre el heno, para conseguir un espacio libre entre ambos—. Ya he probado de tus labios, ya sé lo que se siente al intentar permanecer separado de ti, y créeme, es inviable que consigamos nada.

Sin dar crédito a tal confesión, Estela notó cómo el cuerpo se le deshacía. Notó cómo se le aceleraba el pulso, un temblor se apoderó de ella. Cerró los ojos, presa del miedo. Miedo a sufrir, miedo a que la besara y la hiciera suya, para un día después volver a apartarla de su vida con la excusa de evitar el sufrimiento. Pero su cuerpo no respondía, se sentía gelatina, un ser sin voluntad, a pesar de que aún no la estaba ni siquiera rozando. Si se acercaba un paso más, estaba perdida.

Y se perdió.

Julián la agarró por la cintura y la atrajo hacia él. Julián vestía una camisa vaquera y un pantalón corto. Estela, un fino pantalón de algodón que usaba para dormir y una camiseta de tirantes. Pero, sin explicación alguna, cada uno sintió el contacto de la piel del otro, como una especie de electricidad

incontrolable.

Ella era incapaz de abrir los ojos, se limitaba a intentar no desmayarse. Él no cesaba de contemplar su rostro, sus labios entreabiertos intentando controlar la agitada respiración. Con una mano sujetaba su cintura, por si intentaba escapar, con la otra acarició su pelo, haciendo un pausado recorrido por su sien, su mejilla, y acabó acunando su barbilla, la cual alzó para que su boca quedara a su alcance.

Y no pidió permiso. No lo creyó necesario. Cerrando él también los ojos por fin, invadió su boca con toda la lentitud que fue capaz, para saborearla, para no asustarla, o tal vez porque su corazón así se lo pedía.

Ella respondió tragándose sus miedos y succionando sus labios, siendo consciente de que estaba besando de nuevo al hombre de sus sueños. Consiguió mover las articulaciones de sus brazos y le rodeó el cuello, incluso se alzó un poco poniéndose de puntillas, presionando su cuerpo contra el de él. Y gimieron, se devoraron con sus labios, con sus lenguas, llegando incluso a chocar los dientes.

«Ahora mismo soy la envidia de cualquiera de los protagonistas de mis libros».

Casi sin atreverse, Estela abrió los ojos, para encontrarse con un Julián que nada tenía que ver con el que siempre ponía impedimentos, el que siempre argumentaba un motivo para no dar un paso hacia adelante, sino dos hacia atrás.

Y había sido él el primero en dar el paso. Ella no había buscado aquello, aunque sería una mentirosa si dijese que no lo deseaba con todo su ser. Él, él sí había provocado el encuentro, aguardando oculto en la oscuridad y sorprendiéndola. Y también él se había acercado y la había agarrado de la cintura para luego besarla. No podía creerlo.

Los abrazos, guiados por ese beso desenfrenado, estaban perdiendo la inocencia, se transformaban en apasionados y hambrientos, deseosos de palpar hasta el último resquicio de sus cuerpos carentes de madurez pero, al mismo tiempo, sobrantes de sensaciones y ganas de experimentar. No había

modo de frenarlos, aunque ninguno tenía intención de dar marcha atrás. Estaban siendo fieles a sus instintos, a sus deseos, a sus sentimientos, cayendo en la lujuria más placentera que imaginaran jamás.

—Julián, prométeme que esta vez no huirás. —Tan solo separó sus labios justo el tiempo que necesitó para pronunciar aquellas palabras, para suplicarle.

El beso los empujaba a la más absoluta inconsciencia., Julián se separó dejándola exhausta, agarró el filo de la camiseta de ella con ambas manos y tiró hacia arriba con la ayuda de Estela, que alzó los brazos jadeando. Luego ella, algo más desinhibida, imitó su gesto; deshaciéndose de la camisa vaquera de Julián, sintió un escalofrío indescriptible cuando de nuevo sus cuerpos se juntaron, esta vez desnudos.

Estela esperaba una respuesta por parte de Julián, pero no sentía angustia. Él daba claras evidencias de lo sumergido y entregado que estaba. No había duda, no huiría, al menos no esa noche.

Esta vez fue ella quien se separó un instante. Clavando sus ojos en los de él, posó sus manos sobre el pecho de Julián y presionó indicándole que se tumbara sobre el heno. Ella avanzaba al mismo tiempo que lo empujaba, despacio, casi en una danza. Y sin romper el vínculo de sus miradas, como sincronizados, se tumbaron, cayendo ella encima de él y continuaron la danza más pura y placentera que ambos pudieran desear.

A Eloísa la noche se le vino encima, rodeada de papeles, haciendo cuentas que no tenían solución. Números rojos, deudas, problemas... Justo cuando se había tumbado en el sofá para intentar desconectar unos minutos, frustrada por la que se le venía encima si quería afrontar todos los gastos de la casa y de la granja, su hijo bajó las escaleras. Pensó que estaba dormida y, sin despedirse, salió de la casa.

Eloísa aguardó un instante y se asomó discreta por la ventana. Julián iba al granero, seguro para encontrarse con Estela. Eso la alegró. Sabía que algo feo les había ocurrido en Barcelona, y fuera lo que fuese deseaba que lo solucionaran.

Regresó a su ardua tarea, sin dejar de añorar a Tomás. ¿Por qué no la había llamado? ¿Estaría todavía trabajando?

Agarró su móvil y lo llamó. Escuchar su voz la tranquilizaría.

—Hola, Elo, ¿todavía sigues despierta? —La voz de Tomás sonaba apagada, triste.

—Estaba intentando poner en orden algunos documentos. Estás muy cansado, ¿verdad? Imagino que has tenido un día duro de trabajo.

Estaba en lo cierto, su día había sido agotador. Se le había complicado el parto de una yegua y, a pesar de haber nacido con vida, el potrillo no estaba del todo bien. Por muchos años de experiencia en la profesión, Tomás siempre sufría ante situaciones así.

Lo cierto era que Fernando no había elegido un buen momento para ir a reprocharle nada. Al encontrarse vulnerable por el estado del potrillo, tal vez, sus acusaciones, infundadas o no, habían puesto en duda sus convicciones. ¿Y si él, sin llegar a justificar su problema con el juego, estuviese en lo cierto? ¿Se había él interpuesto entre un matrimonio que, tal vez, podía recomponerse? Un remolino de dudas, de miedos y de mala conciencia se

debatía en la mente de Tomás. Fernando se había salido con la suya.

—Sí, la vida de un potrillo recién nacido corre peligro. Hice todo lo que pude, mañana volveré a visitarlo. Espero encontrarlo con vida.

—Oh, cariño, ya verás que sí. De todos modos, si no lo consigue, no te angusties, no siempre depende de tu buen hacer. —Intentó consolarlo deseando estar en sus brazos.

—Supongo... —contestó escueto.

—Tomás, hay algo más, cuéntamelo.

—Mañana hablaremos, preciosa, ahora solo necesito descansar. —Él también la necesitaba cerca, pero no quería enfrentar el tema de Fernando.

—Sí, claro, descansa —le deseó algo decepcionada por la apatía de Tomás.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

El sol se coló por la ventana de Julián y lo despertó. Se frotó los ojos y recordó la maravillosa noche anterior. La espera a oscuras en el granero había merecido la pena. Ahora sí que no podría borrarla de su mente.

Se le habían pegado las sábanas. Saltó de la cama, aquel sería un gran día.

—Buenos días, hijo, espero que no te pases todas las mañanas dormitando, aquí hay mucho trabajo que hacer. —Eloísa lo regañó sin prestarle atención, estaba preparando el desayuno.

—¡Buenos días! —Estela apareció en la cocina, risueña y feliz. Estalló en una carcajada al ver las pintas de Julián.

—Hola, Estela, buenos días, ¿a qué se debe tanta alegría? —Se volvió para mirar a su hijo, que se encontraba apoyado en la encimera en calzoncillos—. ¡Julián!

—Las mujeres sois unas histéricas por naturaleza, ¿qué tiene de malo que me guste ir cómodo por casa? Apenas me estoy despabilando ahora, dadme un respiro.



Estela suspiró, se sonrojó e, intentando recomponerse, corrió para abrazar a Eloísa.

—Pero bueno, ¿qué ocurre aquí? Ya decía yo que algo os sucedía. Ayer ni siquiera viniste a saludarme ni a contarme qué tal el viaje. Parece ser que anoche arreglasteis vuestras diferencias. —Eloísa estrechó con fuerza a la joven.

Estela no supo qué contestar. Simplemente sonrió, no podía hacer otra cosa.

Julián le dedicó una mirada que la convirtió en gelatina. Pícaro, sensual, lujurioso. Ambos permanecieron unidos por aquella conexión visual, olvidándose del resto del mundo. Eloísa observó a su hijo y luego a Estela. No necesitó preguntar de qué forma habían firmado la paz.

—¿Te quedas a desayunar con nosotros? —preguntó Julián a Estela.

—Si no te vistes, no—sentenció su madre intentando mostrar seriedad, cuando en realidad, la situación la enternecía.

—Está bien, ¿subes? —la invitó a acompañarlo, ladeando la cabeza y ofreciéndole su mano, pero de un manotazo Eloísa se interpuso.

—No, ella me ayudará con el desayuno. ¡Os advierto que voy a trazar una línea imaginaria que no podréis franquear! —Estuvo a punto de esbozar una sonrisa, pero se contuvo, tenía que hacerse respetar.

—Claro, Julián, sube tú, yo te espero el tiempo que haga falta. —Y suspiró.

—Creo que no necesitaremos azúcar para el café —bromeó Eloísa, pero nadie la escuchó, los jóvenes solo tenían ojos y oídos el uno para el otro.

Cinco minutos más tarde, durante los cuales Estela relató a Eloísa detalles del viaje a Barcelona, bajó Julián con una camiseta y un pantalón corto. Su madre, sintió compasión por los jóvenes, ya que se comían con la mirada.

—Ahora que recuerdo, le prometí a tu madre que iría a ayudarla con... con..., bueno, ahora vuelvo. Os dejo a-quí-en-la-co-ci-na. ¿Entendido?

—Mamá... —Julián puso los ojos en blanco, algo avergonzado por la

actitud de su madre.

—No se fía de mí —bromeó refiriéndose a la advertencia de su madre—. No sé qué le hace pensar que pueda hacer algo inmoral. Yo sería incapaz.

—¿Ah, sí? —Estela no pudo ocultar su decepción, esperaba alguna muestra de cariño.

—A menos que la que tome la iniciativa seas tú. Tratándose de ti, mama no se enfadara tanto. —Continuó la broma divertido, atrayéndola hasta quedar abrazados. La besó en la frente, y ella se contrajo de ternura.

—No pienso tomar la iniciativa, para según qué cosas soy muy tradicional —contestó melosa.

—Ya me di cuenta ayer.

A Estela aquello le sentó como un jarro de agua fría, como un ataque. Retrocedió un paso, no quería estropear su primera mañana especial, pero sabía a qué se refería. No tardó en contestar.

—El motivo por el cual ayer no pude acabar lo que empezamos, no fue por tradición, fue por miedo.

—¡Eh! Alto ahí, no me refería a eso, Estela, sé que nuestra primera vez...

Julián se sentía ridículo, no quería parecer tan ñoño. Se sacudió el pelo, anduvo nervioso por la cocina y al girarse comprobó que Estela estaba triste. De una zancada, se aferró a ella y le acunó la cara, acariciándole las mejillas. Sintió la necesidad de sacarla de su error sin caer en la pedantería.

—Escúchame bien, eso de llorar por mi falta de delicadeza se acabó, no pienso permitirlo. —Lo miró con dulzura, avergonzada por mostrar su vulnerabilidad—. Lo de anoche fue más de lo que deseo desde hace semanas, no necesitamos culminar así a la ligera para demostrar nada. Jamás olvidaré la manera en la que nos tocamos, no lo fastidiemos, por favor. Esta vez no quiero cagarla.

Estela no podía creer el cambio, Julián era un romántico después de todo.

Dibujó una sonrisa y, a pesar de la emoción por la confesión del que pensaba que era el protagonista de su propia novela, se aguantó las lágrimas

para no arriesgarse.

No quería llorar más y cortarle el rollo a su chico.

—Yo también pienso que fue más que genial, más de lo nunca deseé.

—No te imaginas lo palote que me levanté esta mañana y en cuanto recordé lo nuestro sobre la paja... Casi me revientan los calzoncillos.

Estela se tapó la boca, impresionada por tal ataque de sinceridad.

—¡Julián! —Se ruborizó y le golpeó divertida el hombro. Luego intentó escapar de él, se estaba restregando y la dureza de su «palote» en cierta parte le parecía demasiado. Julián no pudo aguantar la risa. La inocencia de ella le encantaba.

—Escúchame —le susurró cuando la atrapó de nuevo—, será cuando tenga que ser y será donde tenga que...

—De eso ni hablar, será en nuestro granero —sentenció ella robándole un beso.

Cuando estaban de lo más acaramelados, llamaron a la puerta.

—A partir de ahora procuraré no interrumpir a mamá, parece que está vengándose.

Julián corrió a abrir, pero no era su madre, se trataba de Tomás. Ambos se estrecharon las manos y se dieron un abrazo. A Tomás le agradó mucho encontrarse con el muchacho.

—Hola, Julián, ¿qué tal tu viaje a Barcelona? —le preguntó mientras se adentraban en la cocina.

—Podría haber aprovechado más el tiempo... —contestó guiñándole un ojo a Estela, que servía café para disimular.

—Íbamos a desayunar, Tomás, ¿quieres?

—Gracias, Estela, un café, si no es molestia. ¿Y tú, qué tal en Barcelona?

—Podría haber aprovechado más el tiempo —copió Estela la respuesta.

Los jóvenes rieron a carcajadas, pero Tomás no entendió nada.

—¿Y tu madre? —preguntó sentándose en la barra americana y cogiendo

su vaso de café recién servido.

—Está en casa de Estela, espera un momento que le aviso. Se ha ido para dejarnos a solas.

—¡Julián! —lo regañó Estela, sintiendo vergüenza.

—Ahora entiendo lo de Barcelona —aclaró Tomás negando con la cabeza y sonriendo, aunque no traía buen semblante. Julián salió de la casa en busca de su madre. En menos de un minuto estaba de vuelta, en compañía de Eloísa.

—Hola, Tomás —saludó ella, conteniendo el abrazo que necesitaba darle. Lo notó extraño.

—Ahora los que se van somos nosotros, mamá. —Se despidió con la mano, mientras con la otra arrastró a Estela escaleras arriba. No iba a desaprovechar la oportunidad de llevarla a su habitación ahora que su madre tenía asuntos más interesantes que tratar.

Pensaba regañar a su hijo, pero en lugar de hacerlo, se abalanzó sobre Tomás. Un día sin verlo le había parecido una eternidad. Tomás la apretó contra él, aspirando el aroma de su cabello.

—¿Cómo estás, Elo? ¿Está todo bien?—le susurró al oído.

—Ahora que te tengo así de cerca, mucho mejor. —Lo besó, saboreándolo y mordisqueándole los labios. Necesitaba de su sabor, de su esencia—. Y ahora cuéntame qué te ocurrió ayer, no me gustó el tono preocupado de tu voz anoche. Casi no he podido dormir.

Por la manera en que Tomás agachó la cabeza, ella supo que sus sospechas no eran infundadas.

—Fernando vino a mi casa —confesó guiándola hasta el sofá.

—Sabía que algo tenía que ver, siempre es él, todas las complicaciones son siempre por él. ¿Hasta cuándo va a seguir interfiriendo en nuestras vidas, Tomás? —espetó furiosa.

—No, no pasó nada. No tienes de qué preocuparte —mintió a medias.

—Me extraña que no pasara nada tratándose de Fernando. Algo debió

decirte para que ni siquiera me llamaras, para que nuestra conversación fuese tan breve y fría.

—Ayer tuve un día horrible.

—¡Tienes razón! —Se llevó las manos al pecho—. ¿El potrillo? Dime que ha sobrevivido.

—Sí —contestó feliz Tomás—, vengo de atenderlo a él y a su madre, sobrevivirá.

Eloísa lo abrazó, contenta por el pobre animal.

—Sabía que lo conseguirías, eres el mejor.

—No he sido yo, él ha sido un valiente. —De nuevo se mostró preocupado.

Eloísa le agarró la cara, obligándolo a mirarla. Sabía que había algo más en su encuentro con Fernando que lo había afectado.

No quería presionarlo, pero necesitaba saber qué le había dicho.

Estaba segura que alguna argucia para hacerle chantaje emocional. Ella había sufrido sus chantajes emocionales durante años y sabía de lo que era capaz su marido.

—No sé qué demonios te ha dicho el miserable de mi marido, pero sea lo que sea, aunque te niegues a contármelo, es mentira. No hay ningún motivo para que estés mal, triste, angustiado. Así que si no piensas decírmelo, al menos cambia tu estado de ánimo. Te amo, te quiero, te adoro y te necesito, y vamos a luchar contra viento y marea para permanecer juntos.

Tomás asentía con la cabeza, pero sin pronunciar palabra. Su silencio casi le hiela la sangre a Eloísa.

—¿Acaso no piensas lo mismo, Tomás? —preguntó temerosa.

—Tengo que volver a trabajar. —Y tras darle un beso en la mejilla, se levantó del sofá, dejando a Eloísa con el alma rota.

Cuando tenía en la mano la maneta de la puerta, Eloísa se interpuso. Apoyó la espalda en la puerta, con el ceño fruncido y el corazón latiéndole con fuerza.

—Tomás, si no eres sincero conmigo, no puedo hacer nada al respecto, pero una cosa sí he de decirte.

—Eloísa...

—No, déjame terminar. —Inspiró cerrando los ojos para armarse de valor para lo que le tenía que advertir—. Mi vida durante los últimos años ha sido un continuo sufrimiento. Tal y como te narré cuando dimos el primer paso, mi día a día seguirá siendo complicado por un tiempo, al menos hasta que cierre un capítulo que puede que arrase con todo. Mi estado emocional, la felicidad de mi hijo y mis bienes tambalean por circunstancias que poco tienen que ver con mi voluntad.

—No sigas...

—Hasta ahora, me he limitado a recibir los golpes que esta vida injusta ha querido darme, pero a partir de ahora pienso actuar de otra forma. Voy a tomar las riendas de mi vida y de lo que queda de mi familia. Pensé que contaba con tu mano, con tu compañía.

—No hables en pasado.

—Después de actitud no sé qué pensar.

—No quiero hacerte daño. —Golpeó la puerta, cerca de su hombro. Ella ni se inmutó.

—Te lo voy a transmitir con toda la sinceridad que soy capaz, tal y como hice cuando hablamos por primera vez de esto. Te advertí que esto podía suceder, que las cosas se podrían poner feas, que yo no estaba en condiciones de comenzar nada. Confié en ti, me enamoré hasta la médula, me lancé al vacío y aposté por lo nuestro. Y no te lo echo en cara, porque al día de hoy creo que es la decisión más acertada que he tomado en mucho tiempo. Ahora bien, tú eliges, tú decides si ayudarme a tirar del carro, cosa que no tienes por qué hacer, o bien puedes salir por esa puerta y no volver nunca más. Yo estoy dispuesta a luchar, a quererte y entregarme al cien por ciento. Pero no pienso dejarme arrastrar por una relación en la que solo creeré yo. No lo soportaría, no lo merezco.

—Me reprochas que no vaya a luchar cuando tú misma, por un día de

inseguridad, me estás dando un ultimátum.

Se clavaron las miradas, duras, intransigentes.

—No te estoy poniendo entre la espada y la pared, solo te pido que no juegues conmigo. Para que te hagas una pequeña idea, mi integridad y mi autoestima están ahora mismo pendiendo de un hilo. No puedo arriesgar ese hilo porque en el momento que se rompa caeré en un pozo sin fondo del que no podré salir, y del que no podrá sacarme ni tú ni nadie.

—Ojalá todo fuese distinto —maldijo hundiendo su rostro en el cuello de ella.

—Pero no lo es, esta es la cruda realidad. No seré yo quien te arrastre conmigo.

—¿Me estás diciendo...?

—Aquí tienes la puerta, tú decides, ¿sales o permaneces dentro?

—Solo necesito pensar.

Eloísa se retiró, permitiéndole el paso. Tomás abrió la puerta, cabizbajo, dejando escapar un suspiro. Con un pie dentro y otro fuera, giró la cabeza, la miró apesadumbrado. Ella, con los ojos cargados de lágrimas, dibujó una sonrisa amarga, cargada de agonía.

—Tus necesidades son lo primero —le lanzó ella.

Se puso sus gafas de sol, tal vez con la intención de ocultar sus ojos, y salió de la casa sin mirar atrás, pero escuchó el portazo que dio Eloísa tras él.

Caminó dentro, se sirvió un café y se desahogó llorando sola. Sentía la necesidad de arrepentirse de su acto de valentía, pero no era capaz. A pesar del dolor y de la punzada en el pecho, algo le decía que había hecho lo correcto. ¿Valiente? Sí, había sido muy valiente. Había desnudado su alma como nunca antes lo había hecho, explicándole como se sentía y cuáles eran sus miedos. No podía permitirse el lujo de arriesgar, de sufrir más. Si ese ultimátum, por muy doloroso que resultara para los dos, hubiese conseguido hacer reaccionar a Tomás, las cosas serían muy distintas. Pero él había elegido.

Como le había dicho, a partir de aquel momento tomaría las riendas de su vida y lucharía por su felicidad.

Así que el primer paso era secarse las lágrimas y ponerse manos a la obra. Trabajar, luchar, salir adelante.

Por un tema de orgullo, tal vez, iría a hablar con Fernando. Necesitaba saber de qué demonios habían hablado para que Tomás reculara de esa forma. Aunque tenía claro que fuese cual fuese el contenido de esa conversación, nada remediaría la decisión tomada por Tomás. Nada justificaría su huida.

En lugar de subir a controlar qué hacían Estela y su hijo arriba, recogió su taza y la de Tomás, y las puso en el fregadero. Tras mirar con detenimiento la taza de café de Tomás, volvió a derramar lágrimas.

«Este café está sin terminar, como nuestra historia de amor».

Salió al granero y se concentró en la ardua tarea que le quedaba por hacer. El trabajo sería su bálsamo, su vía de escape para ocupar la mente y cansar el cuerpo de tal manera que por la noche no tuviese otra opción que dormir agotada.



Dio de comer a las gallinas, recogió huevos, amontonó cajas de enseres para poner un poco de orden y amontonó en una carretilla lo que necesitaba para los animales de fuera.

Pero algo la detuvo. Las imágenes de su encuentro con Tomás sobre el heno aparecieron en su cabeza. Las cosas que le hizo sentir y lo dichosa que fue a pesar del miedo que sentía.

Se sentó en la paja, hundiendo el rostro en sus rodillas, intentando aunar las fuerzas suficientes para no derrumbarse. Tenía que ser fuerte, pero no podía borrar de su cabeza la imagen de Tomás cruzando la puerta, su espalda fuerte, sus hombros caídos por la tristeza. Cuando quiso darse cuenta, estaba tumbada, sollozando, dormitando agotada de tanto llorar. Y se dejó vencer por el sueño, pero sin desconectar de lo mismo, porque incluso en sueños veía la espalda de Tomás.

Giraba con el cuerpo laxo, levitando y siendo arrastrada por una espiral de viento. Se dejaba arrastrar y en cada giro que daba su cuerpo, divisaba escenas que no le resultaban desconocidas. Tipos con aspecto violento, Fernando rogaba su perdón, Julián lanzaba pelotas contra una pared, y Tomás caminaba de espaldas. Todas esas imágenes se sucedían, entremezcladas, sin que ella pudiera hacer ni decir nada. Intentó salir de aquel remolino que la alzaba del suelo, pero sus intentos por gritar fueron en vano. Nadie la oía, nadie la ayudaba. En aquel círculo nuboso, alguien le ofreció una mano, pero la cara era tan borrosa que no pudo distinguir a quién pertenecía. Entornando los ojos, consiguió ver algo más.

Un rostro se hizo visible, pero su cuerpo no cesaba de girar, muy lento, muy etéreo. Pudo por fin distinguir la cara de Tomás, sonriente, que le ofrecía su mano para sacarla de aquel movimiento que la aturdía. Cuando ella fue a aferrarse a ella, la mano se desvaneció, y desconcertada solo pudo ver la

espalda de un hombre que se escapaba, que se desintegraba y la dejaba sola.

—¡Mamá! ¡Mamá, dónde estás, maldita sea!

La voz desesperada de su hijo logró despertarla y rescatarla de aquella pesadilla. Cuando abrió los ojos nada pudo ver. Todo estaba cubierto de humo, casi como en su pesadilla. Intentó ponerse de pie, pero no lo consiguió. Notó una gran dificultad al respirar y se asustó mucho. Su hijo no paraba de gritar, de llamarla, pero no veía nada, solo fuego y humo.

Arrastrándose, intentó dirigirse hacia la salida, pero una gran viga de madera se desplomó del techo y le impidió el paso. No tenía fuerzas, le dolía el pecho, le escocían los ojos, estaba aterrorizada, casi inconsciente.

Fuera del granero todo era un caos.

—¡Estela, ayúdame con el agua! ¡María, insiste con la policía y los bomberos! ¡Julián, por lo que más quieras, no entres!

El padre de Estela daba órdenes sin cesar, asustado pero afrontando la situación con mucho valor. Pretendía mojar todos los alrededores del granero para intentar que el fuego no se propagase y al mismo tiempo entrar a rescatar a Eloísa.

—¡Julián, espera, mi padre la sacará!

Estela apuntaba con la manguera mientras su madre cargaba y volcaba cubos de agua en vano. El fuego era tan descomunal que nada podían hacer.

Julián no cesaba en su intento de esquivar las llamas de la entrada para rescatar a su madre, pero era inútil. Lloraba, gritaba, llamaba a su madre, pero sin resultado.

Justo cuando se adentró entre las llamas dispuesto a salvar a su madre sin importarle salir herido, unos fuertes brazos lo empujaron hacia fuera.

—¡Déjame! ¡Tengo que salvarla!

El joven comprobó que se trataba de Tomás. Le asestó un golpe, intentando volver a entrar, fuera de sí y preso del pánico. Su madre estaba dentro y debía salvarla. El padre de Estela lo sujetó, y Tomás se empapó de agua con la manguera que arrebató a Estela. Una vez mojado, sin pensarlo

dos veces, corrió dentro del granero. No podía ver nada, pero cubriéndose la mitad de la cara, pudo ver a Eloísa tumbada en el suelo. Se lanzó a por ella, la cargó en brazos y salió a una velocidad de vértigo.

Acunó el cuerpo inconsciente de Eloísa y notó que su propio corazón le volvía a latir cuando oyó las sirenas.

Eloísa abrió los ojos con pesadez y pese a lo turbio de su visión, pudo distinguir el rostro preocupado de su hijo. Alzó el brazo para agarrar su mano. Julián esbozó una sonrisa de alivio.

—Mamá... —susurró besándole la mano.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó recordando el incendio—. Nuestro granero, nuestros animales...

Intentó reincorporarse de la cama, pero Julián se lo impidió. Tomás, que aguardaba inquieto fuera de la habitación, en el pasillo del hospital, entró al escuchar las voces. Estaba consternado.

—Mamá, los bomberos lograron apagar el fuego antes de que se propagase. Los animales del granero no han tenido suerte, pero lo importante es que tú estás sana y salva.

Tomás permanecía en silencio, tras Julián. Eloísa rompió a llorar.

—Elo... —Se acercó Tomás y le secó las lágrimas, acariciándole las mejillas—. Julián tiene razón, lo importante es que tú estés bien. Ya reconstruiremos un granero nuevo y saldremos adelante.

Eloísa, con la mirada perdida, recordó el último diálogo que mantuvo con él. Si Tomás había cruzado la puerta y asumido con ese gesto una ruptura, ¿por qué ahora decía tal cosa? Estaba dando por hecho que él participaría en la reconstrucción del granero. ¿En calidad de qué? Se sentía muy confusa, no quería pensar, no podía.

—Estela y sus padres han ido a la cafetería a tomar algo, estaban muy preocupados —dijo Julián.

—Voy a avisar a la enfermera, para que sepa que has despertado.

Tomás salió de la habitación.

—Hijo, ¿cuál ha sido la causa del incendio?

Julián frunció el ceño y apretó la mandíbula. Anduvo inquieto por la habitación, meditando una respuesta.

—La policía y los bomberos tendrán que confirmarlo, mamá, pero no hay que ser un experto para asegurar que los «amigos» de papá están detrás de todo esto. Si hubiera llegado a sucederte algo, yo mismo mataría a papá.

—Hijo —habló con tono tranquilizador—, papá jamás nos haría daño, al menos no de ese modo. No depende de él el que los tipos a los que debe dinero lo amenacen sin cesar. He estado pensándolo mucho, y lo único que se me ocurre es intentar solucionar el embargo, vender la casa y la granja, y saldar las deudas que tu padre no puede afrontar.

—¡Ni hablar! —gritó colérico.

—Con lo poco que nos quede, buscaremos un lugar donde empezar de cero, lejos de amenazas y violencia —insistió dolorida por la idea de deshacerse de su hogar.

—No es justo, hemos luchado mucho, no podemos cederle todo.

—Lo que no podemos hacer es seguir poniendo nuestras vidas en peligro. En el momento del incendio, podríais haber estado tú o Estela. No lo voy a consentir.

Julián iba a replicar cuando una enfermera y un médico entraron en la habitación.

—Esperaré fuera, mamá. —Le besó la frente y salió cargado de rabia e impotencia.

Ya en casa de Eloísa, mientras Julián y Estela contemplaban el desastre tras el incendio, Tomás preparaba un poco de café.

—Es curiosa la forma que tienes de aparecer cada vez que estoy en peligro —pronunció Eloísa abrazándose las rodillas sobre el sofá.

—Esta vez no fue casualidad. Me dirigía a tu casa para suplicar tu perdón,

si es que crees que lo merezco —confesó abatido ofreciéndole una taza y acariciándole la mejilla.

—No tengo nada que perdonarte, estabas en tu derecho de no querer seguir adelante con...

—Y tú estás en tu derecho de echarme en cara mi cobardía —la interrumpió recordando el que consideraba el peor error de su vida.

Eloísa no podía soportar verlo autoculparse. Bastante triste y complicado era ya todo como para añadir el sufrimiento de un hombre bueno e inocente. El mismo hombre que la había salvado más veces de las que le gustaría recordar.

—La cobardía no va contigo, por favor, no digas eso. Cobarde yo, por ceder a la primera y no impedir que atravesaras esa puerta. Fui egoísta con todo ese rollo de mi autoestima y mi corazón débil. Quien no arriesga no gana, y yo apuesto al caballo ganador.

—Intuyo por tu respuesta que vas a perdonarme. —Tomás prefirió centrar su atención en la taza de café y no en la transparencia de la mirada de Eloísa por temor a hacerse ilusiones.

—No tengo nada que perdonarte, vuelvo a repetir.

—Tal vez yo consiga perdonarme a mí mismo algún día por mi necesidad. No te merezco. —Soltó la taza y volvió a acariciarle la mejilla, derritiéndose cuando ella cerró los ojos para sentir el contacto. Ambos suspiraron.

—Te dije que no quería que sufrieras las complicaciones de mi vida, pero he cambiado de opinión. Voy a poner punto final a toda esta pesadilla, empezando por todo lo que me vincula a Fernando. Venderé todo para saldar el embargo y las deudas. Ya he hablado con mi abogada y, aunque va a ser un proceso largo y difícil, tiene solución. Empezaré de cero en la ciudad, con mi hijo y con el hombre que me quita el sueño.

—¿Estás segura de querer hacerlo? Quiero decir, deshacerte de todo esto, sé cuánto significa para ti.

—Mis prioridades han cambiado, a excepción de la seguridad de mi hijo, que siempre fue lo primordial. No quiero seguir luchando por algo que está

perdido, quiero luchar por algo que no quiero perder.

Tomás se sintió dichoso al entender entre líneas que se refería a él.

—Y yo estaré a tu lado, pase lo que pase, porque no concibo la vida lejos de ti. El peor momento de mi vida fue cuando atravesé esa puerta con la intención de no volver. Fue como despojar a mi cuerpo de alma, como levitar carente de vida y de razón. Enseguida supe que me estaba equivocando, pero tuve que llegar a casa para darme cuenta de que mi vida no tendría sentido lejos de la razón de mi existir.

—Pues bendita tu casa que te abrió los ojos y te trajo de nuevo hasta mí.

—Bendita tú que me has devuelto la ilusión de vivir.

—Lo de nuestra primera vez en el granero ya nunca podrá ser... —se lamentaba Estela abrazando con fuerza a Julián.

—Es triste, muy triste, que nuestro granero haya quedado reducido a cenizas, pero lo único que puedo pensar es que mi madre está a salvo. —Le besó la coronilla y la apretó contra su pecho.

—¿Qué va a pasar ahora? Vi a tu madre hablar con la abogada.

—Todo se va a solucionar, lejos de aquí.

Julián sabía de antemano que aquella noticia no agradaría del todo a su chica. El vivir tan cerca el uno del otro ayudaba, bastante, pero él estaba tranquilo porque tenía la certeza de que la distancia no sería impedimento para permanecer juntos.

—Al final, perderéis la casa y la granja —se lamentó Estela triste y compungida.

—Pero recuperaremos la tranquilidad.

La separó un palmo para poder contemplar su bonita cara, para que ella pudiese ver su tranquilizadora sonrisa. Transmitirle seguridad era su intención.

—No te alejarás de mí, ¿verdad? —le dijo tras un beso desesperado.

—Esto nos unirá más si cabe, no te angusties. Ya he cambiado, no estoy

obcecado en culpar a mi madre y defender a mi padre, aunque admito que lo ayudaré en todo lo que pueda porque, a pesar de todo, lo quiero y siento la obligación de intentar que encauce su vida. He de hacerlo de manera que no involucre más a mi madre.

—Es increíble cómo has cambiado. Siento que haya sido a base de catástrofes. Pero estoy orgullosa de ti, por tu buen corazón y por tu madurez.

Se alejaron del lugar caminando agarrados. La situación era triste y complicada, sí, pero un halo de esperanza impedía que se sintieran perdidos. Continuarían con su relación porque ambos coincidían en sentimientos y necesidades. Lo que antes camuflaban como amistad había salido a flote, y ambos sabían que no era otra cosa que amor, con todos los matices y altibajos que conlleva ese sentimiento cuando se trata de dos adolescentes.

—¿Crees que Tomás estará a la altura de las circunstancias? —le preguntó preocupado, sin poder borrar de su mente lo indefensa que había visto a su madre cuando estaba rodeada de llamas.

—¿Y quién lo está? No creo que esa sea la cuestión.

—Tienes razón, me basta con que la quiera, y se nota que el rubiales la quiere.

—Es tan romántico. —Suspiró ella provocando un ramalazo de celos en él.

—¡Eh! ¿Qué has querido decir con eso?

—Ja, es que leí hace poco una novela romántica que narraba una historia de amor muy parecida a la de tu madre con Tomás —se defendió ella entre carcajadas.

—Muy graciosa. —Se relajó por fin—. ¿Y me puedes contar cómo acaba?

—Acaba como deben acabar todas las historias de amor.

—¿Cómo la nuestra?

—La nuestra no ha hecho más que empezar.

FIN

## Agradecimientos

A mi familia, porque sin su ayuda no podría dedicar tiempo a escribir. Saben lo importante que es para mí, y juntos hacemos malabares para que yo pueda vivir mi sueño.

A mi marido, porque su ternura y cariño inspiran cada historia de amor que luego plasmo en palabras.

A mis hijos, porque sus abrazos y miradas me impulsan cada día a intentar ser mejor en todo lo que hago.

A Selección de B de Books, porque la confianza que han depositado en mí ha sido la causante de que yo vuelva a confiar. Gracias.



Si te ha gustado

*El granero, tú y yo*

te recomendamos comenzar a leer

*Sin renunciar a nada*

de Laimie Scott

*Selección RNR*



Laimie Scott

*SIN RENUNCIAR  
a NADA*



*Suspense Romántico*

La noche comenzaba a caer sobre los tejados de pizarra de la ciudad a pesar de que solo eran las cinco de la tarde. Una buena hora para pasear, tomar un café o realizar las compras antes de que la mayoría de las tiendas cerraran en una hora. Era por este motivo por el que casi no se veía gente por la calle. A estas horas esta se encontraba en algún café, donde resguardarse del frío que hacía. Algunos viandantes caminaban por las inmediaciones de los jardines de Princes Street, en dirección a esta arteria de la vida comercial de la ciudad. Salían de sus trabajos hacia sus casas, aunque algunos todavía pararían a tomar algo con los compañeros o los amigos en alguna taberna.

Pero a *ella* le importaba bien poco o nada el frío que comenzaba a levantarse, que fuera de noche o que la ciudad comenzara a quedar desierta. Ella tenía que cumplir un objetivo, y dado lo que le iban a pagar, ya podía aparecer el mismísimo diablo en persona, que no iba a echarse atrás. Se apeó del taxi después de abonar la carrera y dejarle al conductor una generosa propina por la charla que le había dado. Este la miró con una sonrisa de agradecimiento para después bajar la ventanilla y asomar su cabeza y contemplarla caminar con estilo, marcando cada uno de sus pasos sobre el camino de la entrada a la casa. «Mueve el culo como pocas mujeres que yo recuerde», se dijo mientras arqueaba las cejas. E incluso no pudo evitar que se le escapara un silbido de aceptación ni que asintiera la cabeza en aprobación.

—¿Quiere que la espere? —La pregunta fue más el deseo de él a que le dijera que sí, a un mera formalidad con su clienta.

Aquella sugerencia dibujó una sonrisa cínica y sexi a la vez en la boca de ella. No se dignó en volverse hacia él ni en detenerse. Alzó su brazo en alto y agitó un dedo. No. Ya vería cómo regresaría.

El conductor resopló.

—¡Qué mujer! —exclamó subiendo la ventanilla. Hizo que su coche diera la vuelta de regreso al centro de la ciudad y que desapareciera en la oscuridad de la noche mientras chasqueaba la lengua decepcionado.

Ella caminó hacia la puerta de una casa de tres plantas iluminadas. Un

estrecho y corto sendero de grava fina llevaba hasta los escalones de la entrada. La puerta era de madera maciza lacada con una gran aldaba de bronce, algo deslustrada por el paso del tiempo y por las inclemencias del clima de la ciudad. Pulsó el timbre y esperó con paciencia a que abrieran mientras rebuscaba en su bolso la invitación que le habían hecho llegar para que asistiera.

Un tipo alto, fuerte y de mirada penetrante apareció en el umbral. La escrutó con total descaro y le hizo un gesto con el mentón.

Ella le entregó la invitación, que el tipo leyó. Entonces se apartó a un lado dejando que pasara al recibidor.

—Bienvenida.

Ella asintió complacida. Sin mediar una sola palabra por su parte. Era parca en estas.

—Sígame.

El tipo la condujo hacia una sala amplia. Decorada de manera precisa, elegante pero no ostentosa, en la que la casi totalidad de las sillas estaban ya ocupadas. Un hombre entrado en años, vestido con un traje de corte clásico, se acercó a saludarla.

—Buenas noches. Soy el dueño de la casa y de la colección. Gracias por asistir. ¿Es usted pujadora o representa a un cliente? —El hombre le tendió la mano.

—Buenas noches. Vengo representando a un cliente. —Ella se la estrechó de manera educada, afectuosa, mientras sentía la suavidad de su piel apergaminada al tacto.

—Puede sentarse donde guste. La subasta comenzará en breve.

No hubo intercambio de nombres. Solo un respetuoso y cordial saludo. Luego se acomodó en una de las sillas libres y echó un vistazo a las personas que estaban allí. Sin duda que muchos eran simples curiosos que gustaban de asistir a esta clase de eventos. Una subasta privada para conseguir fondos. Según había leído en la prensa, el hombre que se había presentado fue en su tiempo una persona influyente y con poder en la ciudad. Pero el tiempo y el

ritmo de vida le habían hecho llegar a esta situación. Ahora vendía parte de su colección de arte privada para poder seguir adelante. Esperaba sacar una buena tajada aquella noche.

Ella sonrió irónica. Se humedeció los labios y se dispuso a echar un vistazo al catálogo que acababa de recibir de manos de una mujer joven con mirada llena de vida. Buscó el objeto en cuestión, por el que debía pujar, según las órdenes recibidas. Allí estaba ella, observando un objeto de arte de valor incalculable cuando le sería más sencillo robarlo. Cuando recibió el encargo, no dio crédito. Un viejo amigo se lo había ofrecido. Solo tenía asistir a la subasta y asegurarse de que se marchaba con la pieza en cuestión. Algo que cualquier coleccionista pensaba que no existía. Muchos aseguraban que se trataba de una leyenda que circulaba en el mercado negro de las piezas de arte robadas. Entre los ladrones más afamados. Esa noche ella sería testigo de esa leyenda o de esa realidad. Lo bueno de todo aquello era la cantidad que recibiría por un simple trabajo. Lo cierto era que no lo necesitaba, porque había sabido ahorrar en tiempos de bonanza. Pero no era de las que decía que no al dinero si no entrañaba sobresaltos innecesarios. Ahora esperaba que la noche no fuera demasiado larga y sí muy productiva para sus propios intereses.

La subasta se abrió con varios objetos de escaso interés para los asistentes a juzgar por el poco movimiento de manos alzadas para pujar. Una especie de calentamiento hasta llegar a las piezas que de verdad importaban y que atraerían el interés de todos. Este breve interludio hasta que comenzara lo importante le dio tiempo para recapitular la información que tenía y que Thomas le había facilitado. Lo que no llegaba a comprender era por qué *ella*. Ni cómo la había encontrado. Había desaparecido después del último golpe que habían dado junto a los demás. Entonces, se prometió dejarlo durante una larga temporada. Sí. Tenía dinero suficiente para vivir sin tener que preocuparse por este. Thomas le ofreció tres mil libras por asistir a la subasta y pujar por la pieza en cuestión; y otras tres mil a la entrega de la pieza: una matrioska de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Tenía carta blanca

para pujar, esto es, sin límite de fondos. Sin duda que su cliente era alguien con dinero para gastar. ¿Un mecenas del arte? ¿Alguien que se aburría y decidía gastar su dinero en subastas? Ese asunto quedaba en segundo plano. Lo que la traía de cabeza era que no le hubieran pedido que la robara, le habría salido más barato conociendo a Thomas. Ir de legal no le atraía demasiado, la verdad. No cuando habías vivido al margen de la ley durante tanto tiempo. Lo encontraba más... apetecible. El subidón por temor a ser atrapada en el último acto.

—Y ahora, señoras y señores, pasaremos al lote treinta y tres del catálogo —anunció el subastador mientras la gente pasaba las páginas en busca de dicha pieza. Pero ella sabía muy bien que era el motivo por el que estaba allí. Levantó la vista para comprobar la pieza que ahora mismo se exponía en la mesa. Dos personas las custodiaban. La mostraron en alto antes de abrirla y sacar las demás muñequitas rusas que contenía. «Toda una obra de arte», pensó ella mientras se mordisqueaba el labio y entrecerraba los ojos—. Un juego de matrioskas de oro con incrustaciones de piedras preciosas. En el catálogo disponen de la información adicional. La puja se abre con cincuenta mil libras, señoras y señores.

Durante unos segundos, el silencio se apoderó de la sala. La gente observaba con atención la pieza en el catálogo. Algunos sacudían la cabeza como si rechazaran la posibilidad de adquirirla. Otros murmuraban para sí mismos como si estuvieran rezando o tal vez hablando con otra persona al otro lado de la línea telefónica, ya que llevaban auriculares para comunicarse. Otros intercambiaban opiniones en voz baja con la persona sentada a su lado. Nadie parecía estar dispuesto a pujar, lo cual a ella le parecía algo inaudito. Sonrió al pensar que de ese modo le resultaría más sencillo. Levantó la mano para aceptar la primera oferta.

—Tenemos un comprador —dijo el director de la puja extendiendo su brazo hacia ella y asintiendo—. ¿Alguien ofrece cincuenta y cinco mil? —La pregunta se paseó por la sala como si se tratara de una ráfaga de aire fresco.

Ella levantó la mirada del catálogo para otear el horizonte, el bosque de

cabezas que era la sala. De repente un brazo se alzó entre estas.

—El señor ofrece cincuenta y cinco mil. ¿Sesenta mil? —preguntó dirigiendo su atención hacia ella, que no vaciló en asentir—. La señorita ofrece sesenta mil.

Ella sonrió con ironía. El hombre que estaba pujando para hacerse con la matrioska no tenía nada que hacer, a menos que se tratara de un excéntrico filántropo dispuesto a quemar su dinero. Ella portaba un cheque en blanco. Podía gastar lo que necesitara, pero no podía salir de allí sin la pieza. Por eso se mostraba tranquila y confiada en que al final sería suya. Pero ver a otra persona pujar por la muñeca rusa le otorgaría un plus. Esa emoción que llevaba tiempo echando en falta. La sangre hirviendo en sus venas. La excitación.

—¿Tenemos sesenta y cinco mil?

La gente murmuraba, hacía gestos hacia ella y hacia el otro hombre de la puja. De repente su rival pareció emitir alguna señal de aceptar la oferta.

—El señor acepta la oferta. ¿Ofrece alguien setenta mil?

Ella se hizo la desinteresada por un momento. Tal vez pretendía dotar a la subasta de un poco de emoción. Sabía que, en ese momento, ella era el centro de las miradas de todos los allí presentes.

—Setenta mil a la una.

Ella no hizo ningún movimiento.

—Setenta mil a las...

—Cien mil —exclamó de repente, provocando el revuelo lógico en la sala. La gente la miró con atención a la espera de su próximo movimiento. Pero estaba claro que la pelota estaba en ese preciso instante en el tejado del hombre que había pujado hasta ahora. «¿Aceptará el envite?», se preguntaba mientras fruncía sus labios en un mohín irónico.

«Veamos hasta dónde estás dispuesto a llegar», pensó mientras dejaba que sus labios se curvaran.

—La señorita ofrece cien mil libras —anunció el hombre desde el atril

mientras miraba al hombre que hasta ahora parecía haber aguantado la puja de ella—. ¿Tenemos ciento cincuenta mil?

Ella tuvo la ligera impresión de que la gente acababa de contener la respiración a la espera de si él aceptaba la propuesta. No sabía a ciencia cierta hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—¡Ciento cincuenta mil! ¡El señor ofrece ciento cincuenta mil! —exclamó lleno de júbilo porque aquello representaba un atractivo mayor a lo que venía siendo la noche hasta ese momento. La gente convirtió sus murmullos en conversaciones que cualquiera podía escuchar—. ¡Silencio! ¡Silencio, por favor!

Ella sonrió. Sin duda que estaba siendo un digno adversario que por ahora alegraba la noche. Jugaría con él un poco más; hasta que se aburriera.

—¿Doscientas mil libras? —preguntó mirándola con los ojos como platos por la expectación que suponía el hecho de que ella aceptara el envite.

El silencio volvió a la sala. Todas las miradas se centraron en ella. Muchos aguantaron la respiración hasta escucharla decir algo. ¿Rechazar la oferta o aceptarla y subirla?

—Doscientas mil.

El revuelo volvió a flotar en el ambiente al escucharla aceptar la puja.

—Tenemos una oferta por dos...

—Doscientas cincuenta mil. —No había terminado de lanzar la oferta el subastador, cuando ya había otra cantidad que provocó un nuevo revuelo y que las miradas oscilaran entre los dos contendientes.

Se hizo el silencio. La gente volvió a contener la respiración. No se escuchaba ni el paso de las páginas de la guía. Ella se humedeció los labios de manera lenta. Se tomó su tiempo antes de responder. Y tras inspirar, decidió que ya era hora de zanjar el asunto.

—Medio millón de libras.

El anuncio de aquella cantidad por parte de ella convirtió la sala de subastas en una marabunta de exclamaciones, risas, protestas y demás



expresiones verbales. La gente se movió en sus asientos, elevó sus manos y la miraron como si estuviera loca por la cantidad que acababa de ofrecer.

—Ha dicho, ¿medio millón de libras? —El hombre no cabía en sí de felicidad. Que una pieza alcanzara aquella desorbitada cantidad era sin duda lo mejor que podía sucederle. Hasta ese instante, las pujas por los demás objetos habían sido más bien a la baja. La recaudación estaba en ese momento por debajo de los cálculos estimados por el tasador y el dueño de la colección. Por ese motivo, aquella mujer, con su oferta, compensaba con creces la noche.

El silencio volvió a apoderarse de los asistentes que permanecían inmóviles a la espera de la confirmación por parte de ella.

—Sí. Ofrezco medio millón de libras por la matrioska.

—Es mucho dinero, señorita.

—Lo sé. Pero el cliente al que represento me ha entregado un cheque en blanco para pujar por la pieza —declaró de forma abierta para dejarle claro a su oponente que, salvo que fuera muy rico, no tenía posibilidades de quedarse con la matrioska—. No me iré de aquí sin la pieza.

—Está bien. Si nadie supera su oferta y la figurita se vende por esa cantidad, el pago deberá hacerse de inmediato. No puede marcharse con ella sin haber recibido el pago.

—Bastará una llamada.

—En ese caso... Medio millón de libras. ¿Alguien ofrece más? —preguntó con los nervios propios al pronunciar esa cantidad. Miró al hombre que hasta ese momento había pujado por la figura para ver si subía la puja. Pero él sacudió la cabeza para dejar claro que se retiraba. Ella había sido muy explícita al revelar sus intenciones.

El dueño se frotaba las manos. «No es una mala cantidad después de todo», pensó el director de la subasta mientras volvía la mirada hacia los asistentes.

—¡Medio millón a la una!

Ella sonreía. Sabía que nadie igualaría y mucho menos estaría dispuesto a subir la puja.

—¡Medio millón a las dos! —El silencio imperaba en la sala mientras todos los asistentes daban por hecho que la matrioska ya tenía dueña—. ¡Medio millón a las tres! Adjudicado a la señorita por medio millón de libras —dejó claro con un golpe de mazo.

Ella sonrió. La misma mujer que le había entregado el catálogo se acercó a ella minutos después para que la acompañara a formalizar la transacción de la pieza.

Una vez que la subasta se dio por terminada, ella se encontró de nuevo con el dueño de la colección, que se mostraba sonriente.

—Un objeto exquisito.

—Sin duda —asintió ella mientras marcaba el número de contacto en su móvil.

—Necesitamos confirmación del ingreso del dinero —le recordó mientras trataba de controlar sus nervios por lo que esa cantidad suponía. Sin duda que aquella mujer acababa de salvar los muebles.

—Y yo necesito ver el juego completo —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia la matrioska.

—Claro. —El propio dueño de la casa y de la colección se puso unos guantes finos y procedió a abrirla para ir mostrándole el contenido hasta completar un juego de cinco.

Ella asintió complacida y se apartó de los dos hombres en busca de un poco de intimidad mientras ellos conversaban. Un tercero esperaba la orden para preparar la pieza para que se la llevara.

—Thomas. Tengo la pieza. Necesito un ingreso de medio millón. Un momento...

Los dos hombres la vieron acercarse.

—Necesito un número de cuenta al que realizar el pago.

El dueño de la colección asintió mientras tendía una tarjeta y ella volvía a

alejarse.

—Thomas. Escucha. —Ella le facilitó la cuenta para hacer la transferencia —. De acuerdo. Espero.

Ella volvió hacia los dos hombres.

—En unos minutos realizará el pago. No hay problema.

—Bien, James lo verificará. Pensaba que a estas horas...

—El cliente lo tiene todo arreglado.

—Una pieza exquisita para alguien importante sin duda. —El dueño sonrió mientras sus diminutos ojos brillaban de excitación.

—Tal vez debería haberla conservado.

—No, sabía que era la pieza estrella de esta subasta y que su salida a la venta significaría una inyección monetaria a tener en cuenta.

El tal James le mostró un Ipad.

—Bien, al parecer la transacción ha sido un éxito —confirmó con una amplia sonrisa mientras hacía un gesto al otro hombre para que preparara la pieza—. Espero que su cliente la disfrute. Ha sido un verdadero placer, señorita...

—Lo mismo digo —le dijo ella sin mencionar su nombre, algo que el dueño de la colección entendió. Muchos de los asistentes preferían mantenerse en el anonimato para no ser relacionados con sus clientes.

Cuando el paquete que contenía la pieza estuvo listo, se lo entregaron. Ella se despidió de todos los presentes y salió de la casa con la satisfacción del trabajo bien hecho.

En ese momento, su móvil vibró dentro del bolsillo interior de su abrigo.

—Dime, Thomas.

—*Te esperaran en los jardines de Princes Street. Junto al monumento de Scott. Ellos te harán entrega de las otras tres mil libras. Dales la pieza.*

—¿Y tú?

—*Tengo que hablar con el cliente. Todo está controlado. Haz lo que te digo.*

—De acuerdo. —Se quedó pensativa mientras se detenía justo en la entrada de la casa. ¿La esperaba en los jardines para entregar la pieza? No tenía motivos para dudar de Thomas, ya que se conocían desde hacía años. Pero algo le olía mal. Tal vez fuera todo este tiempo que había permanecido alejada del trabajo. Sacudió la cabeza mientras caminaba y una alocada idea cruzaba su mente. ¿Y si no aparecía y se largaba con la pieza? Siempre podía venderla en el Este y desaparecer durante otra larga temporada. Sin embargo, desechó dicha proposición cuando pensó que en ese momento su vida estaba en paz. Tranquila y sosegada. Algo aburrida en ocasiones, pero le gustaba. «No había motivo para complicarme la vida», se dijo mientras sonreía y paraba un taxi para que la llevara al punto de encuentro.

Los jardines eran uno de los reclamos turísticos de Edimburgo, con caminos que los atraviesan o los bordean, sus bancos de madera erigidos en memoria de personas queridas ya fallecidas. Las luces diseminadas a lo largo y ancho de estos indicaban, al viandante, el camino hacia la salida. Y luego la propia iluminación de la vida nocturna que se atisbaba entre las frondosas copas de los árboles. El megalítico monumento erigido en memoria de *sir* Walter Scott aparecía iluminado. Un tributo bien merecido por parte de la ciudad a su más insigne escritor.

Se apresuró en su caminata mientras su abrigo, de color negro, rozaba el suelo bajo sus pies y apenas si permitía distinguirla cuando cruzaba una zona algo menos iluminada. Tenía prisa por alcanzar el otro extremo y localizar a las personas que la estaban esperando para realizar la entrega de la pieza. Recibiría el resto del pago y desaparecería. Estaba a escasos pasos de su objetivo cuando de repente comenzó a aminorar el paso. Justo al final del camino por el que pretendía salir habían aparecido dos sombras que, al igual que ella, vestían de oscuro y que ahora permanecían inmóviles. «¿Serán los contactos?», se preguntó mientras trataba de controlar la respiración que en ese instante se había agitado en su interior. Thomas le había comentado por teléfono que la esperaban en aquel preciso lugar: al pie del monumento a Scott. Pero la desconfianza era un rasgo muy común en su trabajo y que la

había mantenido con vida en todo momento. Y ahora tenía ese palpito que le advertía de que desconfiara precisamente de aquellos dos tipos mientras tensaba su cuerpo. No comprendía el motivo de su reacción, ya que a estas horas y en aquel lugar solo podría tratarse de su cita. Pero pese a su experiencia y su frialdad demostrada en otros momentos, su temor se vio acrecentado cuando escuchó el sonido de los pasos a su espalda. Lanzó una fugaz mirada por encima de su hombro para ver surgir de entre la agreste decoración otras dos sombras. «Bien, la cosa se pone interesante», pensó con una sonrisa llena de cinismo. ¿Tanta precaución por una pieza? De acuerdo que habían pagado medio millón de libras, pero al comprador no parecía importarle demasiado cuando a ella se le ofreció un cheque en blanco para pujar. ¿O se debía a que no se fiaban de ella después de todo? Apretó los puños y siguió avanzando con la mirada fija en el suelo. Tal vez debería haberse largado fuera de la ciudad en compañía de la matrioska y venderla después en el mercado negro. Apostaba a que habría sacado más de lo que el misterioso cliente había pagado. Al llegar al pie del monumento, uno de los hombres interceptó su avance. Levantó la mirada para fijarla en la persona que se erigía delante de ella con cierta autoridad. Y lo que vio no le dio muchas esperanzas. El tipo llevaba un pasamontañas y tan solo podía percibir sus dos ojos oscuros y una sonrisa cínica.

El extraño tendió la mano hacia ella con la palma abierta, como si le pidiera o exigiera algo.

—Te estábamos esperando.

Ella se mantuvo firme, con la mirada fija en aquel hombre, sin saber a qué se refería. Sacudió la cabeza sin comprenderlo, en un intento por hacerlo desistir. ¿Buscaba su cartera? ¿Su bolso? ¿O la matrioska? No estaba segura del todo de si aquellos cuatro hombres eran el contacto. «Pero ¿a qué viene camuflarse con pasamontañas?», se preguntó mientras se humedecía los labios y trataba de pensar con rapidez en las posibilidades que se abrían ante ella. A su espalda, el camino estaba flanqueado por otros dos tipos como los que permanecían delante de ella.

—Ya sabes por qué estamos aquí. —La voz del extraño se tornó fría y con algo de impaciencia—. La matrioska por la que tenías que pujar en la subasta. —El hombre volvió a tender la mano al frente, hacia ella, y después movió los dedos instándola a que se diera prisa en entregarle lo que pedía.

Ella sintió el escalofrío recorriendo su espalda, y no se debía a las bajas temperaturas. ¿Para quién trabajaban? Podían haberla seguido y ahora querer arrebatársela la pieza. No iba a entregársela sin una prueba.

—¿Quién os envía? ¿Thomas?

—Exacto. Nos ha llamado para decirnos que ya venías de camino con la pieza. Así que no perdamos el tiempo. Supongo que, al igual que nosotros, te apetece irte a casa —le urgió otro tipo mientras se situaba a su lado y la sujetaba por el brazo.

—No hay razón para ese comportamiento. —El que parecía ser el jefe apartó a otro tipo de ella con un ademán autoritario.

Luego se dirigió a ella con un tono más afable. Los otros tipos iban cubiertos con máscaras para que no le viera la cara, algo común cuando alguien importante estaba detrás. ¿Esperaba que ella pudiera reconocerlos y relacionarlos con alguien conocido en la ciudad? Ella solo quería recibir el pago por el trabajo de aquella noche, y se marcharía. Por un instante, llegó a pensar que incluso el propio cliente podría ser uno de ellos, pero que no estaba dispuesto a dar la cara.

—Solo queremos la pieza y nos marcharemos. Así de sencillo.

—De manera que sería conveniente que nos la entregues por las buenas. Sería una verdadera lástima estropear un rostro tan bonito, ¿no crees? —El otro tipo le susurró aquella recomendación en su oído. Ella sintió su aliento seco, cargado de alcohol, mientras su mano se aferraba a su brazo provocándole un dolor extremo.

No tendría sentido negarse a darle lo que pedían. De todas maneras, si ella no se lo daba, la matarían y se lo quitarían. De eso no le cabía la menor duda.

—No sé... —Ella seguía sin verlo claro. Había algo que no cuadraba—. Debería llamar a Thomas para confirmar tu versión —les advirtió mientras

introducía su mano en el interior del abrigo ante la atenta y expectante mirada de los dos y el cañón de un silenciador apuntándole.

—Alto, cariño —le pidió el que parecía ser el jefe—. Yo también tengo mis dudas. En estos casos, toda precaución es poca. No nos pongamos nerviosos, ¿sí? —Ambos se mantuvieron las miradas mientras él le abría el abrigo y buscaba en sus bolsillos hasta dar con la matrioska.

Ella se revolvió bajo las manos de aquel hombre.

—Una cosa es que cachees y otra que te aproveches, ¿no crees? —le espetó con una voz fría y un tono irónico mientras se apartaba unos pasos de él.

Aquellas palabras dibujaron una sonrisa irónica en el extraño.

Ella había sentido sus manos recorriendo su cuerpo con sumo cuidado. Le había palpado los pechos, las caderas y el trasero buscando lo que ahora ya tenían.

—Se suponía que no era eso lo que buscaba, sino el móvil —le espetó haciendo un gesto con el mentón hacia la matrioska al tiempo que daba un paso al frente.

—Ya puestos...

El que parecía ser el jefe de los cuatro cogió el estuche forrado en piel con cierre metálico en el que la figurita había sido depositada. Levantó la tapa y apartó el paño en el que estaba envuelta. Una matrioska de oro macizo con pedrería incrustada quedó expuesta ante él. Sonrió complacido al comprobar su peso. La abrió y dentro encontró otra idéntica, y así hasta completar el juego de cinco figuritas.

—Quieta. —El otro tipo seguía encañonándola con un arma con silenciador, dando por sentado que ahora que tenían la figurita no vacilaría en dispararle.

Ella cerró los ojos, sacudió la cabeza y se maldijo por descuidada. Luego resopló enfurecida por su estupidez.

—¿A qué viene esto? Dadme el dinero y me largaré. —Ella entornó la

mirada hacia ambos tipos, aguardando que le entregaran el dinero acordado por hacer ese trabajo.

—Thomas lo tiene. Quedamos en que él te lo entregaría —le refirió mientras esgrimía una sonrisa bajo el pasamontañas.

—Entonces no hay trato. Le entregaré la matrioska a él en persona. —En un movimiento rápido, ella se apoderó de la pieza. Hizo ademán de volverse para marcharse cuando sintió que la sujetaban y la volvían hacia ellos. Sintió el sabor metálico de la sangre. Acababan de propiciarle un fuerte puñetazo. Inesperado, directo y que la había tumbado sobre el camino con gran facilidad mientras la matrioska rodaba por el suelo sin sufrir ningún percance. Percibió el rostro del encapuchado acercarse hasta ella. Acucillado, con el arma en la mano, le sonreía con malicia y diversión.

—No es nada personal como te puedes suponer. Pero tenemos que entregar el paquete a nuestro cliente. Tú ya no eres necesaria. No entiendo por qué te has revuelto de esa manera. Ya te he dicho que Thomas es quien te pagará por tu trabajo —le dijo señalando al otro hombre que ahora mismo volvía a envolver la pieza en el paño, la metía en la caja y después la guardaba en un maletín—. Además, conviene mantener a la reina de los ladrones lejos de una pieza de tanta calidad, ¿no crees? ¿Tal vez pensabas quedártela y venderla a otro postor, Zarina? —Pronunció aquella palabra con una mezcla de desdén y soberbia mientras sonreía.

—Mi dinero... —reiteró entre dientes mientras intentaba incorporarse.

La respuesta fue una patada que le cortó la respiración por un momento. Pensó que se ahogaba. Luego tuvo un acceso de tos hasta que recuperó el aliento a duras penas. Ella sonrió irónica ante la situación. Era la primera vez que la derrotaban. ¿Se había descuidado? Nunca lo había hecho, por eso siempre había tenido éxito. Pero esa noche... Y eso que en un principio sintió la desconfianza apoderarse de ella. Pero se relajó sin conocer el motivo. Y ahora se encontraba en el suelo, apoyada sobre las rodillas y las palmas de sus manos.

El jefe de ellos se levantó y se largó. Ella pensó que todo había terminado,



pero cuando sintió un nuevo golpe, esta vez en la espalda, comprendió que el castigo había comenzado. Al parecer no iban a conformarse con la matrioska, querían darle una lección. Estaba claro que la habían reconocido cuando el que parecía ser el jefe de la cuadrilla se refirió a ella como «la reina de los ladrones». Ella. La mejor ladrona de guante blanco de Europa. La Zarina. «¿Por qué diablos acepté aquella mierda de trabajo?», se preguntaba mientras sentía como si acabaran de quebrarle las costillas y caía en una oscuridad que le trajo recuerdos de días lejanos en el tiempo y en su Serbia natal. Recuerdos cruentos de una guerra que no podría olvidar. Ahora mismo estaba a merced de cuatro hombres que podían hacer con ella lo que les viniera en gana. Incluso matarla. Lo había visto siendo una niña.

Los cuatro hombres desaparecieron en los jardines hasta salir por Lothian Road. Callejearon por las inmediaciones, donde se subieron a una monovolumen aparcado dos calles más abajo. Todo había resultado como esperaban, sobre todo el cabecilla que ahora sonreía divertido mientras conducía hacia las afueras de la ciudad.

—No hacía falta ser tan incisivo. Bastaba con que la dejaras inconsciente el tiempo necesario para alejarnos sin que ella nos siguiera —le recordó desviando la mirada del frente para centrarla en aquel animal.

—Reconozco que se me fue la mano un poco. Pero su impaciencia me estaba consumiendo por dentro —exclamó mientras lanzaba una mirada a los dos hombres que iban sentados en la parte de atrás—. ¿Y ahora?

—Le entregaré la figura a nuestro cliente y se acabó. Tenéis el dinero. Largaros de la ciudad una temporada.

—¿Y ella?

—¿Ella? —El tono de extrañeza por aquella pregunta le sorprendió—. ¿Qué coño va a hacer ella? No tiene ni idea de lo que ha sucedido. Ni tampoco para quién ha trabajado. Por mi parte, el asunto estará resuelto una vez que entregue la mercancía.

—¿Y el dinero? Me refiero a su parte.

—Ese tema también está zanjado. Debería darse por satisfecha con el

hecho de que no la delatemos, ¿no? Todos aquí sabemos quién es ella.

Volvió la mirada al frente para seguir atento al poco tráfico que había a esas horas. Faltaban por atar un par de cabos que en breve lo estarían. Había organizado aquel plan de una manera meticulosa. Sin fisuras. Buscaba venganza y la había obtenido. La había engañado, derrotado y humillado. ¿Qué más podría pedir? No quería que muriera. No. No era para tanto, por eso había tenido que detener a su hombre cuando vio que se estaba extra limitando en sus funciones.

Llegaron a la casa donde abandonarían el monovolumen para coger otro coche. El jefe se bajó antes que los demás, ajustó el silenciador y apuntó a los tres según bajaban.

—¿Qué coño haces? ¿Te has vuelto...? —El disparo entró por el pecho y lo tumbó en el suelo con un sonido seco.

Luego se volvió hacia los otros dos y repitió de manera eficiente y rápida la acción. No les dio tiempo a reaccionar. Esa había sido la clave del éxito. Ninguno de los tres lo imaginaba. Así era como se debía actuar. Cuando menos lo esperan los demás. No podían quedar cabos sueltos, como le dejó claro su cliente. Por ese motivo solo él se subiría al coche e iría a verlo para entregarle su muñeca. Nadie haría preguntas sobre los tres cuerpos sin vida que quedaban allí. Y él ya tenía lo que quería. Roció con un bidón de gasolina la furgoneta para prenderle fuego y borrar su propio rastro. Dejó los cuerpos de los tres donde estaban y se marchó convencido de que alguien los encontraría. Cuando Scotland Yard investigara, pensarían que se trataba de algún ajuste de cuentas. Los identificarían, pero no podrían relacionarlos con él.

\*\*\*

El estridente sonido del timbre obligó a Roy a salir de la cama. Echó un rápido vistazo al reloj de su teléfono móvil: las tres de la mañana. ¿Quién

coño podría ser a esas horas? Se puso una camiseta y caminó por el suelo de parquet hasta la puerta, alerta ante lo que podría encontrarse. Tal vez alguien que pasaba por delante de su casa a esas horas de alguna fiesta y se había equivocado de piso.

—¡Maldita fuera la gracia! —exclamó enfurecido. Pero si no abría, Roy apostaba a que su intempestiva visita no quitaría el dedo del timbre. Se asomó por la mirilla y lo único que pudo ver fue una densa cabellera de color oscuro. Pero cuando la visita levantó la mirada... Aquella mirada le cortó la respiración por un segundo. Luego, apoyó la frente contra la puerta. Cerró los ojos e inspiró de manera profunda mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal. No podía ser. Pero una maraña de recuerdos inundaba su mente sin que él pudiera detenerlos. Sabía sin lugar a dudas quién estaba al otro lado de la puerta llamando al timbre de aquella manera tan escandalosa. Por ese motivo se apresuró a abrir. Lo que no esperaba era que cuando lo hizo, ella se derrumbara en sus brazos como una simple muñeca de trapo.

—Jelena —logró murmurar cuando sus sospechas iniciales se confirmaron, mientras la recogía y la levantaba del suelo entre la sorpresa y la preocupación. Cerró la puerta con el pie descalzo y se dirigió al interior de la casa con un gesto de preocupación al ver el estado en el que se encontraba. ¿Qué coño estaba haciendo allí? ¿Y qué le había sucedido?

\*\*\*

La visita fue conducida hasta el despacho privado, donde un hombre le aguardaba con impaciencia. Por eso, nada más verlo cruzar el umbral de la puerta, dibujó una sonrisa de triunfo en su rostro mientras se levantaba de su asiento para correr a su encuentro.

—Celebro verte tan temprano. ¿Algún contratiempo? —La pregunta era de obligado cumplimiento.

—Nada que no se pudiera solventar —apuntó él con toda intención,

queriendo hacerle ver que los cabos sueltos habían quedado atados todos a la vez.

—¿Incluida ella? —El cliente arqueó su ceja con suspicacia temiendo que el plan se hubiera desviado del planteamiento inicial—. Tenía mis dudas al respecto de su comportamiento. Entiende que conociendo su identidad...

La visita asintió sin ningún contratiempo. Conocía el motivo por el que aquel hombre había contactado con él y había solicitado que fuera la Zarina quien se encargara del trabajo. El plan de aquel hombre no era del todo descabellado. Y lo entendía porque buscaba resarcirse de una pérdida sufrida en el pasado a manos de ella. Sin embargo, la visita había decidido en el último momento que ella quedara al margen. No iba a acabar con Jelena después de todo. No. Con *ella* no. Pero estaba seguro de que no volvería a escuchar hablar de ella, y no le preocupaba asegurarle a su cliente que también había acabado con su vida.

—Ha cumplido —asintió mientras señalaba la matrioska como prueba.

El cliente abrió el estuche, retiró el paño que la protegía y el destello del oro y piedras preciosas lo cegaron al momento. Sonrió complacido mientras tomaba la delicada figura en sus manos y la contemplaba como un niño lo hacía con los regalos en el día de Navidad. Luego la abrió hasta desplegar el juego de cinco sobre la mesa.

—La famosa matrioska de oro y diamantes. La leyenda hecha realidad, aquí, delante de nosotros. Siento que la Zarina haya terminado su carrera sin poder disfrutar de esta preciosidad. —Sonrió con ironía mientras pasaba la mano por las cinco figuritas desplegadas sobre la mesa—. Bien, volviendo a lo nuestro —dijo pulsando el botón de llamada sin descolgar el auricular.

—¿*Qué quiere, señor?* —La voz aterciopelada de una mujer se escuchó por el altavoz.

—De curso a la transferencia que le pasé esta mañana.

—*Como ordene, señor.*

El cliente se volvió hacia su intermediario con una sonrisa de agradecimiento.

—Está hecho. En breve tendrás tu dinero.

—Gracias. Pero ahora debo marcharme.

—Como quieras. Estás invitado a la muestra que haré en unos días para mostrar esta belleza —le anunció volviendo su atención a la matrioska.

—Tomo nota de ello. Ha sido un placer. —Abandonó el despacho dejando a su excliente para que disfrutara de su juguete. Él tenía otras cosas que hacer. Por ejemplo, tratar de averiguar en qué estado había quedado ella.

\*\*\*

Roy llevó en brazos a Jelena hasta su habitación para recostarla en su propia cama. La incorporó para quitarle el abrigo mientras contemplaba con preocupación como ella fruncía el ceño y apretaba los dientes ahora que había vuelto en sí. A Roy no le cabía la menor duda de que el dolor que sentía cuando él la tocaba era producido por tener el cuerpo magullado e incluso alguna posible fractura. Durante unos segundos se quedó contemplándola en silencio mientras ella cerraba los ojos e inspiraba de manera profunda. Roy no podía negar que, a pesar del tiempo que llevaban sin verse, ella seguía cautivándolo con su sola presencia. Ahora tenía el pelo algo más corto y de color oscuro contrastando con el color de su piel. E incluso podía apostar sin lugar a dudas a que se lo había teñido de ese color para despistar a las autoridades. Siguió contemplándola mientras ella entreabría los labios para tomar aire, y pensó en la última vez que los había besado.

Jelena sentía el dolor agudo en su pecho cuando respiraba. Creía que se le abriría en dos de un momento a otro. Cada bocanada le quemaba por dentro. La cabeza la mortificaba con un dolor en las sienes semejante a dos martillos dentro de esta. Suspiró en un intento por relajarse, pero entonces el dolor regresó e incluso se hizo más intenso. Volvió el rostro hacia un lado para quedarse con la mirada fija en Roy. Con gran esfuerzo sonrió mientras intentaba extender el brazo para que sus dedos lo rozaran si quiera.

La intensidad de aquel par de ojos claros lo sacudió sin esfuerzo. La mirada de ella era penetrante e intensa y Roy no supo qué hacer. Casi a continuación, su sonrisa le provocó una sensación casi olvidada, o más bien, enterrada en el fondo de su ser. Con timidez, acercó su mano a la de ella y la acarició mientras le devolvía la sonrisa. No podía evitarlo a pesar del tiempo transcurrido.

—Me alegro de verte.

Jelena hizo un gran esfuerzo por hablar, sin embargo, algo tan simple como pronunciar una sola palabra le repercutía en su estado. Cerró los ojos y apretó los dientes una vez más, esperando a que el dolor remitiera. Se habían ensañado con ella. El tipo grande no había tenido reparos cuando la golpeó en la espalda y la pateó en las costillas. Por suerte su jefe lo detuvo antes de que ella perdiera la consciencia y permaneciera aturdida sobre el suelo. Luego, con gran esfuerzo, había logrado llegar hasta el piso de Roy. Siempre él. Pero ¿a quién iba a acudir en aquel estado? ¿Y en quién más podía confiar en aquella ciudad? No conocía a nadie más excepto a Thomas.

Roy desapareció de su campo de visión por un instante. Segundos después sintió una mano en la nuca y como la ayudaba a incorporarse.

—Bebe.

Jelena sorbió un trago de agua que pareció sentarle algo mejor. Se pasó la lengua por sus labios e inspiró hondo mientras se relajaba.

—¿Qué te ha pasado? Tienes pinta de haber sido arrollada por el tranvía o un autobús. —Roy le hizo un gesto con el mentón al tiempo que se sentaba en la cama.

Jelena se aferró a la mano de él en busca de algo de comprensión... de cariño a pesar del tiempo transcurrido.

—A aquel tipo se le fue la mano. Por suerte... —Una nueva punzada de dolor la hizo detenerse, sosegar y contar hasta diez antes de proseguir—. Su jefe lo detuvo a tiempo.

—Te han partido el labio y tienes un moretón en el pómulo. Pero lo que más me preocupa es tu cuerpo. Voy a quitarte la ropa para ver en qué estado

te encuentras. —Roy deslizó el nudo en su garganta mientras pensaba en ella. En su cuerpo desnudo que tantas veces había tenido junto al suyo. En su piel suave y cálida.

—Apuesto a que sí. A que te mueres de ganas de quitarme la ropa... — Jelena sonrió con ironía mientras a su mente acudían otros momentos en los que él la había despojado de cada prenda antes de dejarse llevar por el deseo frenético.

—Sabes que sí —corroboró Roy mientras posaba con cuidado sus manos sobre el torso de ella. La miró con determinación mientras a ella le costaba hasta respirar—. Si te duele, quéjate, y sabré si hay algo roto.

—¿Crees que voy a hacerlo por vicio? —Jelena arqueó una ceja en clara y franca señal de escepticismo o de burla por el comentario de él.

Roy asintió mientras le desabrochaba la camisa. De manera lenta y algo nerviosa para no hacerle más daño del necesario a ella.

Jelena cerró los ojos mientras los dedos de Roy se movían de manera lenta y segura sobre su ropa. Respiró haciendo que sus pechos subieran y Roy parecía detenerse en ese momento. ¿Qué le sucedía?

Roy se humedeció los labios al rozar los pechos de Jelena de una manera casual pero necesaria si quería despojarla de la camisa. Escuchó el leve suspiro que escapó por entre los labios de ella.

—¿Todo bien?

—Depende. —Jelena se limitó a asentir y emitir un leve sonido gutural de aprobación. En ese momento no podía asegurar si estar expuesta ante él, y permitir que sus manos le recorrieran el cuerpo buscando lesiones, significaba que todo estaba bien.

Roy procedió a levantar la camiseta interior que separaba la piel de ella de sus dedos. De manera lenta la fue sacando del interior del pantalón y la fue subiendo mientras iba revelando aquella piel que él conocía tan bien. De memoria. Podría asegurárselo a cualquiera que se lo preguntara. Su abdomen aparecía firme, delimitando sus abdominales. «Sigue estando en forma», pensó Roy. Al subir un poco más la ropa, descubrió las contusiones que

provocaban el dolor.

De pronto, Jelena experimentó una sensación distinta mientras las yemas de los dedos de Roy la rozaban con sumo cuidado, provocando una sensación muy diferente al dolor.

—¡Joder!

Roy sacudía la cabeza y permanecía con su atención fija en las contusiones en torno a ambos lados.

—¿Tan grave es?

La voz somnolienta de Jelena captó la atención de él. La miró de manera fija y asintió de manera leve.

—El que te lo ha hecho se ha ensañado contigo. Debías tenerlo muy cabreado, pero eso me lo contarás después. Ahora hay que actuar.

Roy volvió su atención hacia los dos cercos de color rojo que aparecían en ambos costados. Sin duda que el autor de aquello la había pateado con ganas. «¡Hijo de puta!», pensó Roy mientras apretaba los dientes y cerraba las manos con fuerza. No pudo evitar que la rabia que crecía en su cuerpo se reflejara en su rostro.

Jelena fue testigo de ello y extendió su brazo para que su mano encontrara la de Roy una vez más.

Él se la apretó mientras la miraba con la pregunta lógica en su mirada. ¿Por qué?

—Es posible que te duela, pero necesito comprobar si tienes alguna costilla rota.

—Mi buen doctor. ¿Sigues en el hospital?

La pregunta de Jelena captó la atención de Roy, quien se quedó contemplándola en silencio. Ella desconocía lo sucedido después del trabajo de Glasgow.

—Lo dejé. Demasiadas guardias —le explicó mientras sacudía la cabeza y sonreía con ironía.

Jelena sonrió con una mezcla de tristeza y sarcasmo.



—Y un cuerno. Sé lo que te sucedió después de Glasgow.

Roy se fijó en ella. En su mirada brillante. En su rictus serio.

—Entonces, ¿a qué ha venido esa pregunta? Cuidado —La advertencia llegó a tiempo de que Jelena se preparara para sentir un fuerte dolor mientras Roy palpaba aquí y allá las costillas en busca de fracturas o fisuras—. Necesito que te gires hacia tu izquierda. He de echar un vistazo a tu espalda.

—Te ahorraré lo que vas a encontrarte. Uno de ellos me dio un fuerte golpe —le comentó mientras se volvía con gran esfuerzo con la ayuda de él.

Roy observó el hematoma en mitad de la espalda. Fuerte. Directo. Sin contemplaciones. Para hacer daño de verdad e incluso con el objetivo de causar una lesión importante.

—Si te llevo a un hospital para hacerte una placa, empezarán las preguntas de cómo te lo has hecho. Y luego llamarán a la Scotland Yard. E imagino que prefieres mantenerte al margen de todo ello...

—Tú mejor que nadie lo sabes. Nada de Scotland Yard —le pidió volviendo el rostro para lanzarle una mirada por encima del hombro y encontrar la de él llena de preocupación y de... cariño. Este descubrimiento le provocó a Jelena un vacío en su estómago.

—Voy a vendarte. Tienes una contusión muy fuerte en la espalda y alguna costilla algo delicada. Nos curaremos en salud. Incorpórate con mucho cuidado.

Jelena lo intentó mientras el dolor parecía abrirle la carne. Apretó los dientes mientras Roy la ayudaba deslizando su brazo por su espalda. Jelena trataba por todos los medios de no quejarse. Pero tampoco pretendía dejar la muestra evidente de lo que la cercanía de Roy le provocaba. No podía controlar que su piel se erizara con la tibia y casual caricia de los dedos de él. Que la mirada de él le transmitiera esa confianza que ahora más que nunca ella necesitaba.

Sus rostros permanecieron separados dejando el espacio necesario para que circulara el aire. Sus miradas fijas la una en la otra. Sus alientos se entremezclaron en uno solo. Sus bocas a punto de rozarse y quedar selladas

después de tan larga ausencia.

Roy sonrió mientras el deseo por besarla parecía retenerlo allí, frente a ella.

Jelena se fijó en como el paso del tiempo había endurecido los rasgos de Roy. Lo que había aumentado su atractivo. La oscura mirada de él parecía estar preguntándole qué iba a suceder a continuación. Por un instante, ella fue consciente de que su situación había cambiado después del paso del tiempo. No esperaba que Roy fuera el mismo que hacía dos años. El tiempo que llevaban sin verse, aunque ella había estado al tanto de todo lo referente a él.

Roy siguió centrado en proteger la zona sin pararse a pensar en Jelena. Lo que más le preocupaba en ese momento era, sin duda, su estado y saber qué había sucedido. Pero eso podría esperar a que ella estuviera restablecida.

—Bueno, creo que con el vendaje que te he hecho podrás recuperarte pronto. Es cuestión de tiempo que las contusiones mejoren con el descanso y analgésicos para el dolor. —Jelena entornó la mirada hacia él preguntándose si ese descanso incluía quedarse en su casa—. Vamos al corte del labio y lo demás.

Roy procedió a desinfectarlo. Se tomó su tiempo mientras el pulgar descansaba sobre el labio inferior de ella de una manera incomprensible para él. No era precisamente sentirse como lo hacía después de... Desechó sus pensamientos y le volvió el rostro hacia el otro lado para observar el puñetazo en el pómulo

—Lo mejor que puedes hacer es descansar todo lo que puedas hasta que los analgésicos hagan remitir el dolor un poco. Dime, ¿por qué has venido aquí? —Roy no podía esperar más tiempo a conocer aquella respuesta. La miraba mientras se preguntaba por qué diablos se le había ocurrido regresar a su vida en ese momento en el que él estaba volviendo a encauzarla. Y viendo la situación en la que ella había aparecido, él era consciente de que no significaría nada bueno; salvo su presencia.

—No sabía a quién acudir. Disculpa si mi presencia en tu casa te incomoda. Prometo marcharme en cuanto esté algo mejor —le confesó

queriendo hacerle ver que así era.

Roy acusó el golpe de aquella confesión. Sintió una corriente fría recorrer su espalda hasta morir en su nuca.

—De eso nada. —Roy sacudió la cabeza y la miró con un gesto que dejaba claro lo que él pensaba de ella y de su situación. No. No iba a dejar que saliera de su vida otra vez. Había vuelto para lo bueno o para lo malo. Recordó aquel proverbio oriental en el que se decía que lo que estaba destinado a uno, acababa volviendo. Tal vez Jelena se ajustara a esa definición—. No pienso dejarte salir por la puerta. —Roy sonrió de manera tímida.

—La verdad, no creo poder hacerlo —bromeó ella, sonriendo por primera vez desde que estaba allí.

—¿Qué ha pasado? Aunque no estoy seguro del todo de si me convendría saberlo.

Jelena cerró los ojos, relajó los hombros y sacudió la cabeza. Luego la apoyó contra el cabecero de la cama y cogió un poco de aire antes de proseguir.

—Estoy jodida, Roy —le confesó mientras fijaba su mirada en la de él y esperaba su reacción. La mirada de él mostró comprensión.

—Bueno, eso es algo evidente a la vista de la paliza que te han dado. Pero ahora estás aquí. Y no tienes de qué preocuparte. Trata de descansar. Hablaremos más tarde.

Jelena se quedó con la vista fija en él mientras este se incorporaba de la cama y salía de la habitación con una mezcla de compasión e ira por lo sucedido. Una ira que esperaba que no lo cegara y le permitiera afrontar la situación como en verdad debía hacerlo.